HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



Boda precipitada

Rosalie Ash

340 Ptas

Boda Precipitada

Rosalie Ash

Boda Precipitada (2.4.1997)
Título Original: The Trophy Wife (1996)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 863
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Brad Carn e India

Argumento:

India se casó con Brad después de un corto romance, y descubrió su cara oculta cuando ya era demasiado tarde. Resultado: el mismo día de la boda abandonó al novio. Brad no se resignó a la idea de que todo aquello hubiera acabado y la siguió hasta Francia.

Ella volvió con él a pesar de que Brad no negó su pasado. Pero no estaba dispuesta a sufrir en silencio. Si él no quería hablar, ya encontraría a alguien, en algún sitio, que estuviera dispuesto a contarle la verdad sobre Brad Carn.

Capítulo 1

El largo vestido sedoso de color crema tenía un escote que le llegaba hasta la hendidura de los senos.

—Es tan provocativo que puede volver loco a cualquiera, pero casi imposible de quitar —dijo él riéndose, mientras le retiraba el pelo de la cara, con una expresión tan lasciva que las piernas le empezaron a temblar. Se había quitado el traje y se había quedado en calzoncillos, mostrando su cuerpo atlético.

India se sintió ridículamente nerviosa. Lo quería tanto, que sintió cómo se le secaba la garganta y el corazón latirle con fuerza. El avión no iba a esperar por ellos, si se ponían en ese momento a hacer el amor.

Sonó el teléfono que había en la mesilla de noche. Brad miró con aire de resignación al techo y respondió. Mientras tanto, ella siguió luchando con el vestido, y consiguió desabrochar un botón más. Se quedó mirándolo y admiró la anchura de sus hombros, la suave fortaleza de su espalda. Brad escuchaba con atención a quien quiera que estuviera al otro lado de la línea, y se pasaba la mano por el pelo, con aire de impaciencia. Al poco rato, murmuró algo y colgó el teléfono.

—¿Quien era?

—El padrino, que parece que tiene una pequeña crisis —dijo frunciendo el ceño—. No tardaré.

Se puso los pantalones y la camisa que tenía preparada para el viaje, le dio un beso en la boca y se dirigió hacia la puerta.

—Si no has logrado quitarte el vestido para cuando haya vuelto, te juro que te lo arrancaré —le dijo dirigiéndole una sonrisa.

Cuando a los pocos segundos oyó que alguien llamaba a la puerta, se imaginó que sería Brad. Tal vez se le había olvidado la llave. Pero cuando abrió, vio que era la madrina, Lucinda, una chica preciosa de pelo negro y con vestido color melocotón. Llevaba un sobre grande marrón en la mano.

—Un paquete un tanto misterioso para ti —le dijo mientras entraba en la habitación. Dejó el sobre encima de la cama y se quedó mirando a su alrededor—. ¿Dónde está tu marido? ¿No le habrás perdido ya, verdad?

—Curtis llamó. Al parecer tenía algún problema. Brad ha bajado a ver qué pasa. ¿Qué es eso, Lucy?

—Me lo han dado en la recepción, y al parecer es urgente —le dijo Lucinda mientras la miraba con una mezcla de envidia y afecto —. Vaya suerte tienes. Te has casado con un hombre divino. Con

esa forma de mirarte en el altar y el beso que te dio. Madre mía, India. Casi me muero. Ha sido la boda más romántica a la que he ido de madrina.

—Pero la única vez que has sido madrina ha sido en esta boda —le dijo India en broma.

—Bueno, sí. Pero ¿sabes? Me llevo muy bien con el padrino. Hasta puede que me case con él. ¡Imagínate, casarme con un millonario americano!

—Pero si no sabes si el amigo de Curtis es millonario o no. Hace sólo unas horas que lo conoces —le dijo India riéndose, mientras intentaba desabrocharse otro botón.

—¿Quieres que te ayude?

—No, ya casi lo he desabrochado todo —le dijo India. Su cara se entristeció—. Estos botones son odiosos.

—Déjame que te ayude —le propuso su amiga—. En realidad es Brad el que tendría que estar haciendo esto, ¿no?

India se sonrojó y Lucinda empezó a mover la cabeza como si no creyera lo que estaba viendo.

—¡Vaya por Dios, una novia tan tímida como en los tiempos de la Reina Victoria! —dijo riéndose—. ¿No me digas que eres tímida delante de él? India, cariño, sé que has tenido problemas y que tu noviazgo ha sido muy corto, pero todos sabemos que un día si y otro no has estado yéndote a la cama con él.

—Lucy, eres mi amiga y te quiero mucho, pero, ¿te importaría meterte en tus asuntos? —India la cortó, en tono tranquilo pero firme. Respiró hondo y trató de dominar sus nervios.

—Está bien, pero si necesitas algún consejo, sólo tienes que pedírselo a Lucinda —le dijo su amiga mientras indicaba con la mirada el sobre—. Y por Dios bendito, abre el sobre porque me estoy muriendo de ganas de saber lo que contiene.

India lo levantó y se quedó mirándolo en tono dubitativo. Tenía una nota que decía «A la atención de la señora Brad Carn». Pero no llevaba dirección. En una de las esquinas ponía «confidencial», escrito a mano. Nunca antes había visto esa caligrafía.

—¿No será una carta bomba, verdad? —India dijo riendo.

Lucinda se echó a reír también mientras terminaba de desabrocharle el vestido y se lo quitaba.

—Lo dudo, a menos que Philip haya decidido vengarse por haberle dejado y casarte con Brad.

Philip SeftonBrook era un joven muy bien relacionado con el que había estado comprometida antes de que Brad Carn apareciera y cambiara el curso de su vida. La verdad era que no había tenido

que decidir entre Philip y Brad. Al principio Brad no le gustaba, pero poco a poco se fue introduciendo en su vida y ahora nada parecía tener sentido sin él.

—No creo que Phiip pueda ser tan agresivo —India comentó de pasada mientras abría el sobre. Se sentó en la silla que había al lado del aparador y dejó los trozos del sobre en la superficie del mueble de caoba—. Además… —empezó a decir.

Empezó a hojear los folios que contenía el sobre. Había una carta anónima y además unos papeles oficiales, un certificado, fotografias. Se quedó sin respiración y paralizada.

—Lucy… —su voz sonó extraña, ausente —, ¿podrías ir por favor ir a decirle a Brad que suba enseguida?

—Claro. ¿Estás bien, India? ¿Qué dice la carta?

La cara de su amiga se reflejó en el espejo. Sus ojos marrones expectantes. India, sin saber por qué, se puso a la defensiva y tapó los papeles para que no los pudiera ver su amiga.

—Por favor, déjame unos minutos sola.

Cuando Lucinda se fue, se levantó y cerró la puerta con llave. Se puso a mirar los papeles por segunda vez. No se dio cuenta de cuánto tiempo permaneció sentada, mirándolos. Pero de lo que sí se dio cuenta es de que de pronto empezó a llorar, de forma incontrolada e histérica.

Horrorizada por su falta de control, suspiró. Hacía años que no lloraba de aquella forma. Intentó acallar el llanto para que nadie la oyese. Lloraba con tanta fuerza que cada vez que intentaba con trolarse, y respirar hondo, sentía una punzada en el corazón.

Al cabo de un rato, dejó de llorar y se miró al espejo del aparador. Las lágrimas le habían estropeado el maquillaje y emborronado los ojos. Tan sólo tenía media hora para llegar al aeropuerto e irse de luna de miel con Brad. Era la esposa, y también la empleada de un duro millonario dedicado al comercio de obras de arte llamado Brad Carn. Para lo bueno y para lo malo, en la riqueza o en la pobreza… Aquello suponía el culmen de la felicidad. Era el final feliz de una historia de amor impetuosa.

Miró los papeles esparcidos y se quedó horrorizada. Cerró los ojos. Aquello tenía que ser una pesadilla. No podía pensar con claridad. Tenía que ser una broma pesada. No podía creerse lo que decían de Brad aquellas hojas. Pero los datos eran tan exactos… Después de todo, no lo conocía tanto.

¿Habrían tenido razón su madre y otros amigos al poner objeciones a su matrimonio con Brad? En aquel momento, se imaginó a su madre, antes de salir de casa, tan elegante con su

vestido gris y beige de seda, con el bolso de ante, sombrero y guantes, bajando las escaleras de su casa en el barrio de Knightsbridge. Brad de una forma u otra se había ganado a su madre, pero India estaba segura de que ella hubiera preferido que el hombre que aquella mañana la había esperado a la salida de la iglesia hubiera sido Philip.

Pero era demasiado tarde. Se quedó mirando al tercer dedo de su mano izquierda, al anillo de oro de veinticuatro quilates y a su diamante engarzado.

Era la señora Brad Carn. Y acababa de descubrir que no conocía en absoluto al hombre con el que se acababa de casar.

Tembló, se sintió atenazada por el miedo, empezó a quitarse el pesado vestido, sus dedos resbalaban en la tela. Se miró de nuevo en el espejo. Tenía la cara manchada por las lágrimas, sus ojos verdes nublados por el llanto, la suave curva de la boca temblando.

Se levantó y se fue a lavar la cara al elegante baño, se cepilló su pelo rubio ondulado y se lo dejó suelto, sobre los hombros. Se puso unos pantalones negros, zapatos de charol, un jersey de algodón y una chaqueta también de algodón de color caqui, agarró el sobre y lo metió en la bolsa de viaje. Contó el dinero y comprobó que llevaba el pasaporte y las tarjetas de crédito.

Respiró hondo, para calmarse, aunque estaba más nerviosa que un flan y se sentía enfebrecida. La adrenalina le corría por las venas y sentía la necesidad de escapar antes de que Brad llegara. Podía aparecer en cualquier momento. No podría enfrentarse a él en aquel momento. Tenía que salir de allí como fuera.

Las manos le sudaban. Abrió la puerta y se paró. Respiró muy deprisa. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de dejar a Brad, sólo horas después de haberse casado con él? Pero lo cierto era que tenía que escapar de allí. Tenía que pensar. Tenía que aclararse y decidir.

Caminó por el pasillo, dejando la puerta abierta, y el vestido de novia sobre el suelo, y corriendo, se dirigió hacia la escalera de servicio, que daba a la entrada de atrás del hotel.

Había decidido ir al castillo casi sin pensarlo. Se dirigió en coche hasta la costa, se embarcó en el ferry que cruzaba el canal y siguió conduciendo al otro lado del mismo. Era agosto y todavía le quedaba luz suficiente para llegar de día a su destino. El Renault blanco engullía los kilómetros. La mayor parte del camino tuvo que concentrarse para no conducir demasiado deprisa.

Se dirigió hacia el oeste y cada vez que pensaba en lo que acababa de dejar detrás, le venía a la mente la reacción de Lucinda. Se había encontrado con ella antes de llegar a la escalera. India no quiso revelarle el contenido del sobre, y Lucy le preguntó si Brad estaba ya casado con otra. ¿Es que era un bígamo? ¿O un asesino?

Pero India le había respondido que no, y Lucy le había dicho que debía estar chiflada al huir de alguien tan gloriosamente viril, sexy y rico como Brad Carn. Nada de lo que pudiera haber leído en aquellos papeles podía justificar su conducta.

—Ya lo sé —India le contestó en aquel momento—. Lo que pasa es que no puedo verlo ahora. Necesito tiempo. Oh, Lucy, Lucy. Dile por favor que he cambiado de opinión.

—¿Que has cambiado de opinión? ¿A las pocas horas de haberte casado con él? ¿,Estás loca? ¿Cómo le puedes hacer eso a una persona como Brad?

Toda aquella conversación le venía a la mente mientras iba conduciendo. Una conversación que la torturaba. Su huida le humillaría, le haría parecer un estúpido de cara a los demás. Aquello le pondría furioso, y eso era algo que India no quería ni siquiera imaginar.

Pero no le tenía miedo, porque en realidad lo amaba. O al menos pensaba que lo amaba, si por amor se entendía estar pensando en una persona las veinticuatro horas del día, derretirse cuando él estaba cerca, y enloquecer cuando la tocaba.

Pero cada vez que pensaba en sus caricias, se acordaba de las fotografias que había en el sobre. Y un sentimiento de pánico la atenazaba. Siguió conduciendo casi como si llevara el piloto automático, sabiendo que en algún momento tendría que parar para descansar y reponer fuerzas. Era ridículo pero se sentía como si la estuvieran persiguiendo.

Miraba por el espejo retrovisor todo el tiempo. Una moto muy potente la adelantó y sintió un escalofrío. Por un segundo se imaginó que era Brad. Se estaba volviendo loca; Brad ya no tenía moto.

Pero así fue como se conocieron, antes de que él se hiciera cargo de la galería donde ella trabajaba. Ella salió de la galería un viernes por la noche y unos ladrones trataron de robarle el bolso por el procedimiento del tirón. Se agarró al bolso y rodó por los suelos. En aquel momento, Brad apareció en su Harley Davidson a su rescate, recuperó su bolso y la ayudó a levantarse. Los ladrones habían desaparecido.

A pesar de sentirse asustada y furiosa, se fijó en aquel hombre

alto y atlético que la rescató. Tenía la tez oscura, pelo negro y largo, ojos azules y unas facciones duras y agresivas, que a primera vista le parecieron tan violentas como el tipo que le había intentado robar el bolso.

No parecía estar precisamente en el lado de los buenos, con aquella chaqueta negra de cuero y pantalones vaqueros, montado en su poderosa moto, sosteniéndola con un pie sobre el asfalto. La verdad era que parecía un tanto siniestro. Pero lo peor de todo fue que no le gustó en absoluto lo que le empezó a ocurrir en el estómago por el simple hecho de tenerlo tan cerca.

Estaba tan nerviosa que incluso le había acusado de pertenecer a los Angeles del Infierno; el destino se había encargado de pasarle factura por aquella conducta, porque al lunes siguiente descubrió que aquel individuo era su nuevo jefe.

Podía acordarse de todo aquello como si estuviera ocurriendo en aquel instante. Aquel lunes, en lugar de la Harley Davidson, Brad había aparcado un Porsche enfrente de la galería, que estaba en Bond Street, y salió con su inmaculado traje gris oscuro. Su aspecto era totalmente diferente, pero como había estado pensando en él todo el fin de semana, lo reconoció al instante.

En aquel momento, se sintió horrible. Brad le dirigió una mirada burlona. Una mirada que la recorrió desde la cabeza a los pies y que se detuvo en la hendidura de sus pechos. Ella sintió que los pezones se le endurecían de placer. El anillo de compromiso con la esmeralda, que le había regalado Philip, ardía en su dedo. Se quedó sin respiración. Se echó a reír y le tendió la mano.

—La dama no está en peligro —le dijo en tono burlón—, no tiene que preocuparse por nada, señorita Campbell. Recuerde que yo estoy en el bando de los buenos.

Trató de mantener la compostura y le estrechó la mano. Cuando lo tocó, sintió fuego en su mano. Retiró la mano al instante y se sintió un poco ridícula. Aquel hombre tendría treinta y tantos años. Por lo menos era diez años mayor que ella. Y además era un hombre tan protector, que incluso podía resultar molesto, y le siguió pareciendo un tanto siniestro, incluso con aquel traje. Pero tenía algo…

Su sonrisa había revelado una dentadura blanca, con tan sólo un diente un poco mellado. Una imperfección que le confería un cierto encanto.

—Me he sentido horrible todo el fin de semana —le dijo—. Ni siquiera le he dado las gracias.

—No dimita —le dijo con un acento de la costa oeste americana

que casi la derritió—. He comprobado su currículum, señorita Campbell, y la necesito en la galería. Aparte de tener un temperamento un tanto fuerte, usted tiene la cualificación adecuada. En realidad es exactamente la persona que estoy buscando.

El sonido de un claxon la sacó de su ensimismamiento. India de pronto se dio cuenta de que no se había fijado en ninguna señal durante los últimos kilómetros. Era un peligro en la carretera, se dijo a sí misma. De hecho podría quedarse dormida al volante en cualquier momento.

Se detuvo a cenar en un hotel restaurante que conocía. Comió deprisa, sin saborear la deliciosa comida que le sirvieron. Se sentía demasiado nerviosa como para poder fijarse en nada. Cada vez que un coche azul oscuro entraba en el aparcamiento, se ponía en tensión. Cada vez que la puerta se abría, el estómago le daba un vuelco.

Se bebió tres tazas de café, pagó la cuenta y no cedió a la tentación de seguir huyendo. Tenía que mantener la calma, se decía a sí misma, mientras con dedos temblorosos introducía la llave de contacto. ¿Por qué iba a seguirla Brad al castillo? ¿Por qué iba a seguirla? Después de lo que le había hecho, seguro que decidiría olvidarse de ella. Pero no obstante apretó el acelerador a fondo, por si acaso. El miedo la atenazaba y le hacía sentir escalofríos por la espalda.

La carretera de pronto empezó a complicarse cuando llegó a Bretaña. A lo lejos se veía el castillo. con sus almenas de piedra. Se sintió aliviada. Ya casi había llegado. No era un castillo muy grande, pero con sus cuatro torres almenadas en las cuatro esquinas parecía un castillo de cuento.

Su familia lo había comprado en estado semi ruinoso hacía quince años, cuando ella tenía seis y había gastado un montón de dinero para restaurarlo y convertirlo en la segunda residencia, al cuidado de la cual estaba un matrimonio francés. Se llamaba el Castillo de Anges, que quería decir el castillo de los ángeles.

De niña, el nombre había avivado su imaginación. En aquel momento, era el sitio perfecto para retirarse, un refugio para aclarar sus emociones. No podía relajarse hasta sentirse segura detrás de aquellos muros. E incluso así, no estaba segura de que lograra dormir por la noche.

Cuando la señora Fleurie. regordeta ella y muy cariñosa, le abrió la enorme puerta de madera y le dio la bienvenida con sonrisas y exclamaciones, todo lo que pudo hacer fue echarse a

llorar como una niña.

No fue una noche que hubiera deseado repetir. Se durmió después de horas y horas de dar vueltas y más vueltas. Y los sueños la aterrorizaron tanto, que se despertó muy temprano. Se levantó y miró a su alrededor. La habitación estaba casi a oscuras. Encendió la luz y fue a abrir las contraventanas.

Todavía no había amanecido. No había luna. Se oyó un búho en el bosque que rodeaba el castillo. Se apoyó en el repecho de la ventana y se quedó contemplando la campiña francesa. Era una noche muy cálida, el aire traía el canto de las cigarras, olía a Francia, un aroma de hierbas silvestres y pino. Intentó ver a través de la oscuridad. Nadie. Nadie la había perseguido. Aquel pánico era irracional.

Cerró las contraventanas y se metió otra vez en la cama. Mientras se acurrucaba su último pensamiento antes de caer dormida fueron las palabras que Brad le había dicho en la galería.

—Usted tiene la cualificación adecuada. En realidad, es exactamente la persona que estoy buscando.

Se había convertido en su esposa, en la señora Brad Carn. Y tenía la sospecha de que había sido utilizada en algún juego sin escrúpulos en el que él estaba especializado. En cuyo caso él la seguiría y la encontraría.

Aquel sentimiento de intranquilidad no desapareció y, cuando despertó por la mañana y fue a abrir las contraventanas, lo primero que vio la dejó helada. En aquel momento por el camino por el que se acedía al castillo se acercaba un Porsche azul oscuro.

Capítulo 2

Iinmobilizada en el sitio donde estaba, India se preguntó cómo era posible que sintiera miedo y placer al mismo tiempo. ¿Se estaría volviendo loca? Abajo, en el porche, saliendo del deportivo, estaba el hombre al que amaba, el hombre que le había obsesionado noche y día, desde el momento en que lo conoció, hacía ya casi diez meses. El hombre para quien trabajaba, con la profesión más apasionante que uno podía soñar. El hombre que había estado al lado de ella en el altar, que había jurado amarla y respetarla. El hombre del que había huido, aterrorizada, el día anterior.

Se quedó mirándolo, con los puños apoyados en el repecho de la ventana. A pesar de encontrarse a una distancia segura, podía verlo con claridad. Alto y delgado, con el pelo negro y liso cayéndole sobre la frente. Con un aire de autosuficiencia, duro.

Pero ese día, el aire de autosuficiencia que la había atraído como si fuera un imán, parecía que provocaba en ella otra reacción. Le temblaban las piernas y le latía el corazón con fuerza, por otras razones que no se podían definir precisamente con la palabra «deseo». Tenía seca la garganta, casi no podía tragar. Se sentía asustada. Porque en definitiva no estaba tan segura de conocerlo a fondo. Porque no estaba segura de si detrás de aquel aire de control de sí mismo no se escondería una naturaleza oscura y salvaje. Y porque seguro que estaría muy enfadado, por la forma en que lo había tratado el día anterior.

Se quedó mirándolo cuando se metió en el coche para recoger la chaqueta oscura del asiento de atrás. La estiró un poco y se la puso sobre el hombro. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta, de color beige. Se quedó mirando el castillo. A con tinuación, dirigió la mirada hacia la torre, a la ven tana de su habitación. India se retiró un poco, tem blando como un flan. Todo aquello era ridículo, tenía que controlarse a sí misma.

Abrió los puños y se pasó la mano por el pelo. Estaba tensa por dentro como un muelle estirado. ¿Cómo habría sabido él dónde encontrarla? No le había dicho a nadie adónde iba. ¿Se lo habría imaginado? ¿Telepatía? ¿Les unirían más cosas que sólo un certificado de matrimonio y un anillo?

Tenía que luchar o huir. ¿Pero podía esconderse, volver a huir de nuevo? No, no podía, se dijo a sí misma. Tenía que enfrentarse a él. Pero siempre podría decirle a la señora Fleurie que se quedara cerca, para sentirse más protegida.

Hizo una mueca al ver su cara pálida reflejada en el espejo, y se metió en el baño para darse una ducha. Cuando salió, cubierta con el albornoz blanco, el rayo de luz que entraba por la ventana le dio en la cara. Al lado de la contraventana que estaba cerrada vio a Brad, sentado cómodamente en una silla.

—¿Te dejó entrar la señora Fleurie? —le preguntó con voz entrecortada.

—Le dije que era una sorpresa —le dijo Brad sin ningún tono especial en su voz.

Una ola de emoción le inundó el cuerpo. Se apretó el cinturón del albornoz, como si de aquella forma quisiera proteger su vida. Se dio cuenta, horrorizada, de que estaba empezando a temblar. Se sentía como si tuviera fiebre. Incluso los dientes le castañeteaban. No podía verse en el espejo, pero seguro que tenía un aspecto fantasmagórico. Brad se levantó, se dirigió hacia ella y le puso las manos en los brazos.

—¿Estás enferma, India? —se lo preguntó con un tono de preocupación. Ella negó con la cabeza, tratando de ocultarle lo mucho que la afectaba tenerlo tan cerca.

—No —respondió—. No, no estoy enferma.

—¿Entonces no has descubierto que tengas alguna enfermedad que te dé miedo contarme?

—No, yo…

—Lucinda y Curtis me dijeron que recibiste una carta misteriosa.

Se le quedó mirando horrorizada. El contenido de aquella carta lo tenía grabado en el cerebro, con letras de fuego. Pero no se atrevía a decírselo. ¿Cómo podría? ¿Cómo podría decirle en aquel momento que no confiaba en él? ¿Cómo podía decirle que incluso en aquel momento le tenía miedo?

—Ahora no quiero hablar de ello. Cuando a alguien le dejan plantado, no es normal que salga corriendo detrás del que ha huido.

—Estás temblando —le dijo con amabilidad, mientras la miraba —. Parece como si me tuvieras miedo.

—Yo…, yo no quiero seguir casada contigo.

Hubo un silencio que por un momento pareció ser eterno.

—Espera un minuto —la voz de Brad era una mezcla de asombro y enfado—. Veamos si lo entiendo. Ayer nos casamos. Y por lo que yo vi eras la novia más feliz del mundo. Dos horas más tarde, me dejas plantado y yo quedo como un imbécil ante los invitados. Yo creo que me debes una explicación.

—Ya te lo he dicho. He cambiado de opinión. A lo mejor tu ego no te deja ver con claridad la situación.

Se quedó muy tensa después de darle esa contestación. Lo último que deseaba en aquellos momentos era provocarle.

—Reconozco que mi ego está un poco frágil ahora —contraatacó, agarrándola por la parte de arriba del brazo, lo cual la dejó temblando—. Todo esto no tiene sentido, India. Las últimas semanas, cuando decidimos casarnos, estabas radiante de felicidad. La noche antes de nuestra boda eras toda atenciones.

—¡Nada de eso! —le contestó, mientras palidecía por el tono socarrón de su voz. La verdad era que tenía razón, y lo sabía. Nunca antes había sentido aquel deseo y amor con tanta intensidad como la noche antes de la boda. Aquella noche, la timidez, enraizada en el pasado, la represión, se habían desvanecido. Lo besó, respondió a sus caricias, lo tocó con tal pasión y tal ansiedad, que le había llegado hasta lo más íntimo.

—No intentes engañarme —le dijo con un tono más controlado, después de vencer su ira—. Quiero saber lo que está pasando, India. ¿Por qué saliste corriendo ayer?

—Necesito un poco más de tiempo —le respondió emocionada. La proximidad de Brad le estaba causando estragos. Tenía que calmarse. Pero lo único que deseaba cuando él estaba cerca era tocarlo, pegarse a él. ¿Se estaría él dando cuenta de lo que le pasaba?

—Más tiempo? —le preguntó, reflejándose en sus facciones un aire de comprensión—. ¿Quieres decir que todavía te causa pánico el sexo, India? ¿Es por eso por lo que me dejaste plantado en el hotel, cuando la noche anterior me habías suplicado que te hiciera el amor? Hemos estado esperando esto durante meses, cariño. Yo creía que estaba todo solucionado. Por Dios bendito, ¿crees que iba a saltar sobre ti como un salvaje la noche de bodas?

La sangre se le subió de nuevo a la cara. Luchaba contra su honestidad innata. ¿Debería dejarle pensar que eran sus objeciones para con el sexo las que estaban causando toda aquella situación, y tener así un poco más de tiempo para pensar? Pero ya habían tratado aquel tema con anterioridad, habían descubierto la solución. Pero siempre podría pretender que el problema seguía siendo el mismo.

Después de todo, sí era cierto que ella había tenido pánico al sexo. No con Brad, sino antes de conocerlo, varios años antes de haberlo conocido.

A sus quince años, había sido un poco como el patito feo.

Aquello había sido la raíz del problema. Una niña muy delgada, demasiado inteligente para ser popular en clase, con un aparato de ortodoncia, con gafas para corregir un ligero bizqueo, y preocupada constantemente por las espinillas y el pelo grasiento. El resultado había sido una catastrófica pérdida de confianza en sí misma y en su autoestima.

Mientras que las compañeras de clase habían estado yendo a fiestas y saliendo con chicos y algunas habían incluso tenido relaciones sexuales y juegos de adolescentes, ella no había podido luchar contra la sensación de sentirse fea y vulgar, y poder relajarse, por lo que en presencia del sexo opuesto tan sólo provocaba pena o se exponía al ridículo. Su amiga Lucinda, tan sensual y con tanta con fianza en sí misma, resaltaba más sus propias carencias.

Pero cuando se convirtió en un cisne al cumplir los dieciocho años, cuando dejó de llevar el aparato de ortodoncia, dejó de usar gafas, con el pelo más largo y sedoso, sin espinillas en la cara, el daño que había sufrido el subconsciente fue muy difícil de superar. Le ocurrió lo que le ocurre a las anoréxicas. Se miraba al espejo y se veía vieja y fea, a pesar de que no ser en absoluto así.

No era que tuviera problemas para relacionarse con los demás, pero cuando una relación pasaba más allá de los besos, su cuerpo rechazaba cualquier contacto físico. El sexo no era para ella, decidió con rotundidad. No sentía nada, no podía relajarse ni siquiera para intentarlo.

Una vez conoció a un compañero de la universidad, pero descubrió que estaba casado antes de llegar a la fase de la cama. Su relación con Philip había ido un poco más lejos, pero no se sentía relajada en el aspecto físico, por lo que decidieron mantener las distancias durante toda la relación.

Pero con Brad todo había sido diferente. Quizá había algo químico en todo aquello. Pero la verdad era que no sabía con certeza qué era lo que provocaba en ella aquella reacción. Quizá fuera la capacidad de Brad por inspirar confianza. Cuando ella le expuso sus sentimientos, él se había puesto al control de toda la situación.

Pero también era posible que hubiera sido muy, muy inteligente. Una vez que la relación había cambiado de ser una relación entre jefe y empleada, Brad había empleado toda su astucia para que ella se viera obligada a pedirle que la llevara a la cama. De hecho, la noche antes de la boda eso fue lo que le pidió. Pero él no quiso. Le dijo que ya que tan sólo quedaba un día para

casarse, esperarían a hacerlo oficial antes de acostarse juntos. Había que esperar hasta que ella fuese oficialmente suya.

India cerró los ojos, temblando mientras rememoraba los acontecimientos del pasado. En aquel momento, Brad se había contenido, pero en numerosas ocasiones le había dicho que le parecía irresistible, la había tocado, acariciado y explorado las partes más íntimas de su cuerpo, le había provocado el orgasmo sin siquiera amenazarla con poseerla.

Brad la había tratado con suma delicadeza, pero para conseguir aquel férreo control, seguro que había mantenido una tremenda lucha interna.

Abrió los ojos y lo miró. ¿Cómo podía un hombre con tal capacidad de control ser el hombre que se describía en aquella carta tan odiosa? ¿Habría perdido ella el juicio para reaccionar de la forma en que lo hizo?

La duda le causaba casi los mismos estragos que aquella carta. Pero había visto las pruebas en blanco y negro. ¿Cómo se podía falsificar una cosa así?

—India, dime. ¿Me crees capaz de hacerte daño? ¿Por Dios, crees que sería capaz? —la zarandeó con delicadeza y la soltó. Ella retrocedió unos pasos y se sentó en el borde de la cama.

—Brad, Brad. Lo siento, yo…

No pudo acabar la frase. Se sentía desesperada; la mente le funcionaba a toda velocidad. Con toda la información que había en aquella carta, en aquel estado de excitación después de la boda y debido a su inseguridad, el pánico se había apoderado de ella. Pero teniéndolo a su lado de nuevo, ejerciendo aquella sutil influencia, parecía casi imposible que fuera capaz de hacer lo que se decía en la carta.

Tenía que haber algún error; pero tenía que asegurarse antes de confiar en él otra vez. Tenía que descubrir la verdad. Y hasta no conseguirlo, ¿cómo podría confesarle lo que ella le creía capaz de hacer?

—Quiero respuestas, India.

—Por favor… —con un gran esfuerzo se levantó y lo miró a la cara—. ¿Me perdonas, Brad? Si te hice algún daño ayer, te ruego me perdones, yo no quería, pero, pero…

—¿Que te perdone? —le dijo con suavidad, cuando ella no pudo terminar la frase—. Cariño, ¿crees que te vas a salir con la tuya poniéndome en ridículo?

India se quedó paralizada, y el pánico se apoderó de nuevo de ella. Había algo en sus ojos, una llama fría de ira. Y su voz, suave

pero letal. Le miró de reojo los puños. Los tenía cerrados y descansando en sus costados. El aire estaba cargado de violencia. Sintió que la garganta se le secaba por el miedo.

—¿Me estás amenazando? —se oyó a sí misma preguntarle—. ¿Es así como reaccionas cuando una mujer se enfrenta a ti? A lo mejor, después de todo, hice bien en huir.

—A lo mejor el sentimiento es mutuo.

—Si es eso lo que sientes —le dijo, volviéndose para que él no viese las lágrimas que brotaron de sus ojos—, ¿por qué entonces has recorrido media Francia hasta dar conmigo?

—Pues, si quieres saber la verdad, no todos los días se ve que a las pocas horas de casarse uno la esposa salga corriendo. ¿No crees que puedo sentirme engañado, de alguna manera? Pero he de confesar que me han movido más bien razones económicas —le dijo con tono de sarcasmo—. Trabajas para mí, ¿recuerdas? O es que también has decidido dejar también tu trabajo?

India se volvió y lo miró, totalmente indignada. Aquel corto matrimonio era un desastre, la relación había entrado en crisis, y lo único de lo que se le ocurría hablar en aquel momento era de negocios.

—¿Nunca dejas de pensar en el negocio? Supongo que si nos hubiéramos ido juntos de luna de miel, nos habríamos pasado el día en las galerías del Caribe, para ver si encontrabas algo que te interesara.

—No creo que el Caribe sea el sitio donde se puedan encontrar colecciones privadas. Y en cualquier caso, no es así como había pensado pasar mi luna de miel.

El tono sensual de su voz casi la hizo derretirse; se mordió el labio y lo miró frustrada. India supo que aquel sarcasmo no venía a cuento.

Brad era un comerciante internacional de cuadros, con una fama bien ganada de poder descubrir cuadros de gran valor. Era un hombre que se había hecho a sí mismo, y era lo que ella precisamente valoraba más. A Brad Carn nadie le había dado nada.

India sólo conocía pequeñas partes de su pasado, pero le había contado que se quedó huérfano muy joven, que pasó su infancia con unos padres adoptivos en Los Ángeles, que inició su actividad comercial con una colección de miniaturas originales que había conseguido comprar muy baratas en tiendas de segunda mano y con un préstamo que le concedió un banco. Su fama de ser capaz de descubrir obras de arte, que habían sido etiquetadas como copias, se la había ganado a pulso.

—Pero dado que has decidido tirar por la borda nuestro matrimonio, antes incluso de haberlo iniciado, ¿por qué no sacar algo positivo de todo esto?

—¡Por supuesto! —le dijo mientras trataba de reunir fuerzas, sintiéndose como si estuviera caminando sobre arenas movedizas—. Y cuál es el negocio del que tienes que hablar conmigo con tanta urgencia?

—Yo no dije que fuera urgente. Me he enterado que se va a celebrar una subasta en Avenue Foch, en París.

—¿En agosto? —le preguntó, enarcando las cejas, con aire de extrañeza—. Pero si en agosto no hay nadie en París.

—Me sorprendes —se burló—. La burguesía se va de París en agosto; los muy ricos o los muy pobres no. Y son los muy ricos los que nos interesan. Un aristócrata se va a deshacer de todas sus posesiones para tratar de conseguir la paz espiritual. Es una venta un tanto impulsiva —le comunicó Brad con una expresión bastante sardónica—. Pero a la subasta va a acudir gente de todos los rincones. Mi inteligente esposa, y ayudante, no podría haber huido a un sitio más conveniente. En el catálogo hay cosas muy interesantes. Necesito tu experiencia como postor anónimo en la subasta. Lo dijo todo con un aire tan natural, que India se sintió furiosa. ¿Se creería que todavía iba a seguir trabajando para él? ¿A pesar de todo?

—París está muy lejos de aquí, por si te has olvidado. ¿Y, por cierto, cómo sabías dónde encontrarme?

—Torturé a tu familia y les forcé a que me lo dijeran —se mofó —. Y todos apuntaron hacia este sitio. A continuación, llamé a la señora Fleurie, quien me confirmó que estabas aquí.

—¿Has viajado toda la noche?

—Sí.

Se quedó mirándolo, su ira empezó a amainar de nuevo. Parecía agotado. El cansancio se reflejaba en las líneas que recorrían cada lado de su boca las bolsas negras debajo de los ojos lo indicaban. No se había afeitado, lo cual le daba un aspecto hostil. Pero ella era la que tenía la culpa de todo aquello, era la que le había causado aquel cansancio y tensión.

Intentó reprimir una punzada de remordimiento. No había tenido otra elección. ¿Cómo podría haberse olvidado de aquella carta? ¿Cómo podría haber continuado como si no pasara nada, con aquella información siniestra rondándole por la cabeza? Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Qué le dijiste a la señora Fleurie?

—Le dije que venía a reunirme con mi esposa —se mofó, con un tono ácido en su voz—. Ya conoces a los franceses. Siempre tan comprensivos con los asuntos del corazón.

Y para los crímenes pasionales, se dijo a sí misma, latiéndole el corazón con fuerza. ¿Si Brad la estrangulaba en aquel momento, se libraría del crimen por decir que había sido por venganza?

—¿Pero qué diablos te pasa, India? ¿Por qué me miras de esa forma?

—¿De qué qué forma?

—Como si hubiera salido de una película de miedo. Sé que necesito una ducha y un afeitado, pero no creo que tenga un aspecto tan horroroso como para asustarte.

—No, por supuesto que no —le dijo, tratando de actuar con naturalidad, tratando de fingir que no pasaba nada—, si quieres, te enseñaré dónde puedes ducharte.

—No, puedo hacerlo en este baño —le dijo mientras se metía en el baño que había en la habitación. India le siguió para protestar, pero él ya se estaba despojando de la ropa, ante su mirada atónita —. No me mires de esa forma, India. Recuerda que estamos casados. Y aunque todavía no has podido disfrutar de mis servicios, no puedes decir que no me hayas visto desnudo antes.

Enmudecida, lo miró mientras se quitaba la camisa y la dejaba caer al suelo. Se quedó hipnotizada. Podría haber cerrado la puerta de golpe, haberse ido, pero aquellos anchos y musculosos hombros, moldeados pectorales, el color de su piel… la tenían extasiada. Tenía la garganta tan seca como el papel de lija, y los labios también. Se pasó la lengua para humedecerlos. Brad vio el gesto. Empezó a desabrochase los botones de la bragueta de los vaqueros y ella empezó a retroceder.

—No te vayas —le dijo mientras se desabrochaba el último botón y se bajaba el pantalón. India no pudo retirar su mirada. Tenía el abdomen cubierto de vello negro y encrespado, que desaparecía por debajo de los calzoncillos de color azul marino, donde se notaba su erección—. Ven y dúchate conmigo. Podemos tener nuestra luna de miel aquí. ¿Para qué ir al Caribe?

India sintió que la sangre corría rápidamente por sus venas, pero no podía mover las piernas.

—¿No te apetece, señora Carn? —insistió con crueldad—. ¿Un poco más tarde, quizá?

Sin siquiera parpadear. Brad dejó caer los calzoncillos, sin darse cuenta al parecer de su estado de excitación, y abrió la llave del agua. Después. se metió en el chorro de agua cálida, y se enjabonó

el cuerpo. Con los ojos como platos, latiéndole con fuerza el corazón, no pudo retirar los ojos de aquel cuerpo moreno y viril, recorriéndole con su mirada desde la cabeza hasta el encrespado vello que rodeaban su miembro viril.

Era un hombre tremendamente atractivo. Lo quería como nunca antes había querido a nadie en este mundo. Y sentía que aquel deseo le acudía en pequeñas oleadas, cada vez con más intensidad. Le tenía miedo. Se sentía avergonzada de sí misma. Se sentía avergonzada por la forma en que había reaccionado ante aquella carta, por la falta de confianza en él. Aquel hombre era su marido. Había jurado serle fiel de por vida.

Lo amaba, y quería que ese sentimiento fuera correspondido. En aquel momento, poco le importaba lo que hubiera podido o no podido hacer; su cuerpo le ardía por la necesidad de hacer el amor con él. Sus pechos se estremecieron, emitiendo mensajes urgentes a la zona más íntima de su abdomen. Quería entregarse a él, de forma primitiva e inexplicable, sentir su cuerpo, sentirle dentro de ella.

Con un suspiro, se desabrochó la bata y se metió en la ducha, como si una fuerza invisible la empujara. Extendió el brazo y le tocó el hombro. Él ya había empezado a enjabonarse el pelo con el champú. La espuma le cubría la cara, se aclaró y la miró. India sintió que las lágrimas le acudían a los ojos y tuvo que morderse el labio para no empezar a llorar.

—Está bien —dijo India muy bajito—. Si es eso lo que deseas.

Hubo un silencio. Tan sólo se podía oír el ruido de las gotas de agua.

—¿Si eso es lo que deseo? —repitió él mientras le miraba los pezones endurecidos—. ¿Y qué es lo que tú deseas?

—Hazme el amor, Brad —susurró.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —le preguntó mientras lo miraba confundida. ¿Por qué? se preguntó en silencio. ¿Acaso estaba poniendo a prueba sus sentimientos? De pronto, se sintió humillada, porque sospechó que eso era lo que él intentaba, y quizá se lo merecía después de todo.

—Olvídalo —le dijo con los dientes apretados. Se dio la vuelta para irse, pero él la agarró y quitó el albornoz, metiéndola en el baño con él.

—No, tú no te vas —le dijo con una voz ronca—. Tú ya no vas a huir más.

El agua caliente la relajó; con un escalofrío se apoyó en él, colocando su espalda contra el pecho.

Aquel contacto fue como una descarga eléctrica. A partir de ese momento, todos los pensamientos sobre el pasado, sus inseguridades, el contenido de aquel sobre, todo pareció diluirse con el agua y con las hormonas que fluían por su sangre. Podría estar cometiendo un error, pero en aquel momento no había nada que pudiera detener aquella emoción, aquel sentimiento que la inundaba.

—Oh, cariño —Brad le susurró al oído, en un tono que la hizo temblar. Y él también estaba temblando, se dio cuenta.

Con las manos enjabonadas, él recorrió sus tersos pechos, acariciando con sus dedos los pezones. Recorrió con las manos la cintura y le acarició las caderas. Tiró de las caderas hacia él y apretó su trasero contra su pubis. Aquella sensación fue indescriptible.

—Oh, India, mi pequeña India.

Los gruñidos guturales y profundos eran tan provocadores como sus caricias, casi tan perturbadores como su miembro contra su espalda.

—Brad…, por favor… —le dijo mientras echaba para atrás la cabeza, y le ponía los brazos sobre el cuello, buscando de forma impaciente sus labios—. Te quiero, te quiero.

Brad la tomó en brazos y la sacó del baño. La tendió en la cama y la cubrió con su cuerpo húme o. Ella empezó a gemir y a sollozar de forma incontrolada.

—¿Es esto lo que quieres? —le susurró Brad, con el acento californiano cargado de deseo, mientras le introducía un dedo en lo más íntimo de su cuerpo, separándole los muslos para poder poseerla—. ¿Es esto lo que quieres, mi pequeña provocadora?

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, él había sacado los dedos, húmedos, y a continuación le dejó que sintiese su miembro, pero en vez de empujar y tomar lo que ella le estaba ofreciendo, de pronto se retiró, dejándola fría y temblando y horriblemente excitada.

—¡Brad, Brad! —le dijo sollozando, mientras se doblaba sobre sí misma, con el pelo y sus manos sobre la cara llena de lágrimas—. ¿Es que quieres vengarte?

—¿Te creías que iba a ser tu semental? —le dijo, con su voz cargada aún por el deseo, pero también con ira salvaje—. ¿Después de haberme dejado plantado en la recepción ayer? ¿Después de haberme puesto en ridículo?

—¡Tú eres el que me ha puesto en ridículo!

Un sentimiento de humillación y rechazo la inundó, un

sentimiento frío y cruel. Brad no la quería, pensó, con una punzada de dolor en el corazón. Tan sólo había que ver cómo había reaccionado después de la ceremonia, cuando ella le había ofrecido su alma, le había declarado su amor, le había pedido promesas tranquilizadoras. ¿Le había dicho que la amaba? Delante de todo el mundo, la había tratado como si fuera un nuevo trofeo conseguido. Se sentía que había hecho el ridículo, tan romántica, ingenua, como una tonta.

—¿Quires saber por qué salí huyendo? En primer lugar porque descubrí que habías estado casado antes, y no me lo habías dicho.

—India…

—En segundo lugar, porque tu esposa te denunció por malos tratos. Le diste tal paliza que quedó irreconocible en las fotos que la policía sacó de ella. Y yo soy la nuevo modelo, ¿no? Yo soy el nuevo trofeo. El adorno para aumentar tu prestigio social, para hacer conmigo lo que quieras cuando estés enfadado o frustrado, o cuando no consigas llevar adelante tus planes sórdidos.

—India…

—Ahora no me importa nada —terminó diciendo, quitándose los anillos de los dedos y tirándoselos al pecho—. ¡Lo único que me importa es lo estúpida que he sido por dejarme engañar por ti!

Capítulo 3

—¿Quien te ha contado lo de mi primera mujer? —le preguntó Brad atónito. Sus ojos grises se volvieron fríos como el agua de un río. India se arrepintió en el mismo momento en que se lo dijo.

—Recibí una carta —le dijo muy tensa—, con fotografías y documentos oficiales, con demandas judiciales.

—¿Y quién te dirigía esa carta?

—No lo sé.

—En otras palabras, era una carta anónima —había hielo en su voz. El mordaz sarcasmo le hizo retroceder. Pero también le permitió preparar sus defensas. ¿Qué derecho tenía a intimidarla de aquella manera? Él era el que tenía que justificarse, no ella.

—¡Si, sí, una carta anónima! —contraatacó. Miró a su alrededor para buscar algo con qué taparse, agarró la sábana y se cubrió con ella. Se sentía vulnerable, desnuda y rechazada. Y todavía no acababa de comprender cómo él había sido capaz de cambiar la situación y hacerla sentir como si fuera ella la culpable de todo aquello.

—Quiero verla.

India se volvió para mirarlo. La emoción reprimida en sus ojos le hizo sentir frío hasta en los huesos. Nunca había visto a Brad tan enfadado como en aquel momento. La garganta se le secó. ¿No iba a negar la acusación? Y lo peor de todo, si era verdad, sería capaz de atacarla allí mismo?

—Sí, te la enseñaré —con pies de plomo, se levantó y se fue a por el bolso. Lo abrió y sacó el sobre. Brad se había metido en el baño. Ella se quedó mirándolo cuando entró de nuevo en la habitación, con una toalla alrededor de su cintura. Brad abrió el sobre y desplegó el contenido en la cama.

Se sentó en la cama y fue viendo una a una las pruebas que le incriminaban. Ella mantuvo la respiración y esperó hasta que él dijera algo, a que le dijera que todo era un error, que aquel certificado de matrimonio, aquellas fotografías de Brad con una chica delgada y de pelo oscuro, aquella página con la ficha policial, en la que se le acusaba de malos tratos, la foto de la chica con la cara distorsionada y llena de golpes eran documentos falsos. Que aquel hombre era un doble, quizá, alguien con la misma cara y con el mismo nombre que él.

—Han hecho un trabajo a conciencia —dijo simple y llanamente. Metió todos los papeles en el sobre y se lo entregó.

—¿A quiénes te refieres?

—Quien quiera que haya hecho eso.

Se fue hacia el baño y le oyó vestirse. Al poco tiempo, salió, se fue de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Ella se quedó mirando la puerta durante un rato muy largo. El tiempo parecía haberse detenido. No sabía cómo interpretar su reacción. Y lo que más nerviosa le ponía era la ausencia de emociones. No había cambiado de expresión, ningún matiz en la voz por el que se pudiera saber lo que sentía o lo que pensaba. Fue como si le hubiera estado enseñando a un robot los crímenes que había cometido.

Al rato, India recogió los anillos de donde los había dejado y los metió en el cajón de la mesilla de noche. Sintió un dolor que le oprimía el pecho. Decidió vestirse. Se puso unos pantalones beige de algodón y una camisa azul marino. Se recogió el pelo en una coleta, se puso unas zapatillas de loneta de color beige y se fue abajo a desayunar. El castillo estaba en silencio. La escalera de su torre bajaba en espiral hasta el descansillo principal, y a cada vuelta su corazón de daba un vuelco por que se imaginaba que Brad podría estar esperándola en cualquier recodo.

Cuando llegó al descansillo, se paró y respiró hondo, furiosa por su estupidez. ¿Qué pensaba que podía pasar? ¿Realmente creía que Brad podría ser capaz de esconderse y mantenerse al acecho para atacarla?

Aquello no tenía sentido alguno. Había visto los certificados, había visto las pruebas. Estaba todo tan claro como el agua. Y después de haber visto el contenido del sobre, Brad no había dicho nada, no había dicho que todo era falso. Pero tendría que fiarse de su instinto, ¿No había confiado en él antes de casarse? ¿No era verdad que tan sólo media hora antes había estado en sus brazos pidiéndole que le hiciera el amor?

No sabía qué pensar, y era culpa de Brad, se dijo a sí misma llena de furia, porque no había negado nada, porque no la había tranquilizado, O era un poco torpe, o realmente era culpable de todo aquello.

¿Sería culpable? Al pensar en aquella posibilidad sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. ¿Serían verdad todas aquellas acusaciones que había en el sobre, en las que se decía que no la amaba y que nunca la había amado, que él consideraba a las mujeres posesiones, y que estaba dispuesto a utilizar la violencia si era necesario? Se sintió enferma por las dudas y la confusión.

Mientras cruzaba el vestíbulo, la señora Fleurie apareció. India se sobresaltó.

—*Tenez, mademoiselle,* o mejor dicho, *madame* —le dijo el ama de llaves riéndose—. *Je m'excuse;* no quería asustarla. He servido café y croissants en la terraza. *Ça va aller?*

—*Oui,* señora Fleurie —India contestó con una sonrisa—. Muchas gracias. ¿Está el señor Carn toda vía aquí?

—En la terraza, señora —le dijo el ama de llaves, mientras se dirigía hacia la cocina.

No sabía si se sentía aliviada o asustada. Cuando se había quedado sola en la habitación, en el estado en que estaba, no se le ocurrió mirar por la ventana para ver si estaba el coche de Brad. No sabía si todavía seguía allí o no. Pero sin saber por qué, se había imaginado que cuando Brad salió de la habitación se había dirigido al Porsche y se había ido.

Con mucha parsimonia, se dirigió hacia la terraza.

Era un día muy caluroso. Se oía el sonido de las cigarras. El sol daba en el árbol que había en la terraza y dibujada luces y sombras en las losetas del suelo.

La terraza estaba plagada de geranios de todos los colores, rosas, rojos y blancos, que descansaban sobre las piedras, dando un toque de color a la enredadera que subía por las paredes del castillo. En el centro había una mesa ovalada de madera y a su alrededor unos sillones haciendo juego. En uno de ellos estaba sentado Brad, aparentemente concentrado leyendo el *Le Monde* y bebiendo un café. Trató de acercarse sin hacer ruido. Retiró una silla para sentarse y él la miró.

—La señora Fleurie va a traer más croissants —le comunicó con amabilidad. Aquel tono la dejó helada.

—Ya lo sé, me encontré con ella en el vestíbulo. Creí que te habías ido.

—¿Qué me había ido? —repitió él, con un tono burlón en su voz —. ¿Eso es lo que pensaste?

—Sí.

—A diferencia de ti, yo no huyo de las situaciones desagradables.

—No, ya veo —le dijo en un tono qe hasta a ella misma le sonó cohibido—. ¿Quiere eso decir que prefieres quedarte y vengarte de la persona que te ha incomodado?

—Si quieres verlo de esa forma —le contestó mientras se echaba más café en la taza. Luego dio un sorbo.

—¿Y cómo se supone que lo tengo que ver? —le espetó, incapaz de controlarse—. Me has seguido hasta aquí. ¡Te enseño todas esas cosas de tu pasado y ni siquiera tienes la decencia de irte mientras

todavía puedes!

—Todavía tengo que tomar algunas decisiones —le dijo mientras se recostaba en la silla y se masajeaba el cuello con una mano—. Todavía tengo que decidir si me queda energía o ganas de salvar lo que le quede a esta farsa de matrimonio.

India se encolerizó.

—¿Que tú tienes que decidir? —le preguntó sin creerse lo que estaba oyendo—. Me parece un poco arrogante por tu parte, por no decir poco realista.

—¿Por qué dices eso?

—Porque por lo que a mí se refiere nuestro matrimonio no existe, se ha acabado —se oyó a sí misma pronunciar aquellas palabras.

—¿Terminado? ¿Después de lo que acaba de ocurrir ahí arriba? —le dijo, tratando de provocarla—. Yo más bien diría que tenemos un asunto pendiente, India.

—Si te refieres a una relación sexual, olvídate de ello. Nunca me acostaría con un hombre que es capaz de pegar a una mujer.

—Mentirosa. Hace un momento estabas tan caliente que casi tengo que llamar a los bomberos.

Se produjo un silencio. India se ruborizó. Era verdad. ¿Cómo podía decirle lo contrario? La señora Fleurie apareció con una bandeja de croissants, una taza y más café.

Cuando se fue, Brad le ofreció la bandeja de croissants. Y muy tranquilo le dijo:

—Lo que yo me pregunto es si podré acostarme con una mujer que cree que soy capaz de maltratar a mi primera esposa.

—Lo único que tienes que hacer es negarlo… —empezó a decir, pero se paró, sin saber qué añadir.

—¿No me digas? —se mofó él—. Sólo te tenía que haber dicho que era mentira y ahí habría acabado la cosa, ¿no? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No, yo no…

—No, tú no. Si todo lo que tenía que hacer era negarlo, ¿por qué no esperaste por mí en la habitación del hotel?

—Yo…

—Porque ya habías decidido que era culpable —le dijo con un cierto tono de amargura en la voz—. ¿Y quién sabe? A lo mejor sí lo soy. A lo mejor te has casado con alguien que es capaz de usar la violencia cuando le viene en gana.

—¿Y qué se supone que tenía que pensar? —le preguntó, con un nudo en la garganta—. ¿Qué se supone que tengo que pensar?

—Lo peor —le dirigió una sonrisa helada. Bebió un sorbo de café y dejó la taza de nuevo en el plato, con violencia contenida—. Eso es lo que tienes que pensar.

—La mujer de las fotos… —se forzó a decir—. ¿Era tu mujer?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado con ella?

—Dos años. Yo tenía veinte años y ella dieciocho.

—El certificado dice que se llama Natalia. Cuéntame cosas de ella.

—Está bien. Se llamaba Natalia Suzman, y era la hija de una familia muy rica de banqueros de la costa este, con intereses en el mundo del arte. Ella y su hermana gemela tenían una galería de arte en Los Angeles. El matrimonio no funcionó. Punto.

India se quedó mirándolo fijamente a los ojos, con la garganta seca.

—¿Y por qué no me contaste todo esto antes de casarnos? ¿Por qué me mentiste?

—Yo no te mentí. Lo único que hice fue no decirte que había estado casado antes.

—¿Ypor qué no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste.

—¿Y no crees que parece como si quisieras esconderme algo? —le preguntó, con los puños apretados, su respiración cada vez más entrecortada.

—Pues no. Pero las cosas no son siempre lo que parecen. India.

—Me estás volviendo loca —le dijo en tono angustiado—. ¡Brad, dime entonces lo que pasó! ¡Dime la verdad!

—Lo más curioso de todo es por qué querías que te hiciese el amor hace un momento. Sobre todo con todo el asunto del sobre en tu mente. ¿En qué estabas pensando, India? ¿Los chicos malos te ponen caliente? ¿Te excita la idea de hacer el amor con alguien que maltrata a las mujeres?

—¡Brad, por Dios bendito! —India cambió de color, se sintió enferma por dentro.

—Hay mujeres que se cartean con asesinos de las prisiones —siguió diciéndole en su línea de razonamiento—. Y se les ofrecen como amantes.

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

Sintió un deseo intenso de levantarse y salir corriendo. Pero no lo hizo. Eso era lo que él hubiera querido. Brad habría conseguido un triunfo si se hubiera marchado en aquel momento, del mismo modo que lo consiguió cuando la rechazó a punto de hacer el amor.

La había humillado. A Brad le gustaba tener el control de la situación.

—Brad, yo no te invitado a venir aquí. Este castillo es de mi familia —le dijo temblandole la voz.

—Perdona, pero es mío —le corrigió.

—¿Qué? —le dijo sin creerse lo que acababa de oír.

—Se lo compré a tu padre.

—¡Eso es mentira! Mi padre nunca vendería este castillo.

—Tu padre no está inmunizado contra una recesión económica —le dijo lacónico—. Le hice una oferta que no pudo rechazar.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Porque iba a ser una sorpresa —había un brillo peligroso en sus ojos—. Lo compré como regalo de bodas para ti. ¿No crees que es un gesto de generosidad?

Sin decir una palabra, abrió el croissant, lo untó con mantequilla y empezó a comérselo con metódica concentración. Brad había comprado el Château des Anges. ¿Y se lo regalaba? Su cabeza le daba vueltas. Había salido huyendo y el sitio donde había ido a esconderse era propiedad de Brad. El sitio donde había pasado su niñez. Aquel sitio le pertenecía a Brad ahora. Y ella también le pertenecía a él. Por lo menos de cara a la ley.

El café olía bien. Se echó más en la taza, le añadió un poco de leche y dio un trago. Necesitaba cafeína. Sentía como si alguien le hubiera anestesiado el cerebro.

—Haré la maleta y me iré, entonces. Después de desayunar —remató la frase, con un tono de sarcasmo—. No quiero imponerte mi compañía, en estas circunstancias.

—India… —la voz de Brad le hizo mirarlo de forma inconsciente—. Te quedarás aquí. Eres mi esposa, ¿recuerdas? En la iglesia prometiste amarme y respetarme.

India dejó la taza en la mesa y se levantó. Estaba temblando.

—Yo no prometí obedecerte.

Brad extendió la mano y la agarró, levantándose muy lentamente, cubriéndole la mano con la suya.

—Es posible que hayamos cometido un error —le dijo— al casarnos ayer. Quizá fue un poco precipitado. No nos conocemos todavía bien. Pero te juro que no estoy dispuesto a que salgas corriendo otra vez. Por lo menos no hasta que tengamos una oportunidad para mejorar la situación.

India empezó a reírse de forma histérica.

—Pero si no has sido capaz de decirme que habías estado casado. Ni siquiera te has molestado en negar que en América te

acusaron de maltratar a tu mujer. Y ahora, ahora me has perseguido hasta aquí y me amenazas con que si quiero marcharme…

—Calma, India.

—Déjame.

—No —había una amenaza en su sonrisa, que hizo que el corazón le diera un vuelco—. No quiero que te vayas todavía.

Mientras le hablaba le acariciaba la parte interior de la muñeca. India se excitó. Ya sabía dónde conducían sus caricias, las emociones instintivas que despertaban en ella.

—Brad, no hagas eso.

—¿El qué? ¿Sostenerte la mano? Nunca me dijiste que te importara ir de la mano.

Se quedó paralizada, intentó retirar la mano, pero no pudo.

—¿Cómo has podido reírte de mí, cuando te he confiado todos mis secretos?

Había una corriente eléctrica entre ellos. Se sintió hipnotizada.

—¿Confiaste en mí? —Brad intentó agarrarle la otra mano—. Una forma un poco rara de confiar en alguien, sobre todo cuando crees con tanta facilidad que soy capaz de maltratar a una mujer.

De pronto, se descubrió pegada a su pecho. Casi se quedó sin respiración cuando Brad se echó un poco para atrás, apoyándose en la mesa. Abrió las piernas y la colocó entre ellas. Cuando abrió la boca para decir algo, él la besó, intentando meter la lengua a través de sus dientes, invadiéndola, tomando posesión de su boca, como si estuviera haciendo el acto sexual.

India sintió un temblor por todo el cuerpo. se quedó sin respiración. Su mente estaba en blanco. Aquella fuerza salvaje se apoderaba de ella de nuevo.

—Brad… ¡para!

—Brad para —la imitó él—. ¿O quizá es: Brad no pares? Tu problema, señora Carn es que no sabes ni lo que quieres. Y estoy empezando a pensar que después de todo no te conozco tan bien.

—¡Yo quería un marido en el que pudiera confiar!

—Y en vez de eso, has terminado con uno con mala reputación.

India se pegó a él, y al instante se arrepintió. Sintió que su cuerpo estaba excitado. Lo podía percibir por el bulto bajo los pantalones de algodón, tan amenazante, pero a la vez tan excitante. ¿Podría Brad sentir los escalofríos que recorrían su cuerpo?

Le asombró la capacidad que tenía Brad de subirle la temperatura tan fácilmente, con tan sólo acariciarle la muñeca. ¿Se estaría volviendo loca, o enferma, para reaccionar así cuando

estaba convencida de que él había maltratado a su primera mujer?

¿Pero estaba convencida, después de todo? Le dolió la cabeza al intentar decidir qué creer. El día anterior había descubierto que se había casado con un hombre que le había mentido, que podía ser incluso violento. Fue un poco demasiado para ella. Lo único que se le ocurrió fue salir corriendo para poder pensar. Necesitaba espacio y tiempo.

Pero en aquel instante, ¿realmente creía que Brad había sido capaz de hacer aquello de lo que se le acusaba? Y si no lo había hecho, y todo era mentira, ¿quién había enviado aquel sobre? Alguien podría haber trucado las fotos. ¿No debería confiar un poco en Brad, después de todo?

Lo miró a los ojos en silencio. Aquel hombre era su marido, le había jurado amor y respeto en la iglesia, hacía tan sólo veinticuatro horas. Se sintió fatal. Se dio cuenta que se había creído todo aquello sin poner ninguna objeción.

—Veamos lo sincera que eres —le murmuró Brad, con voz ronca, moviendo los labios por su cuello, mordisqueándolo—. Puede ser que no confies en mí, pero todavía me deseas. Porque todavía te excito. Tu reacción en la romántica habitación de la torre así lo indica. ¿Eres lo bastante sincera como para admitirlo?

India sintió un terremoto por dentro. Tenía la cara pálida, levantó un poco la barbilla y lo miró a los ojos, aquellos ojos verdes tan brillantes y desafiantes. Hubiera deseado mandarle al infierno.

—Está bien, admito que te deseo. Eres el único hombre con el que he deseado hacer el amor.

—Pues estoy tentado, muy tentado, a aceptar la oferta.

—¿Y por qué no lo haces? —era otra voz, no la suya, pensó India—. ¿Por qué no tomas lo que se te ofrece, Brad? Después de todo, estamos casados. Hay que consumar el matrimonio. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar antes de anular un matrimonio no consumado?

—No tientes tu suerte, India.

La cara de Brad era como una máscara en aquel momento. India sintió un escalofrío por la espalda. Pero estaba excitada. Sentía cosas que nunca antes había sentido.

—Puede que ése sea tu problema —le dijo provocándolo—. A lo mejor es que no puedes hacerlo. ¿Es por eso por lo que nunca me has hecho el amor? ¿Impotencia? ¿Frustración? A lo mejor tienes que ir a un terapeuta.

—Está bien, ya basta —le dijo Brad con un tono cargado de deseo—. Te has metido en un callejón sin salida, señora Carn.

Vamos arriba ahora mismo.

—No, espera un momento.

Pero Brad ya la había tomado en brazos y la llevaba escaleras arriba, subiendo a grandes zancadas hasta llegar a la habitación de la torre. Entraron en ella y cerró la puerta de golpe.

—Espera un momento, Brad.

—Ya es hora de convertir las fantasías en realidad. Vamos a desnudarnos.

La garganta se le secó. No podía tragar. Con lentitud, moviendo la cabeza de lado a lado, empezó a retroceder hacia la puerta del baño, con su cuerpo acalorado por la humillación. Estaba furiosa, pero por encima de todo sentía miedo.

—No puedes tratarme así —empezó a decir muy enfadada. Brad dio un paso hacia delante y ella retrocedió tan precipitadamente que chocó contra la mesilla de noche, tirando la lámpara al suelo; India perdió el equilibrio y Brad intentó agarrarla, pero tropezó con el cable de la lámpara y los dos cayeron al suelo. De pronto, se descubrió atrapada. Por las venas le corría un deseo feroz.

—Ten cuidado. No me puedo arriesgar a que te hagas alguna herida y vayas por ahí diciendo que te he maltratado —le dijo riéndose.

—Me estás acosando —protestó—. Lo cual es casi lo mismo.

—De eso nada, yo no te estoy acosando. Estoy aceptando un reto, señora Carn.

Y con esa frase le sonrió de una forma un tanto malévola, tomó su mano y se la colocó en su miembro palpitante.

—Eres increíble, ¿cómo te atreves a hacer una cosa así?

—Tú eres la que me has provocado, cariño —los ojos le brillaban, le abrió los botones de la camisa, descubrió sus suaves pechos, tapados por un sujetador de fino encaje—. Tan sólo los cobardes lanzan un reto y luego huyen. ¿Es eso lo que tú eres, India? ¿Una cobarde?

—No —gruñó, humedeciéndose los labios muy nerviosa, sintiendo sobre ella el peso de su cuerpo, que la presionaba contra la alfombra. Oleadas de deseo le subían por todo el cuerpo.

—¿Acaso es que te doy miedo?

—No… no de la forma en que tú piensas. A lo mejor… —el color se le iba y se le venía de la cara cuando él la miraba de cerca —. ¿Pero cómo crees que me sentí antes, cuando llevaste las cosas a tal extremo y de pronto cambiaste de parecer?

—Relájate, señora Carn —le dijo él con la voz cargada por el deseo. Se puso de rodillas y la tomó en sus brazos, levantó su

cuerpo y lo posó en la cama—. Ya es hora de que lo hagamos.

Ella lo miró con intención de amotinarse. Él tenía la cara roja por el deseo; parecía que estaba batallando con una especie de cólera que le recorría las venas.

India sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Supo al instante que él lo había notado mientras la tenía aprisionada allí contra el edredón de color rojo y oro. Sintió que no era el momento adecuado, que iba a ser un desastroso inicio de su matrimonio. Pero su cuerpo le dolía del deseo contenido.

Cerró los ojos, extendió una mano y le acercó la cabeza. Abrió la boca, posó sus labios en los de él y le introdujo la lengua. No quería acordarse de las últimas veinticuatro horas de su vida; quería perderse en el abismo oscuro de la sensualidad. Si se esforzaba lo suficiente, seguro que al final descubría que todo había sido una pesadilla; y era muy posible que se despertase de aquella pesadilla en el cielo que Brad había construido para ella.

Brad gruñó, y empezó a perder el control. Algo salvaje se estaba produciendo entre ellos, algo que ella nunca antes había experimentado; parecía que la sangre le hervía en las venas. Mientras respondía al beso, sintió que él se desabrochaba los botones de los vaqueros para liberarse de su tirantez.

—India, amor mío, vamos a hacerlo despacio —murmuró, escondiendo sus labios en su pelo. Brad olía a jabón y a loción de afeitar; se sintió desfallecer.

—Yo no quiero hacerlo despacio —protestó ella, metiéndole las manos por debajo de la camisa de algodón y echándosela por detrás de los hombros, recorriéndole con las uñas su velludo pecho.

—Cielo, cálmate un poco —trató de convencerla, quitándose al tiempo la camisa. Se la quitó también a ella, mientras le cubría todo su cuerpo de besos, hasta llegar a los pechos. El sujetador se abría por delante. Se lo quitó. Dos pechos duros y redondos con las puntas sonrosadas aparecieron de pronto a la vista. India suspiró. Él bajó la cabeza y le pasó la lengua por uno de los pezones sonrosados, lo saboreó, y vio cómo se endurecía.

—Somos marido y mujer —dijo ella con voz ronca—. No tengo por qué ir despacio, ¿no? —protestó, con el recuerdo todavía vivo de cómo la había dejado la última vez en las mismas circunstancias. No estaba dispuesta a que pasara de nuevo.

—Es mejor así si quieres disfrutar más —le dijo él con suavidad, chupándole el otro pezón y apre tándola al mismo tiempo contra su cuerpo. Ella se estremeció—. La primera vez hay que tener un poco de paciencia. No te creas que no me gustaría perder el control y

poseerte como si fuera un semental.

Ella se quedó durante un segundo paralizada, a pesar de que su cuerpo se estremecía continuamente. Lo miró y buscó alguna expresión tranquilizadora en su mirada. La encontró. Estaba tan preocupado como ella. Sus ojos, de color azul habían cambiado a un gris oscuro, con las pupilas muy dilatadas. Tenía la cara colorada, llena de tensión.

—¿Por qué estás tan seguro de que soy virgen? —se oyó a sí misma preguntarle, con voz profunda. Brad pareció sorprendido durante unos segundos. Con una pierna a cada lado de ella, respirando entrecortadamente le miró la cara enrojecida.

—¿No no eres virgen?

—No soy del todo virgen.

—¿Qué quieres decir con que no eres «del todo» virgen?

—Es que Philip y yo lo intentamos una vez…

—¡Por Dios! —gruñó sin creerse lo que estaba oyendo mientras gotas de sudor le recorrían la frente—. ¿Lo intentasteis una vez y no eres del todo virgen? No me extraña que dejaras a ese tipo. ¿Y cómo es que nunca me has contado la historia con Philip?

—La verdad es que no te he mentido.

—Es que yo no te he preguntado, ¿no es verdad? Lo mismo que tú no me preguntaste si yo había estado casado antes.

—No es lo mismo.

—India, cariño, discutámoslo más tarde —gruñó e intentó no desviar el tema de lo que estaban haciendo en aquellos momentos.

Ella se dio cuenta de que su cuerpo le pedía hacerle el amor sin demorarlo ni un minuto más.

Con un movimiento posesivo, él le pasó las manos por su cuerpo desnudo, le acarició los pechos, le recorrió el abdomen y fue bajando hasta llegar a las caderas, redondas y seductoras. El bosque de vello encrespado y rubio de su pubis escondía su sonrosado y delicado sexo. India tembló al sentir su mano.

—Eres preciosa —susurró él casi sin respiración—. Eres tan guapa.

—Oh, Brad, no pares esta vez, por favor —le susurró con un tono exigente, con su cuerpo estremecido por la necesidad.

—De eso nada —lanzó una carcajada y bajó su cabeza hasta el estómago, trazando círculos con la lengua, inhalando la suave fragancia de su cuerpo excitado; le acarició los muslos, le metió los dedos en su húmedo sexo y ella sintió que perdía el control.

Su olor, su tacto, los contoneos que no podía evitar cuando él le acariciaba el cuerpo con sus dedos, y con su lengua exploraba las

partes más íntimas de su cuerpo era más de lo que podía soportar. Se oyó a sí misma quejarse y emitir un grito de placer. Sentía el corazón como el pistón de un coche. El sudor le recorría todo el cuerpo.

Brad emitió un suspiro áspero cuando ella llegó con su mano hasta su miembro viril, acariciando con dedos inexpertos su dureza palpitante. Le agarró la mano y se volvió para besarla; se besaron como si estuvieran haciendo el amor con la boca, metiendo y sacando sus lenguas. Los dos se sintieron desfallecer.

—Hazme el amor, Brad —suplicó ella, abrazándolo con fuerza. Movió sus caderas, impaciente por estrechar el espacio que los separaba—. Ahora, por favor, ahora…

—En un minuto, corazón, aún no.

—Brad, te necesito, te quiero ahora.

—¡India! —fue como un gruñido. Cegado por la pasión, él separó los suaves pétalos de su secreto y la penetró. En el mismo instante, ella se dio cuenta de su desgarradora pequeñez, se dio cuenta de que él la llenaba tanto, que la hizo explotar al sentir un placer mezclado con un dolor que casi la dejó sin respiración.

—¿India…? —Le murmuró con la boca pegada a la de ella—. ¿Te estoy haciendo daño?

—Sólo… un poco… —fue como un suspiro, mitad sollozo, mitad risa.

—¿Me mentiste cuando dijiste que ésta no era la primera vez?

—Sí…

—¿Pero por qué?

—No quería qué cambiaras de opinión otra vez —India estaba sin respiración, sonriéndole, casi empezando a reír.

Él tenía la cara roja; soltando una carcajada, se apoyó en sus manos, todavía dentro del cuerpo de ella y la miró. Era un hombre espléndido, pensó ella, con aquellos músculos en tensión que parecían que los hubiera esculpido Miguel Ángel, con aquel pelo negro cayéndole sobre los ojos.

—¿Y por qué piensas que podía haber cambiado de opinión? —le dirigió una sonrisa que casi la derritió—. Soy tu marido y estoy tomando lo que me pertenece, cariño.

—Brad… por favor…

—Está bien, relájate —se quejó, pasando su mano por las suaves curvas de su cuerpo, buscando con ella la zona situada en el vértice de su sexo. Empezó a acariciársela y ella no pudo controlar su reacción—. Si te hago daño, es culpa tuya. Relájate y disfruta.

India se quejó de placer cuando él intensificó sus caricias,

estimulándole el clítoris con la pericia de un experto. Sintió que su abdomen le explotaba, sintió que algo le subía por el plexo solar, como si alguien la hubiera conectado a una fuente de corriente y estuviera descargando cientos de voltios en su cuerpo. Al mismo tiempo Brad se apartó y volvió a echarse de forma salvaje encima de ella, invadiéndola con su miembro. Su peso la aprisionaba en la cama y ella gritaba, se agitaba y con vulsionaba en completo abandono, dejándose llevar por los instintos, totalmente desinhibida, sintiendo un placer que la impedía casi respirar.

—¿Cuál es el veredicto? —su voz la hizo volver a la realidad.

—Oh, Brad… —casi no podía hablar, además las palabras no tenían sentido alguno en aquellos momentos.

—¿Si? —Se burló—. ¿Sabías que en japonés orgasmo se dice morir e ir al cielo?

—Por favor Brad —le dijo ella con voz ronca—, no te enfades conmigo.

—¿Crees, entonces, que soy capaz de maltratarte si no me dices que has disfrutado?

Las lágrimas acudieron a sus ojos, y con su voz tomada por la emoción, le contestó:

—No creo que te tenga que decir lo mucho que he disfrutado. Y no me creo que maltratases a tu primera mujer. Dime que no.

Hubo un silencio.

—No.

—Entonces, te pido disculpas —sus ojos verdes cargados de lágrimas lo miraron—. Lo siento, no confié en ti. Lo siento. Te quiero, ¿Es eso suficiente?

Brad pareció estar pensándolo un rato.

—Yo creo que es mejor dejarlo así —murmuró al fin, apretando sus brazos alrededor de su cuerpo cálido—. A lo mejor podemos olvidarnos, o a lo mejor no. Mientras lo decidimos, bienvenida a nuestra luna de miel, señora Carn. Al menos hemos descubierto algo que podemos hacer mientras decidimos si nuestro matrimonio merece el certificado que firmamos.

Capítulo 4

Alguien la ha llamado por teléfono, señora.

India se detuvo en el vestíbulo para escuchar el mensaje del ama de llaves.

—¿A mí? —dejó el sombrero de paja en la mesa, y se pasó la mano por el pelo humedecido por el sudor; el corazón le dio un vuelco—. ¿Era el señor Carn?

—No, señora. Era una llamada de Inglaterra. He anotado el nombre y el teléfono.

—Está bien, gracias, ¿has visto al señor Carn?

La señora Fleurie hizo un gesto negativo con la cabeza; su expresión era de discreción. Probablemente pensaría que era una luna de miel extraña. Ya eran dos, porque ella pensaba lo mismo. Después de la experiencia de hacer el amor con Brad por la mañana, no sabía cómo iba a continuar aquella relación.

Él seguiría enfadado con ella; nada de extrañar considerando su conducta después de la boda, y sólo Dios podía saber cuánto tiempo tendría que pasar para que la perdonara. Pero una cosa era estar enfadado y otra era la indiferencia que demostraba. La intimidad, el placer que había sentido durante aquella iniciación la habían atrapado emocionalmente; a pesar de la siniestra carta y su sórdido contenido, a pesar de su reacción tan histérica, deseaba estar con Brad todo el tiempo, necesitaba hablar con él. Necesitaba que le explicase ciertas cosas.

Pero su marido le dijo que tenía que marcharse a cerrar un trato con un coleccionista en Renner. Y no había vuelto para comer.

—Todavía no ha vuelto —le dijo madame Fleurie con calma—. ¿Le gustó el paseo?

India se encogió de hombros, un poco para disimular su tristeza, e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Le sonrió.

—Sí, gracias. Me acerqué a los rosales; el señor Fleurie los tiene muy cuidados; huelen muy bien.

Se dirigió hacia la mesa del teléfono para ver quién había llamado; en la nota estaba escrito el nombre de Philip. India le había llamado y le había dejado un mensaje en el contestador automático. Tenía que hablar con él, descubrir si era él el que estaba detrás de todo aquel misterio del sobre anónimo.

Se fue al estudio, una habitación rectangular muy elegante, con ventanas francesas que daban a la terraza, y cerró la puerta. Marcó el número y al ratito la voz de Philip se oyó al otro extremo.

—¡India! ¿Estás bien? ¿Estás a salvo?

India se imaginó a Philip, con su pelo rubio muy peinado y una expresión arrogante.

—¿Si estoy a salvo? ¿Qué diablos quieres decir? —le preguntó tratando de mantenerse en calma—. Estoy en mi luna de miel, ¡por supuesto que estoy a salvo!

—¿En tu luna de miel? —hubo un silencio. El sonido sibilante del teléfono se oía a la perfección, resaltando aún más la ausencia de conversación. Al cabo de unos segundos, él continuó:

—¿Quieres decir que estás con Brad?

¿Se lo imaginaba o de verdad había un tono de desilusión y frustración en su voz?

—¡Acertaste! —se burló—. Estoy con Brad. Lo normal es que las lunas de miel las pases con la persona con quien te has casado, Philip.

—No tienes por qué contestarme así, porque sé que saliste huyendo nada más casarte —Philip le recordó— . Tenias que haber estado y ver la cara que puso cuando supo que te habías largado. En aquel momento, pensé que iba a sacar una ametralladora y liquidarse a todos los invitados.

—¿Es eso lo que tú esperabas? —India trató de que la sospecha no se le reflejase en la voz, pero no tuvo éxito. Lo empezaba a ver todo con claridad. Había sido Philip. Se estaba delatando cada vez que abría la boca. Estaba demasiado preocupado por su seguridad. Se quedó sorprendido al descubrir que estaba con Brad. Se le había notado el tono al contarle lo furioso que se había puesto Brad en la recepción.

—¿Perdón? —Philip sonó un tanto confundido. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si te creías que Brad iba a sacar una pistola y empezar a disparar. O a lo mejor empezar a apalear a unas cuantas viejecitas.

—India… —Philip debía dedicarse al teatro, pensó furiosa, aquel tono de inocencia la enervaba—. ¿De qué estás hablando?

—¡Al menos ten la decencia de nombrar las cosas por su nombre! —protestó muy furiosa—. ¿A quién pagaste para falsificar todos esos papeles? ¿Quién inventó esa sórdida historia? ¿Y por qué lo hiciste?

No respondió.

—¿Te has vuelto loca, India? No tengo ni idea de lo que…

—No trates de seguir engañándome —le cortó—. Reconozco que me asustaste, pero ya no tengo miedo. Creo en Brad. Es mi marido y lo quiero. ¿Me oyes? Así que olvídate de tus juegos, Philip, y

déjanos en paz.

No esperó a que respondiera, colgó el teléfono con tanta fuerza que vibró el auricular.

Estaba temblando. Salió a la terraza y se sentó en una hamaca hasta que su pulso volvió a normalizarse. La sorpresa que mostró Philip al descubrir que estaba con Brad, aquella supuesta preocupación por su seguridad, y su actitud le habían delatado. Tenía que ser él. A lo mejor tenía un amigo en América al que encargó investigar el pasado de Brad y preparó todo el plan.

Mirando al horizonte, se quedó pensando en los últimos meses de su vida; sus sentimientos con respecto a Brad habían estado claros desde el principio, pero también sintió que eran antagonistas. Todo le había parecido un tanto confuso.

Se había sentido culpable con respecto a Philip, porque antes de conocer a Brad había creído estar enamorada de él. Era el hijo de unos antiguos amigos de la familia, y de la amistad pasaron a algo más. Habían iniciado la relación antes de que ella fuera a la universidad. Y después de la triste aventura con el estudiante casado, volvió a los sólidos sentimientos de Philip.

Pero al conocer a Brad comprobó que su compromiso con Philip era una parodia de lo que debía ser una relación de amor. Al mismo tiempo, desde el principio se quiso apartar de las emociones que Brad despertaba en ella. Philip representaba la seguridad; Brad Carn el peligro. Había pasado seis meses trabajando a su lado y se había enamorado.

En aquel tiempo viajaron a las subastas por toda Inglaterra. Algunas veces habían ido juntos y otras separados. Y cuando fueron juntos, Brad siempre había reservado habitaciones separadas; sabía que estaba comprometida con otro hombre y desde el principio se mostró respetuoso y no quiso ninguna relación de tipo personal. Pero había un sentimiento de atracción física por ambas partes. Era un sentimiento que habían logrado esconder, hasta la noche que ella volvió de Dublín.

India se había desplazado allí para intentar puja por un retrato de Galileo de un pintor del siglo diecisiete llamado Sustermans; en el catálogo se decía que era una copia. Una universidad americana le había encargado a la empresa de Brad comprar el cuadro para el departamento de ciencia que acababan de inaugurar. Había estado lloviendo sin parar, estaba calada hasta los huesos y el hotel donde se hospedaba no había puesto la calefacción.

Después de asegurar la compra, por tan sólo una parte del dinero que disponía para ello, había vuelto en avión a Londres por

la tarde, totalmente agotada. Le dolía la garganta, y se sentía horriblemente mal.

Se quedó sorprendida cuando vio que Brad la había ido a esperar al aeropuerto. Sus padres se habían ido a pasar quince días al castillo de Francia y Philip estaba pescando truchas en Escocia. Y en vez de llevarla a su hogar, él insistió en llevarla a su casa, en el elegante barrio de Hampstead, la instaló en una habitación, y la cuidó a base de zumo de limón y paracetamol.

Por la ventana de la habitación se veían las lilas del jardín de la plaza. El perfume subía hasta la habitación y oía el canto de los pájaros y a lo lejos el tráfico de la ciudad, en aquella tarde de mayo. Y todo eso mientras sudaba y tiritaba de fiebre en la cama.

A las cuarenta y ocho horas se levantó y le sorprendió ver a Brad en una cocina muy grande decorada al estilo minimalista, con un mandil de carnicero, con la cara manchada de harina, partiendo perejil con un cuchillo, preparando macarrones. Tenía un compact puesto de música española, una mezcla de flamenco y música ligera.

—Sí, me gusta la cocina —le sonrió cuando se sentó en la banqueta, mientras lo miraba un tanto sorprendida. Brad le metió un dedo por dentro de la cinturilla del pantalón para demostrarle el peso que había perdido—. Tienes que engordar.

—No es una música muy apropiada para lo que estás preparando —le dijo riéndose, tratando de desviar la conversación, porque al contacto de su mano se había sonrojado.

—Me gusta la música española y la cocina italiana. Y soy americano. Muy cosmopolita todo.

Aquella noche, después de cenar los macarrones más maravillosos que jamás había comido, con una botella de Beaujolais, y una velada cargada de chistes y comentarios sobre el negocio, Brad la había besado por primera vez. Lo que sintió fue la gran revelación de su vida. Cuando Philip volvió de Escocia a la semana siguiente, le devolvió el anillo de compromiso.

No era que Brad se hubiera declarado aquella noche, por supuesto. Lo único que sintió fue que no podía casarse con Philip después de aquella noche.

Y ahora, mientras estaba sentada en el jardín intentó rememorar la escena entre Philip y ella. Le vino a la cabeza como en una nube. Lo único que recordaba con claridad era una sensación de culpabilidad por su parte y una respuesta muy pomposa por parte de él. Debió empezar a maquinar su venganza desde aquel momento.

Se estaba mordiendo la uña, algo que no hacía desde que tenía dieciséis años. Una pareja de palomas se arrullaban por algún rincón; un sonido que la calmaba. En la distancia oía una conversación en francés. ¿Sería Brad hablando con la señora Fleurie? El corazón le dio un vuelco. Había vuelto.

Suspiró, se echó el pelo para atrás, tenía el cuello sudoroso. Forzó una sonrisa. No iba a permitir que Philip estropease la felicidad que sentía en aquel momento.

Le iba a demostrar a Brad lo mucho que confiaba en él. Debía de tener una buena razón para no haberte contado nada de su primera mujer. Y de ninguna manera era la clase de hombre que pudiera maltratar a una mujer. La forma en que le había hecho el amor, aquel control fisico, la delicadeza que había demostrado, a pesar de lo furioso que estaba, ¿no probaba su inocencia, su integridad?

India cerró los puños y empezó a latirle con fuerza el corazón. Había que confiar en las relaciones; ¿cómo se habría sentido ella si él la hubiera dejado nada más casarse, acusándola de algo que no tenía fundamento? No le importaba si tenía que tragarse su orgullo, porque le iba a pedir perdón por su falta de confianza. Philip no iba a ser el que saliera victorioso de todo aquello. Cuando oyó los pasos de Brad en la terraza, India se puso en pie para saludarle, echándose el pelo para atrás. Su aspecto la hizo dudar un poco; estaba serio, los ojos escondidos detrás de unas gafas de sol.

India trató de despejar todas sus dudas. Brad tenía un aspecto magnífico, más que magnífico, maravilloso. Era un hombre guapísimo y estaba tan elegante con aquel traje claro y camiseta negra. Corrió a saludarle.

—¡Brad, te he echado tanto de menos! —le dijo mientras le echaba los brazos por el cuello.

—Qué conmovedor —le dijo en un tono bastante frío. Aceptó su abrazo, pero no mostró ningún sentimiento—. Me he ido tan sólo medio día y mi esposa me echa de menos. ¿Y como ha pasado mi devota esposa el tiempo que yo he estado fuera?

¿Por qué tenía que ser tan sarcástico?

—Pues paseando —le contestó con tranquilidad, intentando no contestarle a la defensiva. Brad no mostró mucho entusiasmo a su recibimiento, pero el olor de su cuerpo, el olor a loción de después del afeitado la hizo casi desfallecer—. Estuve dando un paseo por el jardín. Tienes que venir conmigo, porque hay un árbol que quiero enseñarte. Era el sitio que más me gustaba cuando era pequeña. Hay un estanque con lilas, y el olor de las rosas es embriagador.

¿Has estado allí?

—Sí. Antes de comprar esto, tu padre me lo enseñó. Y eso es todo lo que has hecho? ¿Nada más?

Durante un instante dudó. Notó que estaba tenso. De pronto se sintió furiosa, a pesar de haber decidido hacer las paces.

—¿Qué te imaginas que he estado haciendo? —se oyó a sí misma preguntarle, medio riéndose—. ¿En treteniendo al equipo de petanca local en mis aposentos?

—No, llamando por teléfono a tu amigo Philip, en Inglaterra —su contestación le produjo un vuelco el corazón—. ¿No es eso lo que has estado haciendo? Si las cosas no funcionan entre nosotros, siempre hay una alternativa.

Se echó para atrás, como si la hubiera abofeteado.

—No hablas en serio.

—Pues entonces dime cuántas recién casadas llaman a su antiguo prometido en su luna de miel. Se quedó pálida. Brad se quitó las gafas. No pudo ver ninguna expresión en sus ojos. Pero su mirada no era precisamente de aliento, era una mirada fría y poco amistosa.

De pronto se sintió extraña; su paseo bajo aquel intenso calor la había dejado sudorosa, la suave tela de algodón de su vestido floreado estaba pegada al cuerpo, moldeando sus pechos. No llevaba sujetador; sus pezones se endurecieron ante la mirada de Brad.

—No puedo creer lo que estás diciendo —protestó India—. Me estás acusando de falta de confianza —un sentimiento de orgullo se había apoderado de ella. ¿De verdad se podía creer Brad que era capaz de engañarle con su ex? ¿O estaría buscando algún motivo para tener una discusión?—. Por lo menos yo sí te conté que había tenido novio —añadió furiosa.

—Está bien, tengamos un tregua — intentó sonar divertido. Se sentó en la silla de enfrente y se quedó mirándola—. ¿Y por qué tenías tanto interés en hablar con Sefton-Brook?

—¿Tregua? —le desafió de forma abierta—. ¡No tienes ningún derecho a empezar una discusión y luego dejarla cuando te plazca! ¿Cómo sabes que he llamado a Philip? ¿Estuviste espiándome? ¿Estuviste escuchando detrás de la puerta?

—Le pregunté a la señora Fleurie si alguien había dejado algún mensaje para mí —le dijo con tranquilidad—. Y me dijo que tan sólo había llamado un señor llamado Philip Sefton-Brook, para contestar a tu llamada.

India luchó con su orgullo. La señora Fleurie no tenia porqué

decirle a Brad las llamadas que ella recibía. ¿Pero y por qué iba a saber el ama de llaves que aquello iba a causar un problema? Y además, la señora Fleurie era una empleada de Brad y seguro que había querido ganarse la confianza de su nuevo jefe.

Se sentó también, y se cruzó de brazos. Aquel hombre la ponía totalmente tensa, la frustraba, la ponía furiosa, pero al mismo tiempo tenía que luchar para no alargar la mano y tocar sus muslos. Lo miró con los ojos entrecerrados; el traje que llevaba le resaltaba sus esculpidos muslos. Era un hombre que no tenía ni un gramo de grasa, era fuerte y arrogante. Sintió que la garganta se le secaba mientras apartaba la mirada. Se dio cuenta de que sentía amor y odio al mismo tiempo.

—¿Y bien? ¿,Me vas a dar alguna explicación? —sonó como si no le importara lo más mínimo lo que ella dijera. Se recostó sobre la silla y se quedó mirando al horizonte, como si no existiera.

Decidió ser franca.

—Fue él.

—¿El qué?

—La carta anónima, el sobre con todos esos papeles. Estoy segura de que pagó a alguien para que los falsificara.

—¿Lo admitió él?

—No con sus palabras, pero…

—¿Tienes alguna prueba de que fue él?

—No, en realidad no, pero…

—Pero crees que es culpable.

Se quedó paralizada, y le dirigió una mirada de rebeldía. La señora Fleurie apareció con una bandeja cargada de bebidas, una botella de vino blanco, agua mineral, dos vasos; Brad le dio las gracias, se inclinó hacia delante y sirvió dos vasos de vino. Le ofreció uno a India.

—¿Quieres agua también?

—No, gracias. ¿Entonces no crees que fuera Philip?

—Quién sabe. Lo que me intriga es tu planteamiento de que todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario, India. ¿Es así como lo haces todo? Actúas por impulso y no haces caso de los hechos.

—Eso no es justo. Creo que eres inocente. Ya te lo he dicho —estaba temblando. Su voz estaba cargada de emoción, y se aclaró la garganta de forma impaciente—. ¿Brad, vas a seguir castigándome? Tuve un ataque. Aquella carta, los certificados, los papeles, justo después de habernos casado. Me entró pánico. Sentí la necesidad de buscar un sitio para pensar. ¿No puedes entender eso?

—No veo el anillo de casada en tu dedo.

Se quedó paralizada; se quedó mirando su mano izquierda. Se había olvidado completamente de que cuando estuvieron discutiendo se los había quitado y los había dejado en la mesilla de noche.

—No tengo ningún problema en volvérmelos a poner otra vez —le susurró con voz ronca—. Los dejé en la mesilla de noche.

—Pues déjalos allí si quieres —la retó—. No tomes una decisión de la que te puedas arrepentir después.

Aquella frase fue como un golpe en el estómago. Con manos temblorosas, dio un sorbo de vino, y puso el vaso de nuevo en la mesa.

—Esta bien —se encogió de hombros. Tenía la cara pálida—. Pero hará falta más que el simple olvido de los anillos para romper nuestro matrimonio, Brad.

—Seguro. Ya lo sé—le contestó con un tono sarcástico—. Ya has visto la luz, y como ya conoces la verdad, estás dispuesta a salvar nuestro matrimonio.

Se pasó los dedos por el pelo y se volvió para mirarla de frente; tenía una sonrisa burlona. India sintió un dolor profundo, desesperado. Debía de estar viviendo una pesadilla. ¿Estaría su matrimonio condenado sólo porque en un momento determinado no había sabido qué pensar? ¿Iba a ser su matrimonio así para siempre, ella intentando acercarse a él y él tratándola cada vez con más dureza?

Era posible que Brad no utilizara la violencia fisica, y a lo mejor no era culpable de lo que se decía en la carta, pero lo que estaba haciendo era violencia emocional.

—Si lo que pasa es que me odias, lo mejor es que no sigamos —le susurró ella.

—No te odio —su voz era tranquila, pero con un tono que parecía esconder algo.

—¿Entonces por qué estás así?

—Hay odio en torno a nuestra relación —le dijo él con tranquilidad—, pero no odio entre nosotros.

—¿Puedes intentar ser más claro? —le pidió—. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir que el que ha mandado ese sobre está cargado de odio.

—Por lo menos estoy de acuerdo contigo en eso.

—¿Tu crees que Philip Sefton-Brook es esa persona, India?

—No sé… —empezó a decir—, si es él, lo esconde muy bien.

Aunque lo cierto es que se enfadó mucho cuando le dejé.

—Bueno, eso es comprensible —Brad señaló con una sonrisa—. Pero llegar a vengarse de esa manera.

—¿Y si no ha sido Philip, entonces quién? —ella continuó indagando— . ¿Quién puede odiarme tanto como para hacerme eso?

—¿No se te ha ocurrido que a lo mejor el odio va dirigido contra mí? Yo conozco a unas cuantas personas que no me tienen precisamente entre sus invitados a pasar la Navidad con ellos.

—Dime quienes son… Brad, tenemos que hablar. Tengo que saber quiénes son. Necesito saber cosas de tu pasado. Soy tu esposa y creo que tengo derecho a saber algo sobre tu pasado.

Brad se levantó, y trató de agarrar su mano. De pronto, se descubrió tan cerca de él que su corazón empezó a latir con fuerza.

—Ahora no. Cuando descansemos un poco, haré unas llamadas, pero por ahora dejémoslo, no me gusta especular —le dijo con un tono un tanto burlón—. Ni tampoco me gusta precipitarme en mis conclusiones. A diferencia de mi encantadora esposa, que parece pasar de una conclusión a otra como mariposa de flor en flor.

—Eso no es justo —para su mayor desconcierto, se dio cuenta de que estaba temblando, un intenso deseo se estaba apoderando de ella, un deseo que le recorría todo el cuerpo.

Brad la acarició, provocando en ella una respuesta inmediata. Le pasó los dedos por toda la espalda, bajando hasta sus costados.

—Si Philip hubiera querido intentar acabar con nuestra relación, habría enviado la carta antes de la boda, no después —Brad razonó con suavidad, posando su boca en su cara, lamiéndole la oreja con la lengua. Ella se agitó de forma involuntaria, una oleada de pasión le invadió todo el cuerpo.

—¿Y cómo lo sabes? —le dijo a duras penas.

—Porque eso habría sido lo que hubiera hecho un hombre lógico, y por lo que he comprobado Philip es un hombre lógico. Puede ser un idiota pomposo, pero es lógico.

—¿Entonces sugieres que el que lo hizo no era una persona lógica?

—¿Y tú qué crees? Vamos arriba, es hora de ir a la cama.

—Brad… por lo que más quieras.

Muy tensa y resistiéndose al principio, pero temblando de deseo, se dejó llevar a la cama, no a la torre donde estaba su habitación, sino la habitación principal en el primer piso, la habitación que sus padres siempre habían usado.

Cuando Brad entró y cerró la puerta, ella se dio cuenta de que

habían decorado de nuevo la habitación. En el sitio en que sus padres tenían una cama normal, habían puesto una cama con dosel, una antigüedad francesa de madera labrada, de la que colgaban cortinas de seda de color melocotón, crema y terracota, haciendo juego con las cortinas de las ventanas que daban a los jardines del castillo; las paredes estaban empapeladas de terciopelo, de color melocotón, y la alfombra de color terracota. Aquella opulencia era el complemento perfecto para los elegantes espejos antiguos y los innumerables retratos enmarcados en madera de caoba, además de las lámparas de pared y de mesa Tiffany. Él la miraba sin expresión alguna en la cara.

—¿Das tu aprobación?

—Es maravilloso. Me encanta. ¿Cuándo has mandado hacer todo esto?

—A la semana de comprarlo.

—¿Y cuándo lo compraste?

—Hace un mes.

Intentó concentrarse en todo aquello. Brad le había pedido matrimonio hacía seis semanas; habían decidido casarse a principios de agosto, y Brad había ido a finales de junio a Francia de viaje de negocios. Recordó que por aquellas fechas le había dicho que se rumoreaba que había un Turner perdido en un castillo en algún lugar de Francia. Y él se había ido.

A ella la había mandado a una subasta a San Francisco. En aquel momento, pensó que era raro que él no aprovechara la oportunidad para volver a América. Así que era aquello lo que había estado haciendo, reformando el castillo de su familia para que fuese un regalo de bodas, convirtiendo la habitación principal en un nido de amor plagado de joyas.

—Sábanas blancas de lino, perfumadas con lavanda —murmuró él. Se había colocado detrás, pegado a ella, con su boca sobre su pelo. ¿Le habría leído los pensamientos? El deseo la conmovió, sobre todo cuando empezó a acariciarle los hombros, bajando con sus manos hasta llegar a los pechos.

—Oh, Brad… es un regalo de boda maravilloso —logró decirle con dificultad.

—¿De verdad lo piensas? —le bajó el vestido hasta la cintura, y sus ojos la miraron cargados de deseo—. Es una ironía que eligieras este sitio para huir de mí.

India se sintió de nuevo desesperada y reprimió un sollozo en su garganta.

—Pero ahora estoy aquí, ¿no? —logró decir—. ¡No me he ido!

—¿No te he dicho nunca que tienes unos pechos maravillosos? —aquel susurro le puso la carne de gallina. Él se inclinó un poco para besárselos, abrió la boca y empezó a lamérselos con su lengua, saboreando las gotas de sudor. India se sintió débil y agitada; sus pezones se endurecieron cuando él jugueteó con ellos en su boca, los besó y se los mordió, provocándole tal reacción de deseo que de pronto le agarró la cabeza y se la colocó para que los lamiese y sofocase el ardor de sus pechos.

—Aquí —le dijo, respirando entrecortadamente—. Bésame aquí…

—¿Aquí? —dijo él de forma un tanto perversa. Con mucha suavidad, le agarró el pezón entre los dientes, tiró de él y luego soltó de pronto. Ella abrió los ojos y lo miró la cara. Sintió ganas de llorar.

—¿Qué haces?—le dijo, mientras intentaba escaparse—. ¿Quieres que te odie?

—No —él la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho, su voz estaba cargada de sentimiento y añadió:

—En estos momentos no podría soportar que me odiaras.

—Entonces déjame que te ame —le susurró.

Reprimiéndose las lágrimas, sacó fuerzas de flaqueza. Levantó la cara y lo besó con tanta intensidad que él inmediatamente respondió.

—Esa es una oferta que no puedo rechazar — aquel comentario no era precisamente ambiguo. Tenía el cuerpo tenso, y la estaba empujando en dirección a la cama, mirándola con sus ojos oscurecidos y su boca entrecerrada—. Pero llamemos a las cosas por su nombre, cariño, esto es sexo, no amor.

Intentó protestar, pero él ya tenía su boca sobre la suya, besándola con tanta urgencia que le quitó cualquier pensamiento de su cabeza y encendió su cuerpo. Ella se estremeció, cuando él bajó su mano y empezó a quitarle la ropa interior, acariciándole de forma sensual los muslos, ya desnudos. Se sintió vulnerable y ardiente.

—¿Por qué me dices esas cosas? ¿Por qué quieres que lo que sentimos uno por el otro suene tan sórdido? —le susurró enfebrecida. Se sintió débil y temblorosa. El seguía acariciándole el cuerpo, encendiendo sus sentimientos, buscando las zonas de más placer. Se había quitado el traje y tirado la camiseta, y cuando se agachó para quitarse los calzoncillos de forma impaciente, su estómago se contrajo al ver su miembro erecto.

Empezó a acariciarle con la mano todo su cuerpo, jugueteando

con sus pezones, bajando hasta su estómago, metiéndole los dedos entre el vello de su pubis, cubriéndole con la mano su sexo. Le deslizó los dedos entre sus temblorosos muslos, acariciándoselos con mucha suavidad. Investigó su sexo y, con dos dedos, se lo abrió y lo acarició por dentro, como si la estuviera poseyendo. Aquello la hizo casi explotar.

—¿No es así como describiste nuestro matrimonio esta mañana, como algo sórdido?

—Brad… Brad… no —le dijo con una respiración entrecortada, sin querer escuchar el tono de su voz—. Ahora no…

—¿Ahora no? —repitió él mofándose, colocándose con brusquedad entre sus piernas—. ¿Ahora no, qué, querida? ¿Que no penetre a mi encantadora esposa y me acuses de ser impotente de nuevo?

—Eres odioso —le dijo con lágrimas en los ojos, dio un suspiro y le empujó el pecho cuando él se metió dentro de ella—. ¡Nunca tenía que haberme casado contigo!

—Si no lo hubieras hecho, quién sabe cuánto tiempo habrías seguido medio virgen, con el máximo representante de los amantes ingleses, Philip Sefton-Brook —se burló él despiadadamente, echándose para atrás y hundiéndose de nuevo dentro de ella, moviendo sus caderas lo justo para ponerla a ella al borde del orgasmo. Sintió que la habitación daba vueltas y su cabeza también. Y él emitió una queja como si lo estuvieran torturando, mientras tensaba los muslos y culminaba sus movimientos con un violento espasmo.

—Os estoy haciendo un favor a los dos, cariño —le dijo provocándola, después de un largo silencio que pareció interminable, retirando su cabeza de su pelo sudoroso y enmarañado—. Te estoy educando en las artes sensuales. Sefton-Brook se que dará mudo de asombro cuando vuelvas corriendo a sus brazos.

Enfurecida, lo miró a los ojos y le dio una bofetada. Brad no se movió, no hizo ningún gesto de retirarse.

—Todo esto no tiene ningún sentido —le susurró ella. Incluso después de haber hecho el amor con Brad se sintió desgraciada—. Si te digo que te amo, me lo reprochas. Si te demuestro que te quiero, lo utilizas para humillarme. Ya está bien.

—¿Estás ya harta, y sólo llevamos un día de luna de miel, señora Carn?

—Eres un canalla—le dijo mientras intentaba quitárselo de encima. Pero él la tenía sujeta a la cama y no mostró ningún signo

de hacer un movimiento—. No creo que haya sido mi huida lo que te haga ser tan cruel y tan desagradable.

Con un quejido, se salió de ella, y se tendió a su lado, respirando como si tuviera dificultad.

—Podría haber sido algo en tu mirada, cuando llegué esta mañana —le respondió con suavidad, volviéndose para mirarla, con una sonrisa en sus labios—. Al saber que la mujer que amaba y con la que estaba casado me tenía miedo. ¿No crees que eso puede hacer que uno sea desagradable?

Un sentimiento de frustración se apoderó de ella al comprobar que no había sido capaz de arreglar las cosas. No podía negar lo que estaba diciendo. Era cierto que al principio le había entrado pánico al ver aquellas horrorosas fotos, tan reales.

—Fue por tu culpa por lo que me sentí asustada —le espetó—. Tu culpa por no contarme la verdad, por no desvelarme tus secretos, mucho antes de casarnos.

—Todo el mundo tiene secretos —le murmuró de forma implacable—. Tengo treinta y dos años. He vivido y he viajado y he hecho cosas de las que me arrepiento. El matrimonio no significa que le tengas que contar al otro tu vida pasada, hasta el más mínimo detalle, India.

—¡Es evidente que no es así, en tu caso! Y cuando dices que has hecho cosas de las que te arrepientes, te refieres a esas acusaciones del sobre?

No contestó. En aquel momento hubiera deseado no haber dicho nunca aquellas palabras. Se sintió enferma y desamparada.

—¿Qué es lo que quieres hacer, India? —le preguntó al fin. Utilizó un tono como si estuviera escogiendo cuidadosamente las palabras, intentando mantener la calma—. Eres sólo una niña. No sé cómo he podido pensar que eras bastante madura como para casarte. ¿Quieres que terminemos todo esto? ¿Quieres volver con tu papi y tu mami?

India escondió la cabeza en la almohada, con los ojos cargados de lágrimas. Brad parecía un extraño, un extraño que usaba su cuerpo para satisfacer sus apetitos sexuales; sintió que se le rompía el corazón.

La dolorosa perspectiva de poder perder a Brad, de perder la oportunidad de poder ser feliz de nuevo fue muy intensa. Pero su orgullo fue más fuerte.

—Tengo veintiún años. No soy una niña. Y yo pensé que querías mi ayuda en esa subasta de París.

—Así es.

—Entonces me puedo quedar hasta entonces —le respondió con frialdad sin pensar siquiera en lo que estaba diciendo. ¿Por qué lo habría dicho, en vez de echarse a llorar y decirle que lo quería, que quería volver a la relación que tenían antes de casarse? Casi no podía respirar. Se sintió desgraciada.

—Está bien. Nos iremos a París mañana. Aunque la subasta se celebra pasado mañana, podemos aprovechar el día para comprar vestidos para ti.

—¿Por qué? No necesito ningún vestido.

—Entonces, perdóneme, señora. ¿Qué frase utilizaste esta mañana? —su voz estaba cargada de sarcasmo—. Que me he casado contigo sólo para subir de escalafón social. Aunque no tenga tu estatus social, lo que sí tengo es mucho más dinero que tú. Y la mujer que tiene que acompañarme a los actos sociales necesita algún vestido que otro…

Capítulo 5

—Va a volver para la fiesta, señora? —le preguntó la señora Fleurie sonriente, cuando se la encontró en el vestíbulo, mientras Brad metía las maletas en el Porsche.

India se quedó mirándola, sorprendida. Había dormido muy mal; se sentía como en una nube.

—A finales de semana —le apuntó el ama de llaves—. En el pueblo celebran la ceremonia del perdón. ¿No recuerda?

India asintió con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo. Sí se acordaba. En las tardes de verano, sus padres y ella se habían unido a los lugareños, ataviados con los tradicionales trajes bretones para asistir a la ceremonia. Un pequeño ángel de madera que disparaba una flecha que encendía una hoguera, símbolo del arrepentimiento de los pecados.

—No sé. Ya veré —le respondió con cierta tensión—. Todavía no hemos hecho planes, señora Fleurie.

Ni siquiera sabía los planes para las siguientes dos horas, cómo iba a saber lo que iba a hacer más adelante. El teléfono había estado sonando toda aquella mañana. Philip había vuelto a llamar, alegando que era inocente. También había llamado su padre, al haberse enterado por Philip dónde estaba, intentando saber qué era lo que estaba pasando. También Lucinda, llena de curiosidad por el contenido del sobre que había recibido.

Le dijo a India que había estado con el amigo de Brad, Curtis, el padrino, que había venido de América y que ella pensaba que era tan divino como Brad. Este también había recibido algunas llamadas, que había respondido en privado, en el estudio, y de las cuales no le había informado.

—Después de todo, a lo mejor no es mala idea ir a París hoy —le comentó a Brad, colgando el teléfono después de hablar con Lucinda—. Por momentos me siento acosada. ¿Y tú?

—¿Aosada? —le preguntó como si le preocupara.

Él parecía resuelto a resolver todo aquel asunto solo, excluyéndola deliberadamente de cualquier decisión. India se sentía desgraciada por aquel conflicto, harta.

Pararon a comer en el camino. Ella eligió pollo y salmonetes; Brad comió marisco y un filete.

Todo el tiempo se comportó como si tan sólo fuera un compañero de trabajo, y se limitaba a comentarle cosas irrelevantes

del negocio. La conversación giró en torno a la sala de arte privado que iban a visitar, en la que ella tendría que pujar. Él no podía ser visto en aquella subasta, ya que era muy conocido en todo el mundillo de las subastas. Se sabía que iban a ir representantes de las galerías de arte más importantes del mundo. Si veían a Brad, sabrían que había encontrado algo interesante, una pieza no catalogada, y la subasta alcanzaría cifras astronómicas.

—Hay un cuadro que lo llaman La mujer desconocida, del siglo dieciséis. Casi estoy seguro que es un retrato original de Catherine Howard —le dijo mientras estaban tomando el café—. Le dije a George que investigara, podría ser un Holbein.

—Aparte de las miniaturas de Holbein en la Colección Real, no se sabe que existan retratos de Catherine Howard —le dijo frunciendo el ceño—. ¿No dicen que Enrique VIII los destruyó después de cortarle la cabeza a ella?

—Sí.

—Parece que no le bastó con cortarle la cabeza.

—Ella le engañó con otro hombre. Fue una cuestión de honor y de orgullo.

—Claro, de honor y de orgullo —India dejó la taza de café en la taza, mirándolo directamente a los ojos—. Supongo que algunos hombres sienten que nunca pueden vengar cuestiones tales como el honor y el orgullo.

Brad entrecerró los ojos, pero no quiso responderle, tan sólo se limitó a hacer un gesto con la mano, pidiendo la cuenta.

Sentada en el asiento de al lado del conductor mientras se dirigían a París por la autopista, ella lo miraba el perfil. Sintió que una distancia inmensa los separaba, como si estuvieran en planetas diferentes.

Lo único que los unía era el sexo. Se sintió avergonzada del erotismo que emanaba de ellos cuando estaban juntos. Por una parte le gustaba, pero por otra se sentía dolorida al comprobar una y otra vez que aquel sentimiento no iba acompañado de amor. No estaba segura de si podría compartir habitación con él otra vez más. La última noche se había ido a su habitación de la torre a dormir. Él no había dicho nada, aparte de comentar que ya era demasiado tarde para encerrarse en su torre de marfil.

—Necesito descansar —le había dicho, furiosa—. Puede que sea tu mujer, pero no soy tu concubina. ¡No me puedes usar para descargarte cuando te venga en gana!

—Yo pensaba que tú también disfrutabas. Y tú fuiste la que te empeñaste en consumar nuestro matrimonio. Pero no obstante, lo

tendré en cuenta.

Aquel comentario se lo había hecho con una ironía terrible. Aquella noche puso una silla contra el pomo de la puerta. y se comportó de forma melodramática e infantil en extremo cuando comprobó que él no se acercó a su habitación en toda la noche. Y lo que fue peor había pasado la noche dando vueltas y frustrada, maldiciéndose por su estupidez.

—He reservado una habitación en la Plaza de la Concordia —le murmuró, mencionando uno de los hoteles más caros y lujosos de París, cuando llegaban a las afueras de la ciudad.

La mirada de sorpresa que ella le dirigió le hizo soltar una carcajada.

—¿Qué mejor sitio para mostrar a todos mi nuevo adorno? —le dijo para provocarla—. Y además, París es un infierno en agosto, lleno de veraneantes. En ese hotel, estaremos más cómodos. La primavera es el mejor momento para visitar París. ¿No crees? Mucho más romántico.

—Nada menos romántico que esta visita —contraatacó.

—Ten cuidado con lo que dices, señora Carn —le riñó, extendiendo la mano para pellizcarle la barbilla—. Es tu luna de miel. Y nada es más romántico que la luna de miel.

—Brad, para ya —le regañó. Las manos le temblaban y se las metió en los bolsillos de su pantalón color azul marino. Tenía las palmas sudorosas. Eran los nervios. Se sentía como un flan al lado de su marido. Aquello era ridículo. ¿Cómo podía haberse convertido la situación en algo tan insoportable?

Pero India se dio cuenta de que había roto dos reglas de oro de toda relación. Había herido su orgullo, al hacerle pasar ridículo delante de los invitados, y no había confiado en él. ¿Qué esperaba entonces? ¿Champán y rosas? ¿Y confiaba en él en aquel momento? ¿O estaría haciendo la política del avestruz, metiendo la cabeza debajo de la tierra, esperando tiempos mejores? Sintió una punzada en el pecho. Si pudiera retroceder en el tiempo.

Ya en la habitación del hotel, el botones apareció con champán y flores. Ella se quedó sorprendida y miró desconcertada a Brad.

—¿Pediste tú esto? —le preguntó.

—No. Es un detalle de la casa, supongo —Brad se estaba quitando la ropa y la estaba echando encima de la cama. Ella se sonrojó. La chaqueta de color beige, la camiseta. Casi salió corriendo cuando él se dirigió en tono despreocupado hacia ella, con el torso desnudo y musculoso. Pero se metió directamente en la ducha.

India se sentó en la cama, se apoyó en un cojín y ojeó una de las guías turísticas de la ciudad, con los nervios de punta. Cuando salió de la ducha, con el pelo húmedo y echado hacia atrás, oliendo a loción de afeitado, ella lo ignoró. O al menos fue lo que intentó. Pero lo miraba de reojo, incapaz de quitarle la vista de encima. Brad Carn era un hombre que no se podía ignorar, a pesar de la tensión que reinaba en el ambiente.

Empezó a vestirse de nuevo. Se puso una camisa blanca de lino y un traje que con toda probabilidad sería de Armani, a juzgar por la caída de hombros. Se secó el pelo y se puso las gafas de sol. Un sentimiento de curiosidad se apoderó de ella.

—¿Te vas?

—He quedado en St. Germain des Pres dentro de media hora.

—¿Una cita de negocios? —le preguntó expectante—. ¿Puedo ir contigo?

—A pesar de lo mucho que me apetece enseñarte a todo el mundo, esta vez no —el tono irónico que utilizó la enfureció más —. Pareces cansada, India. Duerme un poco mientras estoy fuera. Y alegra esa cara, porque luego iremos a las tiendas de la Rue de Marignan, y después a cenar a Les Conaisseurs.

—¿Estás intentando impresionarme, o qué? Para ser un huérfano que se crió en la pobreza en Los Angeles, parece que lo sabes todo sobre la jet europea, Brad, ¿pero no crees que se te está subiendo un poco a la cabeza? ¡No quiero ir de compras! Me tratas como si fuera una estúpida.

—¿No es esa otra definición de lo que es una mujer adorno? —le respondió con un tono frío y distante—. Bueno, me voy, hasta luego.

Y se fue antes de que pudiera responderle.

La habitación se quedó en silencio, se sentó de nuevo en la cama y se quedó mirando la botella de champán Bollinger y el ramo de claveles de color crema y oro y lilas.

Intranquila, se puso de pie de nuevo y se dirigió a la ventana. Se quedó contemplando la inmensa Plaza de la Concordia, del siglo dieciocho, y los jardines de las Tullerías, que se extendían hasta el Louvre. Y allí estaba ella, en uno de los mejores hoteles de París, en aquella extraña luna de miel, sintiéndose como si fuera el fin del mundo. Aquella actitud de Brad la hacía sentirse sola y abandonada.

Ni siquiera se había dignado a hablar con ella. Se había negado en redondo a hablar de su primer matrimonio. Y a pesar de todo, no le había dejado hacer las maletas y marcharse del castillo

cuando le amenazó con ello. ¿La querría tener cerca para poder castigarla, y así demostrarle el poder erótico que podía ejercer sobre ella?

Se forzó a hacer algo positivo y se metió en el baño, dejó correr el grifo, se quitó los pantalones y la blusa y se quedó mirando su cuerpo en el espejo. Se pasó las manos por las pálidas curvas.

Sintió un escalofrío al pensar en cómo se había sentido al hacer el amor con Brad. Tan cálida y femenina, hasta que él tan cruelmente se separó de ella.

Se hizo un moño en el pelo y se metió en el baño. El agua templada la hizo relajarse. pero no podía librarse de sus pensamientos que la torturaban una y otra vez su cabeza le daba vueltas como un ratón atrapado en su rueda.

Aquella relación era un círculo vicioso. Ninguno de los dos podía evitar hacer daño al otro. Ella le había humillado después de la boda. Él la había humillado al rechazarla sexualmente. Ella se había defendido para salvar su orgullo, y le lanzó aquellas acusaciones sobre su primera mujer. Pero no estaba segura de qué era lo que le había hecho más daño, si sus acusaciones de haber maltratado a una mujer, o de haberse casado con ella para subir en el escalafón social.

Emitió una queja y apoyó la frente contra sus rodillas. Cerró los ojos. Si se hubiera quedado en la recepción, le hubiera enseñado las fotos en aquel momento y le hubiera pedido una explicación allí mismo, ¿Qué habría hecho él? ¿Le habría hablado entonces de su primera mujer? ¿Le habría revelado el siniestro misterio de cómo alguien pudo haber falsificado esos documentos? ¿Cómo podría saber si su negativa a hablar del tema era por orgullo o porque se sentía culpable?

Y si fuera todo verdad?, le dijo una vocecilla en su cerebro. ¿Qué podría hacer? ¿Estaría escondiendo su naturaleza violenta hasta conseguir lo que quería? ¿La había estado utilizando? ¿Se habría casado con ella por el estatus social que tenía su familia?

Se sintió frustrada y con un dolor muy intenso en el corazón. El Brad que ella había conocido no era un hombre que pudiera maltratar y golpear a una mujer. Era un hombre valiente, sin miedo, como había demostrado el día que unos desconocidos habían intentado robarle el bolso. No era una persona violenta ni vengativa. Era todo lo contrario. Como aquella vez que le robaron la Harley Davidson que estaba aparcada frente a su galería de arte en Old Bond Street. La policía logró arrestar al ladrón, en una persecución por el East End. El ladrón casi atropelló a una madre

con un niño, y acabó estrellándose contra un puente. Habían declarado la moto siniestro total, y el ladrón no se había hecho nada, aparte de unas magulladuras y arañazos.

India en aquel momento pensó que Brad des cargaría toda su ira contra aquel chaval. La policía le informó que era un ladronzuelo de coches y que por ser menor de edad le enviarían a un reformatorio. Y para su sorpresa, Brad insistió en que le ingresaran en un programa de rehabilitación.

Cuando India le preguntó por qué había hecho eso, él le respondió que se sentía solidario con los jóvenes y los desposeídos, porque él había crecido en las calles más pobres de Los Ángeles y sabía lo fácil que era caer en la delincuencia. Quería dar a los jóvenes como aquél una oportunidad, en vez de una patada en la boca. Aquella no era una actitud de un hombre que pudiera maltratar a las mujeres.

Agarró la esponja y se frotó la espalda. Se dio cuenta de que estaba llorando. Tenía que enfrentarse a la realidad, aquella relación iba de mal en peor, en parte por culpa de él y en parte por culpa suya. Pero no era el momento de sentir autocompasión. Creía que conocía al hombre con el que se había casado. Y era posible que no lo conociera en absoluto. A lo mejor lo estaba perdiendo para siempre. Aquellos eran los hechos, y si no le gustaban lo mejor sería pensar en hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—Ese —Brad le dijo cuando India salió del probador de la tienda, vestida con un traje precioso de noche, de crepé gris y violeta, con un corpiño cruzado que tan sólo le tapaba los pechos —. Y también el rojo y el negro.

—Brad, pero si con esos parezco una vampiresa. No es la clase de vestidos que yo me pongo —le dijo con amabilidad. Toda aquella tarde había intentado con todas sus fuerzas no discutir. A pesar de que sabía perfectamente que él estaba haciendo todo aquello para vengarse. Era muy dificil soportar la humillación que sentía al ir de tienda en tienda como si fuera una muñeca sin cerebro. Además, no llevaba el anillo de boda, que había dejado en la habitación del castillo, por lo que se sentía indefensa de la mofa y escarnio de las dependientas.

Habían hecho el circuito completo. Habían ido a comprar ropa interior de seda, de colores ostra y violeta, vestidos de verano, trajes, camisas de seda, y prendas de firmas como Karan, Mur, Chanel, Valentino, bolsos de cocodrilo y zapatos italianos. También

entraron a comprar un collar de perlas con pendientes haciendo juego de Cartier y perfume de Chanel.

—Envuélvalo —le dijo a la dependienta, ignorando las protestas de India, echando la tarjeta de crédito de oro sobre el mostrador por enésima vez aquella tarde.

En el taxi, de vuelta al hotel, ella giró la cabeza para mirar el perfil de su implacable marido.

—¿Por qué me has tratado así en las tiendas? ¡Como si fuera tu querida! —le espetó— . Como si estuvieras pagando mis favores.

—«Querida» no es el término correcto, porque todavía no has alcanzado ese nivel de experiencia —le dijo con ironía mientras le dirigía una sonrisa.

—Muy gracioso. ¿Sabes cuál es mi filosofia? No pierdas la cabeza, sé ecuánime.

—Guau…

—¿Sabes lo que te digo? —le dijo, cerrando los puños—. Que si quieres guerra, la tendrás.

—¿No me estarás amenazando con más violencia?

—¿Más violencia?

—Todavía siento en la cara la bofetada que me diste —le dijo con un tono burlón—. Espero que no te acostumbres a golpear a todos los hombres, India. Quizá sea mejor que llame a Philip y le pregunte si con él hacías lo mismo.

—¡Vete al infierno! —explotó ante aquella expresión de humor negro.

Brad se limitó a sonreír mientras se metían en la habitación del hotel.

—Ponte el vestido rojo. Quiero un buen adorno para la cena de esta noche.

—Lo que tú digas —le dijo ella devolviéndole la sonrisa, con tono sarcástico—. Y qué quieres que me ponga en la cama esta noche, el camisón rosa?

—El Chanel número 5 será suficiente —le sonrió. A continuación se sentó, abrió el periódico y se concentró en la lectura.

El restaurante del hotel era lujoso y muy caro. Los camareros iban y venían por todas partes, había música de fondo, las mesas tenían manteles blancos muy almidonados, con cubertería de plata. India se dio cuenta de que con su vestido de seda rojo la gente volvía la cabeza a su paso.

Llevaba el pelo suelto, cayéndole por la espalda, llevaba más maquillaje del que se acostumbraba a poner, lo cual le acentuaba los ojos verde mar y resaltaba las suaves curvas de sus labios. Los zapatos de tacón alto y el collar de perlas al cuello añadían un toque de distinción.

—La gente me mira —le murmuró mientras recogían las cartas del menú forradas con tapas de cuero.

—A lo mejor piensan que eres alguien famosa.

—Bien pensado parecea Claudia Schiffer —se burló—. ¿Qué te apetece comer?

—Me da igual. Todo esto ha sido idea tuya. Tú eliges.

—Muy bien, no hay problema —le dijo mientras llamaba al camarero haciendo un gesto con la mano. El camarero apareció en un instante—. Primero tomaremos una botella de champán. Moét et Chandon. Paté de foie gras y salmón.

—Magistral —le murmuró con ironía. Se quedó mirándolo. A pesar de la calidez de la luz que lo alumbraba, tenía un aspecto implacable. En su rostro había un gesto burlón. Ni el elegante traje que llevaba, ni la corbata de seda ni su aspecto civilizado podían esconder su fría y dura personalidad. Se sentía como si estuviera sentada con un asesino elegantemente vestido.

—Cuéntame algo de tu relación con Philip —le dijo de pronto.

—¿El qué? —lo miró sin ninguna expresión en su mirada—. Brad, no creo que me hayas escuchado todos estos meses, porque te he contado hasta el último detalle de mi relación con Philip.

—¿Y por qué me dijiste que te habías acostado con él?

Respiró hondo, intentó controlarse y no ponerse colorada.

—También te he respondido a esa pregunta.

—Refresca mi memoria.

—Porque pensé que sería mejor si te decía que no era la primera vez que hacía el amor —de pronto se sintió acalorada y se dio cuenta de que se ponía roja como un tomate.

—¿No lo hiciste entonces para provocarme, para ver hasta dónde podía aguantar antes de romperte la cara?

—No seas ridículo.

—¿Estás segura?

—¿Quieres parar de interrogarme? La verdad es que no estoy segura de por qué lo dije en aquel momento. Estaba muy nerviosa. Me hizo sentirme menos desprotegida, eso es todo. Por Dios bendito, ¿qué más te puedo contar de Philip? Cuando te conocí, me di cuenta de que no estaba enamorada. Por ti rompí con él. Yo creo que toda esta nueva obsesión por Philip es una cortina de humo.

Estás lanzándome acusaciones para lavar tu propia culpa.

—¿Mi culpa?

—¡Tu tu culpa! Lo que quiera que hayas hecho o dejado de hacer a tu primera mujer, ¿y si no, por qué no quieres contarme nada de ella? ¿Por qué no lo aclaras de una vez, aquí y ahora? Cuéntame lo que pasó con Natalia.

Brad entrecerró los ojos y la miró con intensidad. El camarero había llegado con el champán. Las burbujas refrescaron su cara cuando alzó el vaso y dio un sorbo.

—Ya te hablé de Natalia el otro día. ¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo era? ¿Erais felices juntos? ¿Cómo se hizo todos esos moretones que aparecen en las fotos?

Brad la miró, dio un sorbo del vaso de champán y le respondió:

—Te responderé en el mismo orden que me has preguntado. Era una neurótica y una malcriada, no éramos felices juntos, y la golpeó alguien a quien debía dinero.

India se quedó pensando en aquellas palabras.

—¿Alguien a quien le debía dinero? ¿No me dijis te que pertenecía a una familia con mucho dinero? ¿Que ella y su hermana gemela poseían la galería de arte de Los Angeles?

—Así es. Pero es una historia muy larga, India. En la vida no todo te sale como tú piensas que va a salir.

Ella se quedó mirándolo sorprendida. Era impresionante lo habilidoso que era para no decir lo que no quería decir. En aquel momento, hubiera deseado gritarle, sacarle a golpes la verdad. Pero todo lo que le pudo decir fue en un tono muy bajo:

—¿Y la amabas?

—Eso pensaba al principio. Yo tenía sólo veinte años. Y era un ingenuo que creía en un futuro feliz con niños y una casita con jardín y un perro y esas cosas.

—¿Y la realidad fue diferente?

—La realidad fue diferente.

—¿Y por qué te acusaron de malos tratos? —le preguntó con voz ronca. Aquella revelación del sueño no realizado la había llegado al corazón.

—La encontré inconsciente junto a la puerta de nuestro apartamento. Sus padres llegaron cuando yo estaba todavía a su lado. Siempre habían estado en desacuerdo con nuestro matrimonio. Y aprovecharon aquella oportunidad.

—¿Llamaron a la policía y te acusaron?

—Sí. Pero no consiguieron que me declararan culpable. Aunque todo el juicio lo pasé encerrado en prisión —le dijo con ojos

cargados de tristeza por aquel recuerdo.

—Pero Natalia sabía que no habías sido tú.

—Claro que lo sabía.

—¿Quieres decir que Natalia no dijo quién había sido quien la había golpeado y dejó que te encerra ran en la cárcel?

—Así es. ¿Comprendes ahora, India, por qué no es ese mi tema preferido de conversación?

—¿Pero quién fue el que la golpeó?

La mirada de Brad era impenetrable.

—Es una historia muy sórdida. ¿No podemos hablar de otra cosa? —le dijo mientras le dirigía una sonrisa amarga. Ella lo miró a los ojos y vio que reflejaban dolor.

—Es una historia verdaderamente terrible —le dijo indignada—. Tu ex esposa parece una mujer desleal y poco de fiar.

—Sí, y mi nueva esposa se fia mucho de mí y rebosa lealtad.

—Mira, puede que tu último matrimonio te haya hecho volverte un cínico, ¿pero no crees que merezco algo de consideración? Yo te creo. Creo que eres inocente. ¿No cuenta eso?

—Digamos que el jurado está todavía deliberando —Brad alzó la cabeza para mirar al camarero, que había llegado con el primer plato—. Aquí está el paté.

Ya habían medio terminado el primer plato cuando una pareja muy elegante, de unos treinta y tantos, se sentó a la mesa que había al lado de la de ellos, vieron a Brad y se acercaron a saludarles. El hombre llevaba chaleco y pajarita. La mujer iba ataviada con un vestido de seda de color gris, su pelo rubio y corto con un peinado muy elegante. Aquella elegancia tan sencilla le hizo sentirse incómoda, ya que ella iba vestida para gustar a los hombres. Podía sentir la mirada del hombre clavada en sus pechos.

—Esta es mi mujer, India —dijo Brad mientras se estrechaban la mano—. No habla mucho francés, pero tiene otros muchos talentos, ¿no es verdad, cariño?

El hombre lanzó una mirada de aprobación a India. Se quedó sonriendo, sin poder decir una palabra. Un sentimiento de ira se apoderó de ella. Ni siquiera había oído los nombres de los amigos de Brad, cuando ellos se retiraron a la mesa y se enfrascaron en una conversación sobre el menú. Una sensación de humillación e indignación la dejó casi temblando.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le espetó—. ¿No crees que toda esta charada ha ido bastante lejos?

—¿A qué charada te refieres?

—A tratarme como si fuera un premio que hubieras conseguido

en alguna feria. Vistiéndome como si fuera una Barbie.

—Siento no haber podido estar a la altura de las circunstancias.

—Has dejado que tus amigos pensaran que era una estúpida.

—No son mis amigos, precisamente —Brad la interrumpió, con un tono de aburrimiento—. Son contactos del negocio. Esperemos que este encuentro no influya en la subasta de mañana.

El champán fue el antídoto perfecto para no sentirse desesperada, descubrió India cuando la velada iba hacia su fin. Y después del trato que había recibido de Brad, no sólo se sintió desesperada, sino también frustrada, de forma intensa y sobrecogedora. Aquella venganza la hizo sentirse furiosa. Porque lo había hecho por pura venganza, justo de lo que se le acusaba en aquella carta que recibió.

Y sobre todo, la explicación que le había dado de su pasado había sido incompleta. Tan sólo le había contado la mitad de la historia. ¿Le estaría escondiendo la otra mitad porque realmente le dolía hablar de ello, o porque le incriminaba? Aquella última posibilidad era la más preocupante. Pensar en aquella posibilidad le causaba un sentimiento de culpa, ya que Brad la había acusado precisamente de ser desleal. Lo mejor sería olvidar.

Cuando le entró el hipo se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con la bebida, pero aún lo notó más cuando se levantó y quiso dirigirse al baño. Estaba desempeñando su papel a la perfección, pensó en aquel momento. ¿No era así como se comportaban las rubias estúpidas, bebiendo un poco más de la cuenta y yendo al baño tambaleándose?

No pudo recordar cómo había podido llegar al baño y volver a la mesa. Miró a Brad y la mirada se le emborronó.

—¿India?—¿Estás bien? —Brad frunció el ceño, o al menos eso fue lo que ella pensó.

—Claro que estoy bien.

La sala le daba vueltas. Brad se había puesto de pie y la había agarrado del brazo.

—Claro que estoy bien —repitió, tropezándose con la silla, lo que casi la hizo caer de bruces al suelo—. Vaya pregunta tan tonta —continuó diciéndole a Brad, quien al ver que se iba a caer la agarró y la sujetó—. Llevo casada cuarenta y ocho horas y mi marido me desprecia. Claro que estoy bien.

Brad la sacó del restaurante pegada a su cuerpo. El ascensor le pareció que giraba como si fuera un tiovivo. El camino hasta su habitación se le hizo interminable.

—Estoy bien, aunque no logro controlar las piernas —le dijo

mientras se desplomaba sobre la cama. Las luces estaban encendidas, pero ella sintió que estaba a oscuras. Sintió que se caía en un agujero muy profundo y que nada podía salvarla.

—¿Estás mareada?

—No.

La oscuridad se cernió en torno a ella. Brad le empezó a quitar la ropa con mucha delicadeza, le puso el camisón y la metió en la cama. Oyó su voz muy a lo lejos, una voz amable y llena de preocupación. Y de pronto se durmió.

Y hasta la mañana siguiente no volvió a la realidad. Debió de haber estado hablando en sueños, porque Brad estaba diciéndole algo cuando despertó, acariciándole el pelo como si fuera una niña pequeña. Si Brad podía mostrar ternura, a lo mejor no estaba todo perdido. La pesadilla terminaría, Brad le diría que la amaba y vivirían felices a partir de ese momento.

Se agarró a aquella posibilidad y rezando para poder recuperar fuerzas para la subasta del día siguiente se sumió en un intranquilo sueño.

Capítulo 6

—Que alguien pujó más que tú? ¿Estás hablando en serio?

La expresión en la cara de Brad le hizo ponerse a la defensiva. La terraza de la cafetería de la plaza de los Campos Elíseos estaba repleta de gente. Ajena a la atmósfera relajada que los rodeaba, India se vio metida en una discusión después de la subasta.

—No tienes porqué ser tan sarcástico —tomó la taza con una mano temblorosa y dio un trago—. Estaba claro que el que se llevó el cuadro sabía lo que estaba comprando. Y estaban dispuestos a subir más si nosotros…

—¿Es ese tu concepto de venganza? —le preguntó—. ¿De la guerra de la que me hablaste ayer?

—¿Crees que voy deliberadamente contra los intereses de tu empresa? —empezó a mover de lado a lado la cabeza, haciendo un gesto de dolor cuando sintió fuertes latidos en las sienes. La noche anterior, después de su experiencia con el champán, no había podido dormir bien—. ¿Crees que podría ser tan desleal?

Se encogió de hombros. Ella lo miró furiosa. Había algo en su actitud que no entendía con claridad. Había salido de la subasta más nerviosa que un flan. Era la primera vez que le había fallado a Brad, que no había vuelto con el cuadro que le había pedido. Y pensó que iba a sentirse desilusionado o frustrado. Pero en vez de eso, parecía feliz y tranquilo e incluso se permitió el lujo de burlarse de ella por no haber conseguido el cuadro.

—Es una pena que no hayas podido ir allí tú también —le dijo muy enfadada—. Seguro que habrías conocido a los que lo compraron.

—Es posible.

Se reprimió el deseo de agarrar una taza y tirársela a la cabeza, sin embargo siguió insistiendo:

—Lo gracioso de todo es que sólo un hombre estuvo pujando conmigo todo el tiempo. Y cuando yo lo dejé en la cifra que acordamos, apareció una mujer, pujó más alto y se llevó el cuadro.

—¿Una mujer? —Brad pareció sorprendido.

—¡Si, una mujer! Tendría más o menos treinta años, muy alta y elegante, con un vestido a cuadros de Chanel, con el pelo negro.

Brad dio un sorbo de café, con una expresión tan afable que le puso los nervios de punta.

—¿Te resulta familiar? —indagó, frunciendo el ceño.

—Puede —hizo un gesto pidiendo la cuenta—. Es hora de que hagamos las maletas —añadió con suavidad—. Nos vamos al

castillo.

—¡Pero si no hemos estado en el Louvre! Y qué hay de todos esos elegantes vestidos que insististe en comprarme? —le provocó —. ¿No crees que deberíamos quedarnos para que los pueda lucir en el circuito de cabarets, para ver si puedes conseguir algunos contactos?

India se quedó observando sus ojos y después bajó la mirada a la taza de café. La calidez de aquella tarde de verano, el murmullo del tráfico, los sonidos y los olores de la atmósfera de París eran tan sólo una gota más en el mar de conflictos en el que estaban metidos los dos. La noche anterior había tenido esperanzas de que las cosas podían cambiar, pero había comprobado que todo seguía igual, incluso había empeorado, después de lo de la subasta.

—¿Es eso lo que te apetece? —le retó—. ¿Esa es otra faceta de mi mujer que no he sido capaz de descubrir?

—Como tú muy bien has dicho, es posible que hayamos cometido un error —su voz no tenía expresión alguna. Brad pagó la cuenta, y dejó algunos francos en el plato. Se pusieron de pie—. Eso es lo que pasa por no pensar las cosas antes, como mi madre me dijo.

Podría haberse mordido la lengua antes de haber dicho aquello. Brad no abrió la boca hasta llegar al hotel.

—No sería mala idea fundar un club de fans de Brad Carn para suegras —le lanzó con una sonrisa sin pizca de humor.

—Brad, lo siento, no quise decir que a mi madre no le gustaras.

—No te preocupes, mi ego puede con ello.

—En realidad mi madre piensa que eres el señor Perfecto, por si lo quieres saber —le dijo furiosa—. Cuando mi padre llamó, ella estaba tan enfadada conmigo que ni siquiera se quiso poner al teléfono. Mi madre te adora. ¡Así que, para ya de hacerte la víctima!

—Está bien, está bien —le contestó soltando una carcajada—. Tu madre tiene debilidad por los americanos. ¿Y sabe la razón por la que saliste corriendo después de la boda?

—No. Le dije a papá que era un asunto personal y que estábamos aclarándolo.

—¿Y estamos aclarándolo? ¿O lo dijiste por decir?

—¡Dímelo tú!

—Si no confiamos el uno en el otro —le dijo con suavidad—, ¿cómo vamos a hablar de planes para el futuro?

Ella lo miró fijamente, luchando contra el nudo que sentía en la garganta.

—Lo cual indica que estamos malgastando el tiempo —logró decir, con una calma que en absoluto sentía en su interior.

—Pagaré la cuenta del hotel —le dijo con tranquilidad.

India se dio la vuelta, se metió en el ascensor y pulsó el botón. ¿Cómo era posible que se mantuviera tan indiferente? ¿Cómo podría importarle tan poco su matrimonio? Más o menos la había acusado de sabotear la subasta a la que había acudido. Él sabía perfectamente que ella no habría subido más arriba de la cifra que habían acordado. A excepción de si el cuadro era un Holbein original de Catherine Howard, en cuyo su caso su valor era inestimable, una palabra que de pronto le vino a la cabeza.

¿Si no hubiera tenido la mente tan confusa, y no hubiera tenido la resaca después de la borrachera de la noche anterior, no habría estado más despierta en la subasta? A lo mejor hubiera sido capaz de, por instinto, subir un poco la puja y conseguir el cuadro.

Pero no podía dar marcha atrás y cambiar lo que ya había ocurrido, ni tampoco podía cambiar aquella actitud paternalista de Brad, su aparente falta de fe en ella. Si las cosas continuaban de aquella manera, el matrimonio no iba a funcionar. Aquella realidad la sintió como un puñal en el corazón. Tan absorta estaba en ese torbellino de pensamientos, que salió un piso más arriba de donde estaba su habitación. Cuando al fin consiguió dar con su puerta, se dio cuenta de que no tenía la llave. Se tiró en la moqueta, al lado de la puerta y empezó a llorar como una niña.

—Creo que sería mejor que nos separáramos —se oyó a sí misma decirle, de forma amable, mientras iban por la región de Bretaña. Casi habían llegado al castillo, habían hecho el viaje casi sin abrir la boca.

—Estamos en nuestra luna de miel —él pareció sorprendido, aunque no pudo ver la expresión de sus ojos, porque tenía las gafas de sol puestas—. Nadie se separa en su luna de miel.

—Si sólo te preocupa lo que la gente puede pensar, diles que hemos elegido ser un matrimonio muy liberal —le contestó—. A mí me importa un bledo.

No le contestó. India se dio cuenta de que se estaba conteniendo para no empezar a llorar.

—Si esta decisión es porque piensas que has dejado escapar el Holbein, puedes relajarte —le dijo al fin, sin expresión alguna en su voz. Le dirigió una rápida mirada y ella volvió la cabeza para ver su cara. Las gafas protegían sus ojos. Tan sólo pudo ver la sonrisa

burlona de su boca.

—¿De qué estás hablando, Brad?

—La mujer que compró el cuadro estaba pujando en mi nombre.

Se quedó boquiabierta. De pronto, se sintió furiosa y confundida al mismo tiempo.

—Brad, no te entiendo —logró decirle, con una voz cargada de emoción—. ¿Qué quieres decir?

—Pues no es tan complicado —le dijo en tono burlón. Sintió cómo los colores le subían a la cara—. El cuadro es nuestro. Lo hemos comprado utilizando un método un poco más complicado que el normal.

—¿Pero por qué…?

—Ya te dije que a esta subasta iban a ir los galeristas más importantes. Existía el riesgo de que alguien descubriese tu conexión conmigo y sospechara el porqué estabas pujando por el cuadro. Y más después del encuentro con aquella pareja anoche. La mujer era un señuelo para que no descubriesen la pista.

—Un señuelo —estaba tan furiosa que casi no podía hablar—. Un señuelo del que no te dignaste decirme una palabra.

—No tenías por qué saberlo.

—¿Soy tu mujer y además tu colega en el negocio, y dices que no tenía por qué saberlo? ¡Lo que en realidad estás diciendo es que no confías en mí! —cerró los puños y los puso en su regazo, girando la cabeza para mirarlo cara a cara—. No has tenido la decencia de contarme ese truco tan bajo. ¿Crees que sería capaz de perder el cuadro sólo para vengarme?

—Esa posibilidad se me pasó por la mente —le dijo impasible.

—No parece que tengas una muy buena opinión de mí —le dijo con amargura.

—Pensé que las cosas entre tú y yo no estaban en su mejor momento —le dijo con amabilidad—. Tú has estado muy tensa últimamente.

—¿Y de quién es la culpa?

—Además, tenías una resaca impresionante.

India soltó una carcajada y se echó en el asiento, casi sin creer lo que estaba oyendo.

—Eres increíble, Brad. Te crees que después de esta pequeña confesión vas a solucionar nuestro matrimonio. Realmente empiezo a pensar que lo que realmente quieres es una esposa que no tenga ni pizca de cerebro. ¡En mi vida he visto persona más arrogante!

—Lo siento —no sonó como si lo sintiera en realidad—. Debería haberte contado el plan. Debería haber confiado en ti.

—¡Eso como mínimo! ¡Por no mencionar que deberías pedirme disculpas por mofarte de mí después de perder la puja!

—Imperdonable —manifestó simple y llanamente—. Está bien, lo confieso, sentí mi orgullo herido cuando me abandonaste nada más casarnos. Y la confianza no fue el tono dominante en mi último matrimonio. A lo mejor estoy descubriendo que me es difícil adaptarme, en especial si existe el riesgo de que este matrimonio sea un error tan grande como el primero.

Dio un suspiro hondo y trató de controlar sus emociones. Alterarse en aquellos momentos no serviría de nada. Tenía que mantener la calma.

—¿No podemos hablar las cosas como dos adultos que somos? —le susurró con la voz entrecortada.

—No cuando tú te comportas como una niña.

Se le quedó mirando a los ojos, luchando con sus sentimientos. Su relación con Brad era como caminar descalza sobre cristales rotos. Acusarle de que no confiaba en ella estaba totalmente justificado. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que lo que había entre ellos era falta de confianza. Para empezar, no le había contado nada de su primer matrimonio, no le había contado tampoco que le habían acusado de maltratar a su mujer, ni le había dado una explicación convincente. Además, él sospechaba que le engañaba con Philip. Todo aquello parecía un caso perdido.

El sol pasaba por la capota del Porsche, dando un ligero tono rubio al oscuro pelo de Brad. Le miró el perfil, con un nudo ella garganta.

—Gracias por confiar tanto en mí —le dijo en tono defensivo.

—Tampoco tú parece que te fies mucho de mí —le dijo levantando una ceja, lo cual la hizo morderse el labio.

Habían llegado al castillo. El sol de la tarde daba un tono rosado a las torres de piedra, e iluminaba las enredaderas. India miró la cara impasible de Brad.

—Si descubriésemos quién envió la carta —le dijo con amargura —. Así fue como empezó todo. Si supiéramos quién la envió.

—Podrías saber entonces si soy culpable o inocente —le dijo con una sonrisa helada—. La carta fue lo que provocó toda esta situación, pero lo más revelador fue tu reacción, ¿no crees?

Brad salió del coche, y ella lo siguió, y lo agarró por el brazo cuando se disponía a abrir el maletero para sacar el equipaje.

—Ya sé que no puedes perdonarme el no confiar en ti. Pero te muestras tan ecléctico, con todas esas llamadas por teléfono, y esas citas misteriosas. ¿No crees que tengo derecho a saberlo?

—¿Te quieres calmar un poco, India? —se volvió, la agarró por los hombros y la zarandeó con suavidad. Su voz tenía un tono totalmente razonable—. Te lo contaría todo si estuviera seguro de que me ibas a creer.

—¿De verdad? —le preguntó en tono acusador—. ¡Creo que yo sería la última persona a la que tú le contarías algo, Brad!

—Pero si te pones histérica cada vez que te cuento algo.

Aquella respuesta la llenó de ira.

—¡Esa es la clase de paternalismo que no esperaba de ti!

Se dio la vuelta y se dirigió al castillo sin mirarlo. Se encontró con la señora Fleurie en el camino, quien la saludó con una sonrisa. Ella intentó reunir fuerzas para responderle también con otra.

Cuando subía las escaleras, oyó a Brad decirle a la señora Fleurie, en un fluido francés, que no se preocupara por la cena, que podía tomarse el día libre. ¿Qué tendría en mente? ¿Intentaría ir al pueblo a cenar, o quizá querría que no hubiera moros en la costa para poder hablar con toda libertad?

En el descansillo de la escalera, dudó dónde dirigirse y al final se metió en la habitación principal. Se sentó en la cama. Estaba temblando, asustada y furiosa. La estaba tratando como si fuera una niña. Brad daba siempre la impresión de que ocultaba algo.

—Me alegra de que hayas venido aquí —le dijo con tranquilidad, cerrando la puerta tras él—. A lo mejor, después de todo, te estás haciendo adulta.

—¡Brad, no empieces a insultarme de nuevo!

—Pensé que te ibas a encerrar en tu torre.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

—¿Sabes lo que pienso?—murmuró él, sentándose en la cama junto a ella—. No creo que debamos separarnos. Creo que deberíamos hacer un esfuerzo y permanecer juntos.

—¿De verdad? —ella se tensó cuando él extendió la mano y empezó a acariciarle el pelo—. No acierto a saber la razón. A menos que te moleste ir a buscar sexo a otra parte.

—¿Te crees que estoy tan desesperado, India? —le dijo con suavidad—. ¿Me aproveché de ti anoche, cuando podía haber hecho contigo lo que hubiera querido?

—No.

—¿Me precipité acaso antes del matrimonio, cuando tanto te preocupaba ese tema?

El brillo de sus ojos era algo hipnótico. Pero no se dejaría seducir de nuevo. Sabía cómo manejarla, era un hombre con un atractivo especial.

—Brad, eso no me interesa. Has dicho claramente que no confías en mí, que no me amas. No dejaré que me utilices. Si quieres, puedes marcharte.

—¿Y por qué iba a querer marcharme? —le dijo acercándose un poco más a ella, tan cerca que sintió que se quedaba sin respiración —, ¿cuando tengo tan cerca una fuente de satisfacción y entretenimiento?

Le dio un beso en su boca entrecerrada antes de que ella pudiera echarse atrás, y la suave presión de su boca le hizo sentir un placer que la recorrió de los pies a la cabeza. Aquel beso la derritió. ¿Cómo era posible odiarlo y quererlo al mismo tiempo?

Brad le metió las manos bajo la falda y le tocó los muslos, y ella se quedó tensa, hirviendo por dentro. Llevaba puesta una de las faldas que habían comprado en París, una minifalda de algodón de color azul verdoso. Mientras con una mano le acariciaba los muslos con la otra tiraba de ella hacia él, mientras la besaba con tal intensidad que casi la hizo perder el control.

—¿A qué viene ese sentimiento tan repentino de querer estar tan juntos? —logró preguntar, intentando detenerle cuando ya le estaba desabrochando los botones de la blusa—. ¿Es por orgullo? ¿Para demostrar que quienquiera que haya mandado la carta no se ha salido con la suya? Y después de todo, ¿no pudo ser tu ex mujer quien la mandó?

Aquella última pregunta le salió casi sin pensarla. No estaba segura de la reacción que podría provocar. Brad se echó para atrás un poco.

—Para ser una mujer inteligente, algunas veces dices unas estupideces increíbles —protestó Brad. La echó en la cama y la inmovilizó allí con una pierna, le quitó el sujetador blanco de encaje y le miró los pechos—. Mi ex mujer —añadió mientras bajaba la cabeza a la altura de sus pechos— es agua pasada. Y lo mejor es olvidarla, ¿de acuerdo?

—Es difícil olvidarla si te persigue por Europa, intentando causarte problemas —se moría de ganas porque él le lamiese los pezones, aunque mostró un gesto de indignación.

—Olvídala —le aconsejó, mientras le quitaba la falda, y se ponía de rodillas sobre ella. India se sintió arder por dentro, pero al mismo tiempo intentaba contener su ira.

Brad se quitó la camiseta y la tiró al suelo. Ella se quedó mirando su cuerpo musculoso, las suaves ondulaciones de su pecho y del abdomen, brillantes como si fueran de oro. Sintió que su estómago se tensaba, sus muslos y pechos se estremecían, y su sexo

le humedecía las braguitas de encaje—. Olvídala, India. Yo ya lo he hecho.

—Ojalá pudiera creerlo.

—Créeme…

Él se agachó y empezó a besarla, acariciándole al mismo tiempo los hombros, bajando sus manos hasta la cintura. Le introdujo la lengua y jugueteó con ella en su boca y ella se estremeció de forma involuntaria, sintiendo que su deseo iba en aumento. Quería que le tocase los pezones, que le pusiese la mano entre las piernas y la acariciase allí con suavidad, para aplacar el deseo que sentía. Pero sus manos le acariciaban todos los sitios de su cuerpo menos aquellos. Ella no pudo resistir más y le dijo:

—Tócame aquí… aquí —le suplicó sin reconocer casi su voz.

—¿Donde? —le preguntó con suavidad, mientras se quitaba los pantalones—. Dime dónde quieres que te toque.

—¡Oh! —casi sollozando, le agarró la mano, y se la colocó sobre un pecho. Ella se arqueó cuando se lo acarició. Una sensación eléctrica le recorrió todo el cuerpo y sintió que su pezón le quemaba cuando él lo atrapó con sus dedos. Le agarró la cabeza y le puso la boca contra el pezón, jadeando cuando se lo mordió y se lo acarició con la lengua. Luego, se movió con lentitud hacia el otro. El sudor le recorría todo el cuerpo, temblaba, se sintió desfallecer.

—Para ser una persona que no tenía claro si le iba a gustar el sexo o no, parece que te estás decidiendo bastante rápido.

—Te quiero —le susurró, jadeando, sin importarle si le estaba tomando el pelo o no.

—¿De verdad? ¡Demuéstramelo!

India se echó a un lado y se quitó las bragas. A continuación se puso encima de él. Sintió su cuerpo duro entre sus piernas, con su estómago en tensión mientras le quitaba los calzoncillos. Su garganta se le secó cuando vio su miembro erecto alzándose entre el encrespado vello negro de su pubis. Dudó unos instantes y lo miró a la cara.

—India, cariño, me estás volviendo medio loco —le dijo con voz aterciopelada. La miró de forma muy cálida. Emitiendo una queja de deseo y emoción, bajó la cabeza, echando su pelo rubio sobre su abdomen, abrió sus labios y con la punta de la lengua le acarició su miembro viril. Aquel gesto la hizo sentir como si hubiera conseguido una victoria.

Brad emitió un quejido, la agarró por las caderas y se la colocó en posición para poseerla. Saber que había sido capaz de darle un

placer que para ella era completamente nuevo la hizo perder cual quier inhibición y se entregó totalmente en cuerpo y alma. Se dejó llevar, moviéndose cada vez con más intensidad.

—Espárragos con aceite de oliva y zumo de limón —Brad dijo con voz que denotaba cansancio, dirigiéndole una sonrisa cuando la vio entrar en la cocina—. Y además pollo guisado. Supongo que tendrás hambre.

Con mucha parsimonia, India se acercó hasta donde Brad estaba. Detrás de él, la puerta de la cocina, de estilo rústico, estaba abierta, y la luz de la luna iluminaba la estancia. Se había duchado y vestido mientras ella dormitaba. Los excesos haciendo el amor la habían agotado mientras que a él parecían reanimarle.

—Sí tengo hambre —admitió con voz ronca, poniéndose a su lado. Intentó reprimirse el deseo de abrazarle por detrás, y colocar la cara en su espalda. Pero mostrarle tal devoción sólo era posible en el ardor de sus momentos pasionales; no era lo más adecuado cuando la situación era más normal. Habían hecho el amor, se recordó a sí misma, y sin embargo ni siquiera se habían dicho que se amaban. Se sentía confundida.

—Me acordé de que te encantan los espárragos — le dijo él.

—Gracias. Aunque no deberíamos estar comiendo comida italiana en Francia —le dijo sonriendo mientras sacaba el colador del armario para quitarle el agua al arroz.

—¿Y por qué no? —le preguntó él mientras miraba cómo escurría el arroz en la pila—. Mi repertorio es comida italiana o nada.

—¿Inflienica de tu madre adoptiva?

—Exacto.

Puso el arroz en un cuenco y lo cubrió con un paño para mantener la temperatura. Brad ya le había hablado de sus padres adoptivos. Su padre adoptivo había sido americano, pero la mujer era de ascendencia italiana. Ninguno de los dos estaba vivo, pero por lo que Brad le había contado parecía que habían sido muy felices todos juntos. Pobres pero felices. ¿Podrían ellos dos superar la crisis que estaban atravesando?

Cenaron en el jardín. poniendo velas contra los mosquitos, para que no les picaran los insectos. Incluso estuvieron conversando de forma relajada, casi como antes de haberse casado.

—La comida estaba deliciosa —le dijo ella cuando terminaron.

—Estaba muy buena, ¿a que sí?

—Ya veo que la modestia es tu punto fuerte.

—Sí.

Se miraron los dos a los ojos, y ella se sintió derretir cuando él sonrió. India empezó a juguetear con el vaso de vino, mirando el reflejo del candelabro en el líquido rojo dentro del cristal. Todo estaba muy tranquilo, tan sólo de vez en cuando se oía un búho ulular desde los árboles, aparte del incesante canto de los grillos.

—La verdad es que no sé para qué vamos a ir a Antigua a pasar la luna de miel —dijo ella al cabo de un rato—. Todo esto es mucho más romántico.

—Puede que tengas razón.

—¿Qué hay de postre? —le preguntó ella mientras él la miraba de una forma que hacía que su sangre hirviera en las venas.

—De postre estás tú —le dijo mientras le ponía la mano en su regazo—. Y para desayunar también.

—¡Brad! —le dijo sorprendida, aunque por dentro estaba deseando que la tocara, porque se había dado cuenta de que el deseo de Brad ya era claramente patente. El efecto que tuvo en ella cuando la empezó a besar y le metió la lengua en su boca fue algo devastador.

—¿Brad no podemos… aquí no! —pero no pudo decir más, porque él ya le estaba desabrochando su vestido de seda verde y blanco. Empezó a sentirse excitada.

—Claro que podemos —le dijo en tono malicioso—. Estamos de luna de miel. Podemos hacerlo donde nos venga en gana.

—Dentro de unos límites

—¿Y por qué te crees que le dije a la señora Fleurie que se podía tomar el día libre?

Brad le estaba acariciando las piernas, subiendo la mano hacia sus muslos, subiendo lentamente hacia su sexo, y de pronto descubrió que no llevaba nada debajo y empezó a acariciárselo.

—Oh, nena… —le dijo con una voz sensual la cremallera de su pantalón parecía que iba a estallar en cualquier momento—. Oh, India, ahora mismo no me importaría morirme e ir directamente al cielo.

—Aún no —le dijo ella en tono burlón, estremeciéndose, ofreciéndole sus labios para que le die se un beso, jadeando y alzando sus caderas para que la poseyera—. Espérame…

—Hasta el final de los tiempos… —le susurró con la voz cargada de deseo y la explosión de sensualidad que siguió fue tan devastadora, que casi llegó a creerse que de verdad la amaba, que la respetaba como a un igual, que todo en aquel matrimonio era



perfecto.

Capítulo 7

El sol, que brillaba de una forma maravillosa, le daba en la espalda. India estiró los brazos por encima de la cabeza y puso sus piernas en una posición más cómoda. La noche anterior habían estado hasta altas horas haciendo el amor. Y en aquel momento, lo que más le apetecía, antes de ir a comer a la mesa que estaba preparada en la terraza del castillo, era vaguear un poco.

Recibieron unas cuantas llamadas por teléfono, la mayor parte de ellas para Brad. Lucinda había llamado otra vez, interesándose por la luna de miel y quejándose de que Curtis se había ido de vuelta a América, dejándola allí, con la promesa de que volvería para verla. Brad le había sugerido que, para que no gastasen tanto dinero en teléfono, se podían ir los dos al castillo y hacer una fiesta de luna de miel. Pero en aquel momento, el calor del mediodía, el zumbido de las abejas, el silencio, que sólo se veía roto de vez en cuando por el arrullo de unas palomas en los árboles más próximos, eran tan soporíferos que los párpados se le caían.

Pero no quería dormirse. ¿Y si se despertaba y descubría que todo había sido un sueño, un sueño de la luna de miel que ella había deseado? Giró la cabeza con lentitud, y abrió los ojos un poco, mirando con parsimonia por debajo del ala del sombrero de paja que tenía puesto. Brad, en bermudas, con su torso, brazos y piernas muy morenos, estaba junto a ella, tumbado en la estera verde.

Detrás de ellos, estaba el belvedere. De vez en cuando se oía el sonido de una rana saltar al estan que, llevando hasta ellos un aroma de rosas.

—Me siento muy feliz de que te haya gustado tanto este castillo como para comprarlo —le murmuró— Yo solía venir aquí de pequeña y me sentaba en ese belvedere a leer novelas de historia y de fantasía.

—¿Y cuántos años tenías?

—Cuando mis padres lo compraron yo tenía seis. Veníamos todos los años.

—Cuéntame tus fantasías de pequeña —le dijo con un tono perezoso.

—Pues imagínate, las normales en esa edad, ranas que se convierten en príncipes, y esas cosas.

—Me sorprende que no te echases algún novio de por aquí —le dijo Brad.

—Para nada —le dijo ella sonriendo—. Ya te dije que antes era

espantosa y que tenía gafas y un aparato dental. Los novios que me echaba estaban sólo en mi imaginación.

—No me lo puedo creer —le dijo mientras se apoyaba en el codo, entrecerrando los ojos para inspeccionar las suaves y aterciopeladas curvas de su cuerpo. Ella, de inmediato, se sintió atraída.

—Es verdad.

Su voz sonó áspera. Si sólo con que la mirara ella perdía el control, ¿por qué no intentar aclarar de una vez todo lo que había entre ellos? ¿Sería porque era ella la que se sentía asustada por lo que no podían aclarar la situación entre ellos?

Bajó los ojos, para no quedar hipnotizada, apoyó la barbilla en sus manos y se quedó mirando una mariquita que caminaba delante de la esterilla. La miró mientras su mente estaba en otro sitio diferente.

Deseaba con todas sus fuerzas tener el coraje suficiente para preguntarle por su pasado, por su primer matrimonio, por quién había podido enviar aquella carta, pero al mismo tiempo la aterrorizaba la situación que con aquello podía provocar, la vuelta a la amargura y a la falta de confianza. Sería cobardía, pero prefería aquella tregua, porque lo amaba tanto que no podía enfrentarse al dolor que podría causarle descubrir que todo era un engaño.

—¿Cómo eras tú de pequeño? —le preguntó con suavidad—. Apuesto que volvías locas a las chicas del colegio.

—Yo era un canijo que intentaba ponerse gallito y que se juntó con los chicos que hacían novillos —le contestó—. Y entonces me convertí en uno de ellos.

—Y te dedicaste a pervertir a otros canijos —ella se aventuró.

—Pues no, me convertí en un chico duro y me dediqué a pelearme con los otros chicos duros que trataban en embaucar a los más pequeños.

—Creo que podría haberme enamorado de ti cuando tenía seis años.

—Yo habría tenido diecisiete —le sonrió, extendiendo una mano para apartarle su pelo rubio de la cara, lo cual le hizo sentir un escalofrío por toda la espalda—. Habrías sido un poco joven para mí.

—Así que creciste en un entorno de violencia —empezó ella a decir muy seria, intentando enten der un mundo que nada había tenido que ver con el suyo, en el que se había sentido tan protegida —. Pero pudiste convertir esa violencia en una serie de normas

morales.

—¿Me estás sicoanalizando? —le dijo con una sonrisa un tanto triste—. ¿No estarás intentando llegar a la conclusión de que crecí en un entorno violento y por eso pegué a mi mujer?

—¡Por supuesto que no!

¿Pero de verdad no había intentado llevar la conversación en esa línea? Se sintió enrojecer furiosa consigo misma, impaciente.

—Ambos sabemos que procedemos de mundos diferentes —le dijo con suavidad. Se volvió a tumbar, se puso las manos en el cuello y cerró los ojos—. Pasé mi infancia en un mundo donde los más duros eran los que ganaban y los más débiles los que perdían. Pero eso no quiere decir que yo estuviera de acuerdo con esos valores. Yo creía que había que proteger al débil. Yo no fui a colegios donde van los ricos, ni a las universidades donde van los ricos. Yo no tuve unos padres que nadasen en la abundancia, pero no me importa. He tenido que luchar muy duro para llegar a donde estoy. Eso es todo.

—Los niños ricos también pueden ser tiranizados, ¿sabes?

—Ya lo sé, no estoy prejuzgando.

—¡Pues parecía que sí! Pero no obstante lo que yo quería decir…

—Lo que yo estoy diciendo es que el niño que vive en un suburbio tiene pocas oportunidades de salir del agujero —la interrumpió, mientras la miraba a los ojos con un tono burlón—. Su pasado siempre los está acechando. Incluso aunque tenga éxito y gane un montón de dinero, o se case con una atractiva mujer procedente de otra esfera social. Si las cosas van mal, se le acusa de ello. Si las cosas salen bien, dicen que él tan sólo la estaba utilizando para subir en el escalafón social, que tan sólo quería una mujer para utilizarla de adorno, ¿qué otras razones podría tener para casarse con alguien asi?

—Porque a lo mejor se enamoró de ella —le dijo con un nudo en la garganta y sintiendo el corazón latirle con fuerza contra su pecho. Todo estaba empezando a estropearse otra vez, todos sus temores e inseguridades, todas sus dudas en cuando a sus verdaderas razones para haberse casado con ella volvieron otra vez. La pesadilla estaba comenzando de nuevo.

—¿Un tipo así? —se burló él—. ¿Cómo puede saber él lo que es amor? —su mirada estaba tan cargada de tristeza que casi la hizo gritar y empezar a llorar en aquel momento. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Puede que tengas razón —le dijo mientras se ponía de

rodillas, sintiéndose desesperada y sola. Empezó a levantarse y él le agarró la mano, tiró de ella y se la echó encima de su cuerpo, abrazándola con todas sus fuerzas.

—¿A donde te crees que vas? —le dijo con mucha dulzura. Sintió su pecho cálido y duro al contacto con su cuerpo.

—Pensé en ir al castillo a ducharme.

—Todavía no hemos terminado el picnic.

—Por mi parte ya ha sido suficiente.

—Por la mía no.

—Yo no quiero oír más el análisis que haces de nuestra relación.

—Eso era el análisis de una relación hipotética.

—¿De verdad?

—De verdad. Y hablando de relación, todavía no veo que lleves la alianza de boda en tu dedo.

—Me dijiste que lo dejara en el cajón de la mesilla de noche —le recordó—. Que no me precipitara en hacer algo de lo que me pudiera arrepentir.

—Yo nunca me precipito al hacer las cosas. No cometo ese error desde que tenía veinte años.

—¿Cuando te casaste con Natalia?

Sin respiración, luchó contra las oleadas de sensualidad que la inundaban en aquella posición, atrapada en los brazos de Brad. Pronunció a duras penas el nombre de Natalia. No quería pensar en la misteriosa ex mujer de Brad. Pronunciar su nombre era como interponer un elemento extraño en su relación.

—¿Te precipitaste al casarte con ella? —añadió ella, incapaz de guardárselo dentro.

—Sí, nos conocimos en una fiesta y pasamos las siguientes treinta y seis horas en la cama, y nos casamos al fin de semana siguiente.

Se sintió tan celosa, que hasta le dolió el cuerpo.

—No quiero que me cuentes lo sensual que era.

—Tú eres la que has empezado a hacerme preguntas sobre mi primer matrimonio, cariño — la regañó con suavidad, acercándole la cabeza y dándole un beso en la boca—. Tan sólo te estoy contando lo que pasó, una relación impulsiva y fisica simplemente. Estuvimos casados dos años, pero sólo porque no abandono las cosas fácilmente. A las seis semanas de estar casados, nos dimos cuenta de que habíamos cometido un error. No sabíamos nada el uno del otro. Yo estaba empezando a hacer un poco de dinero y estaba lleno de planes para el futuro. Era demasiado joven para saber lo que era incluso el sexo, por no hablar de lo que era ser un

buen marido, o una buena esposa. Si yo te hubiera conocido cuando yo tenía veinte años, seguro que habríamos pasado las tres primeras semanas metidos en la cama.

—Pero ahora, como tienes treinta y dos, no puedes mantener ese ritmo, ¿no es verdad? —no pudo resistir gastarle esa broma.

—Ten cuidado —sonrió él—. Ya sabes lo que pasó la última vez que pusiste en entredicho mi libido.

—Sí —ella se mordió el labio, sus ojos brillaban de alegría.

—India, podría estar haciendo el amor contigo cinco veces cada noche, durante los próximos cincuenta años.

—Dentro de cincuenta años, tú tendrás ochenta y dos —dijo ella soltando risitas, quedándose casi sin respiración cuando él pasó la mano por su cuerpo caliente por el sol.

—Casado contigo seré el viejo de ochenta y dos años más verde de la historia.

En aquellos momentos la conversación tenía poca importancia. Incluso aunque el cumplido se lo hubiera hecho por deseo en vez de por amor, la hacía sentirse especial. La tensión se convirtió poco a poco en pasión. Brad la envolvió en la esterilla y se la llevó al belvedere, donde podían estar más en privado, y pasaron el resto de la tarde haciendo el amor y riéndose.

Ya más relajada y recién salida de un baño espumoso y perfumado, envuelta en una toalla de color melocotón, India entró en la habitación. Se sentía radiante y feliz, en parte por haber estado tendida tomando el sol, y en parte porque estaba convencida de que las cosas, después de todo, podrían salir bien con Brad.

Podría ser que ella fuera un poco ingenua; él no le había expresado su amor desde el día de la boda. Pero a pesar de todo, el sentimiento todavía existía. Ya se llamara empatía, cercanía, o como uno quisiera denominarlo, lo cierto era que había algo que los mantenía unidos desde el primer momento en que se conocieron, y era algo que no se había ido con el paso del tiempo. Él seguía siendo el mejor hombre con el que ella podría estar. La hacía sentirse como si el mundo estuviera esperándola para conquistarlo. Si lo veía mirar a otra mujer, se sentía celosa. Si aquello era amor, ella estaba profundamente enamorada, hasta la médula.

Se detuvo enfrente del armario y trató de decidir qué vestido se ponía. Eligió su favorito, una blusa suelta sin mangas de seda, de color verde suave, y lo acompañó con una falda de lino de color

crema.

Las cosas iban a ir a mejor. decidió muy optimista, colocando la ropa sobre la cama. Se quitó la toalla y alcanzó el frasco de colonia Chanel que había comprado en París. A lo mejor en esos momentos tan sólo estaban en la superficie de un profundo antagonismo, pero la cercanía física podría llevar a la emocional. Después de todo, lo cierto era que él se había mostrado más dispuesto a contarle cosas de su primer matrimonio. ¿Y qué más daba la poca delicadeza que había tenido al contarle sus relaciones íntimas con Natalia? ¿Para qué sentirse celosa de algo que ya había pasado hacía diez años?

Acalló todas las voces de precaución en su interior, se echó el perfume por todo el cuerpo, se puso el sujetador que Brad le había comprado y se sentó a secarse el pelo.

Tenía la piel un poco colorada por el sol. Decidió que tan sólo necesitaba ponerse un poco de sombra de ojos de color gris verdoso y un poco de máscara gris. En los labios se puso color caramelo trans parente. Se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde, había pasado más tiempo del que había pensado en el baño. Tan sólo les quedaba tiempo para tomarse una copa en la terraza del castillo antes de ir a dar una vuelta al pueblo.

En el pueblo, estarían haciendo los preparativos para la ceremonia del perdón que se iba a celebrar al día siguiente, día en el que la multitud se congregaría para esperar al simbólico ángel que disparase la flecha desde el cielo y les concediese la absolución anual. Brad y ella podrían aprovechar aquella ocasión, también, para pasar una nueva página en su matrimonio. Podrían empezar de nuevo, olvidar todo lo que había pasado y sentirse de nuevo juntos. de la forma en que habían pensado iba a ser antes de que le enviaran aquella dichosa carta.

Con ánimos renovados, bajó al vestíbulo y salió a la terraza. No se veía a Brad por ninguna parte. Se fue a buscarlo, y encontró a la señora Fleurie. El ama de llaves estaba en la cocina, preparando la comida para ellos. Le comunicó que el señor Carn había salido hacía aproximadamente una hora y que no dijo dónde iba. Le había llamado por teléfono una mujer americana, le dijo la señora Fleurie.

India fijó la mirada en el ama de llaves.

—¿Una americana?

—Hablaba inglés con un acento americano —le explicó, encogiéndose de hombros.

India se quedó aturdida. Era ridículo sentirse tan incómoda, tener aquella sensación de desastre, pensó. ¿No acababa de bajar

las escaleras con una sensación plena de bienestar?

—¿Qué contenía el paquete que llegó hace una hora? —la señora Fleurie añadió, con curiosidad—. ¿Era un cuadro?

India frunció el ceño, el cerebro le iba a mil revoluciones. Si había llegado un cuadro, posiblemente era el retrato.

—No lo he visto, pero sí, estábamos esperando un cuadro. ¿Dónde está, señora Fleurie?

—Vi que el señor lo llevaba al estudio.

El cuadro estaba apoyado en una mesa de despacho antigua, embalado en papel de una firma internacional de transporte de mercancías. Brad lo había empezado a desembalar por una esquina. India se agachó y lo desembaló completamente.

Se sintió emocionada al contemplarlo. Era una chica de pelo castaño y largo, recogido en un moño. Llevaba un vestido de terciopelo rojo del siglo dieciséis, y perfectamente podría ser Catherine Howard. El retrato parecía ser muy antiguo, porque la superficie estaba resquebrajada. Sin duda tendrían que enviarlo a que investigaran su antigüedad, tendrían que hacer una radiografía, y mirarlo a través del microscopio, pero era raro que Brad se confundiera con un cuadro.

Le dio la vuelta para mirar el lienzo, y se dio cuenta de que había una nota de papel pegada en una esquina del marco. Empezó a leerla y sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago, le entraron ganas de vomitar.

Querido Brad, ¡por los viejos tiempos!

¡No olvides nunca que también pasamos buenos momentos!

Con mucho amor, N.XXX

Leyó la nota varias veces, y cada vez que la leía se sentía peor. Se dirigió hacia la silla que había al lado de la ventana, se sentó y dejó la nota sobre su regazo. Anteriormente, había tenido una sensación de catástrofe vaga y sin forma, pero ahora era la cruda realidad. Algo iba mal, muy mal, pero su cerebro no parecía responder, no quería centrarse en por qué se sentía tan mal.

«Querido Brad… Con mucho amor, N». Tres besos. La N inicial. La sensación de pánico crecía por momentos. Aquel retrato lo había comprado una mujer morena en la subasta. Era evidente que la misma mujer era la que había ordenado el envío, y la que también habría escrito la nota.

India se levantó. Las rodillas le temblaban. Salió a la terraza, y se apoyó en la barandilla, dejando su mirada recorrer los jardines

que rodeaban el castillo. La cara de la mujer que había estado en la subasta le pareció familiar en aquel momento. Tenía algo. Era evidente que no era sólo un contacto comercial.

Y de pronto cayó en la cuenta y fue como si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago. Era la mujer que había visto en la foto de la policía, la mujer con todos aquellos golpes en la cara, La N inicial era de Natalia.

Se sintió muy nerviosa y físicamente enferma. ¿Habría sido esa la cita misteriosa en St. Germain des Prés? ¿Se había visto Brad con su ex mujer en París? ¿La había convencido para ser el señuelo en la subasta? ¿Había conspirado con su ex mujer para hacerla parecer a ella, India, como una idiota?

Le dolió la cabeza, tratando de dar sentido a todo aquello. ¿Era esa la razón por la que él parecía guardar tantos secretos? ¿Estaría todavía liado con su primera mujer? La descripción que le hizo Brad de la primera vez que conoció a Natalia le vino de pronto a la cabeza. Algunas relaciones nunca se podían terminar. A lo mejor eran una de esas parejas que no podían vivir juntos, pero que tampoco podían estar separados por mucho tiempo. ¿Fue por eso por lo que no había querido contar nada de su primer matrimonio, porque se sentía culpable, sabiendo que nunca se podría librar com pletamente de su primer amor?

Se los imaginó juntos en París, viéndose en secreto, mientras ella esperaba. Era incluso posible que Natalia sintiera pena por ella, y que se estuviera riendo de la fácilmente manipulable segunda esposa de Brad.

Un segundo pensamiento le vino a la cabeza. La voz americana que la señora Fleurie había oído en el teléfono esa tarde. La ausencia de Brad. ¿Se habría ido Brad a verla mientras ella estaba en el baño? Después de los momentos íntimos que habían compartido por la noche y aquella misma tarde, de cómo se había sentido unida a Brad, aquello le parecía terrible. Poco a poco, se fue enfureciendo y decidió que no eran Brad y su ex mujer los que la estaban poniendo en ridículo, era ella misma la que se estaba poniendo en ridículo.

Se sintió tan furiosa, que le dieron ganas de estrellar algo contra el suelo. Pero en vez de hacer eso, se encaminó de nuevo hacia el castillo, y subió a la habitación principal. Sacó la maleta del armario y empezó a tirar dentro algunos vestidos. Necesitaba irse inmediatamente de allí.

Puso la maleta en el coche y, cuando se iba a meter en el asiento del conductor, dudó. Aquello ya lo había hecho una vez.

Había sentido pánico, se había ido y luego se había arrepentido. Aquella vez iba a esperar a que Brad volviera, y pedirle explicaciones de todo, aquella vez iba a demostrarle que era una persona madura. Si no lo hacía así, seguro que la acusaría de nuevo de infantil y de cobarde.

Dejó las llaves puestas en el coche y las maletas metidas y se dirigió hacia la casa. Se sentó en el estudio. No se había dado cuenta de lo pálida que estaba hasta que no vio su imagen en el espejo de la pared.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El motor del Porsche de Brad se oyó en el patio. Le oyó cerrar la puerta y sus inconfundibles pasos atravesando el vestíbulo. Tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para levantarse, ir hacia el vestíbulo y mirarlo cara a cara. Parecía tranquilo y relajado. Llevaba unos holgados pantalones de color negro y una camisa gris de seda.

—¿Estás bien, India? —su mirada era indescifrable—. ¿Qué ha pasado?

—Dímelo tú —estaba tan furiosa que la voz le tembló.

—Soy un experto en historia del arte, y en restauración, no en telepatía —dijo en un tono tan despegado, tan burlón, que la hizo perder todo sentido del control—. ¿Por qué estás tan enfadada, India?

—¡Está bien, te diré por qué estoy tan enfadada! —le dijo lenta pero intensamente—. ¡Sé de dónde vienes y con quién has estado!

Su expresión se endureció. El tono azulado de su mirada se oscureció. De pronto, ella sintió que la estaban atravesando con un rayo láser. El corazón le latía con fuerza, las palmas de las manos le sudaban.

—Continúa —su voz tenía un tono siniestro.

Ella dio un suspiro profundo, se dio la vuelta, se metió en el estudio y recuperó la nota que había encontrado en el cuadro. Brad la siguió, y estaba a su lado cuando se volvió de nuevo. Le dio la nota; sus mano le temblaba tanto, que se cayó al suelo. Brad se agachó para recuperarla y la leyó sin inmutarse.

—¿Y bien? —le espetó con una violencia con tenida—. ¿Te crees que soy tonta?

—Prefiero no responder a esa pregunta —le informó con brevedad—. Creo que esta situación es nueva. ¿De qué se me acusa ahora? ¿De tener una aventura a los pocos días de estar casado?

—¡Lo único que sé es que te has estado viendo con alguien cuya inicial es N! —le gritó, intentando no echarse a llorar—. ¡Alguien que te llama «querido Brad»! ¡Alguien que te conoce desde hace

bastante tiempo! ¿Por Dios, no puede ser más evidente, es como silo estuvieran anunciando con luces de neón sobre la Torre Eiffel!

—Pues lo que es tan evidente para ti, a mí se me escapa en esta ocasión.

—¿Me vas a negar que la mujer que escribió esta nota no es la mujer a la que has ido a ver esta misma tarde?

—No, no te voy a negar eso.

El color se le subió a la cara como una llamarada. Se sentía tan furiosa, que casi ardía de rabia.

—¡Está bien! Entonces tampoco podrás negarme que es la misma mujer con la que quedaste en París. Que es la misma mujer que pujó en la subasta. Que es la misma mujer que ha enviado este cuadro aquí —le dijo mientras lo agarraba y lo zarandeaba—, y que es la misma mujer que te ha llamado por teléfono para quedar contigo esta tarde.

—No tiene sentido negar nada mientras tú pareces disfrutar con el papel de inquisidor histérico.

—Supongo entonces que no hay razón entonces para que yo te pregunte nada, dado que te muestras tan reservado, que estás todo el tiempo encubriendo cosas, y que me usas por alguna razón egoísta que sólo tú conoces.

—India, esto ya ha ido demasiado lejos.

—¿De verdad? Creo que tienes razón. No creo que vayas a engañarme más. La persona que me envió esa carta después de casarnos estaba intentando advertirme de que me había casado con alguien que no tenía ningún concepto de lo moral, un egoísta.

—India… —no oyó el tono triste y áspero de su voz.

—Dime sólo una cosa —terminó temblorosa—. Puede que no puedas estar lejos de tu ex mujer durante mucho tiempo, pero dime. ¿estáis divorciados? ¿O es precisamente por eso por lo que no quieres hablarme de Natalia, porque estas cometiendo bigamia?

Las últimas palabras casi no las pudo pronunciar porque Brad le había puesto la mano en la boca y con la otra la agarraba del hombro. Se le veía furioso, su ira como un hierro candente. Puso sentir la marca de sus dedos en la boca. Sin soltarla le dio la vuelta, la levantó y la llevó a la fuerza hacia el vestíbulo.

El instinto de autoconservación le hizo sacar fuerzas de flaqueza. Todavía llevaba el cuadro en la mano, con la pierna le dio una patada en la espinilla, y se soltó. Inconsciente del impensable vandalismo de su acto, levantó el cuadro y se lo estampó en la cabeza. Se oyó un rasguido de la tela y un juramento de Brad. Aquello le concedió el tiempo suficiente para salir corriendo hacia

la puerta, bajar la escalera y correr hacia el coche.

El motor arrancó a la primera. Gracias a Dios había dejado las llaves puestas, pensó. Metió la primera y soltó de pronto el embrague, lo que hizo que el coche saliese dando tirones.

Estaba oscuro y era una carretera con muchas curvas. Aparte del Citroén que venía en sentido contrario, no vio ningún otro coche. Cuando aparecieron unas luces justo detrás de ella, supo que era Brad. Apretó a tope el acelerador. El Renault no era tan rápido como el Porsche, que la adelantó y empezó a reducir su velocidad cuando estaba delante. Tuvo que frenar poco a poco. Sollozando y totalmente indignada esperó hasta que él pensara que iba a parar, pero de pronto dio un volantazo y le adelantó. acelerando todo lo que pudo.

Era una carretera sinuosa, y los castaños que había a los lados parecían gigantes. Detrás de ella, aparecieron las luces del Porsche de nuevo, le dio dos o tres ráfagas, pero parecía quedarse rezagado.

La siguiente curva era más pronunciada, y el volante pareció tener vida propia. De pronto abandonó la carretera y todo pasó como a cámara lenta, pero tan deprisa, el vuelo, los vuelcos, el impacto.

El Porsche dio un frenazo. India oyó a Brad gritar su nombre, se quitó como pudo el cinturón de seguridad, pero no logró abrir la puerta. Brad abrió la puerta de al lado del conductor y la llevó arriba, transportándola con mucho cuidado en sus brazos. Cuando llegaron a la carretera, se oyó un ruido abajo y de pronto el coche explotó en llamas.

Capítulo 8

—Saldará de ésta, señora —el médico cerró su maletín y le dirigió una sonrisa—. Pero la próxima vez no conduzca tan deprisa.

—No se preocupe —se sentía como si su cuerpo estuviera en la cama y la cabeza en otra. Había tenido mucha suerte de estar donde estaba. Brad le había salvado la vida, lo cual era una ironía.

Tenía un dolor terrible de cabeza, y el cuerpo llego de magulladuras y arañazos, pero allí estaba, metida entre sábanas de lino perfumadas en la habitación principal del castillo, sana y salva.

Pero emocionalmente se sentía como si no hubiera podido salir del Renault. Una y otra vez los mismos pensamientos de lo que había ocurrido en las últimas horas le acudían a la cabeza, y no podía librarse de ellos. Por un momento, pensó que se iba a volver loca.

—¿Cómo te sientes, India? —le preguntó Brad con una voz profunda, áspera y cargada de sentimiento. Volvió la cabeza y lo miró.

—Estupenda. Me encanta el melodrama.

—Ya veo —le dijo con un tono de tristeza—. Será mejor que te duermas.

Brad se levantó. Parecía ausente, tan alejado de ella, que el corazón se le contrajo de dolor. Durante un segundo sintió unos deseos inmensos de agarrarlo y decirle que lo necesitaba. Pero el orgullo la salvó de cometer un acto tan humillante.

Una nueva oleada de ira se apoderó de su cuerpo. Estaba claro que Brad no la amaba. Todavía estaba enamorado, o por lo menos mantenía una relación amor y odio con su primera mujer. ¿Cómo podría confiar en él, cuando se lo había estado escondiendo tanto tiempo?

—Supongo que tengo que agradecerte haberme sacado del coche —logró decirle con dificultad—. Me has salvado la vida.

—Habría hecho lo mismo por cualquiera —se burló él—. Hablaremos de ello mañana, ahora tienes que descansar.

Ella lo miró en tono de rebeldía. Tenía una expresión impenetrable en la cara. Era casi imposible saber lo que estaba pensando en aquellos momentos. Se volvió y le oyó cerrar la puerta. ¿De qué iban a hablar, de la mejor forma de terminar aquella farsa de matrimonio?

Ya fuera por cansancio, o por el efecto de algún sedante que le había dado el médico, poco a poco se fue quedando dormida. Soñó con un retrato. Estaba de pie en lo que parecía ser una iglesia,

mirando un cuadro. Era el retrato de una mujer con el pelo negro, de la mujer que había visto en la subasta, la ex mujer de Brad, Natalia, que le estaba dirigiendo una sonrisa. De pronto, el retrato se emborronaba y la cara de la mujer se confundía con la cara de las fotos de la policía. Aquella imagen le pareció tan horrible, que empezó a gritar y a echar a correr para escapar de allí.

—Tranquila, India, tranquila —Brad estaba a su lado, sentado en la cama, pero no metido en ella. Sintió sus manos acariciándole la frente, oyó su voz amable y áspera, una voz que le llegó al corazón.

—Abrázame, Brad, por favor —no pudo controlar sus palabras. Las había dicho en contra de su voluntad. Cuando Brad la abrazó y le puso la cabeza contra su pecho, dudó por un momento, pero se dejó llevar y poco a poco todos sus temores desaparecieron y empezó a dormirse de nuevo.

El sol que entraba a través de las persianas le indicó que casi debía de ser mediodía. Se incorporó y miró el reloj. Eran cerca de las cuatro. Había estado durmiendo toda la noche y la mitad del día siguiente.

Se dirigió muy despacio al baño. La imagen que vio reflejada en el espejo fue casi tan horrible como la pesadilla: un ojo morado y un golpe tremendo en la mejilla. Brad le había quitado la ropa y le había puesto el pijama. Se quitó la parte de arriba y empezó a mirarse el cuerpo para ver si tenía alguna otra herida. Aparte del golpe en la cadera y la rozadura en la rodilla, no parecía tener más lesiones

Se duchó y se lavó el pelo. Luego, se puso un vestido de seda suelto, uno de los que Brad le había comprado en París, que deliberadamente se había dejado al hacer la maleta, junto con los perfumes y los maquillajes que Brad le había obligado a adquirir. Después de todo, no había sido mala idea dejar todo eso, porque toda su ropa se había quemado en el accidente.

Brad entró en la habitación cuando ella estaba intentando disimular con maquillaje las heridas de la cara, extendiéndose con un algodón el maquillaje.

Fijó su mirada en él. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa suelta de lino beige, metida por dentro. Tenía un aspecto sereno, tremendamente atractivo. Pero no estaba dispuesta a sucumbir a sus encantos. Le odiaba por lo que le había hecho, por haberla engañado y conspirado a sus espaldas, por haberla hecho parecer una estúpida.

—¿Para qué te preocupas en disimular los golpes? —le dijo con

una frialdad asombrosa—. Hazte unas fotos y mándaselas a la policía para que también esta vez se me acuse de malos tratos.

India soltó el bote de maquillaje. Le temblaba la mano.

—Eso no tiene ninguna gracia, ¿no crees?

—Es posible. ¿Pero para qué te vas a preocupar? Ya soy un mentiroso, maltrato a las mujeres y, además, soy bígamo. Una acusación de maltrato más no importa.

—¡Brad, por Dios! —le dijo ella casi sollozando. La expresión de desprecio en su cara era tal, que se sintió desolada. Respiró hondo para tranquilizarse, y recuperar la calma.

—¿Me dejas comer algo antes de reanudar nuestras hostilidades?

—Claro que sí, la señora Fleurie está por ahí. Vamos.

De forma accidental le rozó cuando pasó a su lado. Aquel contacto le hizo subir la adrenalina. El ritmo del corazón se aceleró, y se retiró al instante. Trató de mantener la distancia mientras bajaban por las escaleras hacia la terraza. Se sentó en la sombra, porque no podía soportar el brillo del sol en esos momentos.

El ama de llaves apareció muy preocupada. India agradeció que le llevara un desayuno inglés completo, aunque las lonchas de bacon fueran un poco más gruesas que de costumbre y en lugar de salchichas hubiera puesto salchichón.

—El señor Carn me mandó preparar el desayuno —le dijo la señora Fleurie con una sonrisa.

—Muchas gracias —India le devolvió la sonrisa, añadiendo diplomáticamente—. Es justo lo que necesitaba —a pesar de que en realidad no le apetecía comer, o por lo menos eso pensaba. Pero cuando empezó, se dio cuenta que cada vez tenía más apetito.

—Me encanta verte comer así —comentó Brad.

—No he probado bocado desde ayer por la tarde —se defendió ella.

—No tienes por qué justificarte —se burló amablemente—. No estaba diciendo que tuvieras que hacer huelga de hambre, India.

Se terminó todo el plato de comida y se bebió el café. Brad dio un sorbo a su taza y se recostó en su silla. Tenía un aspecto tan cínicamente despegado que empezó de nuevo a ponerse de mal humor.

—No entiendo por qué te quedas a verme desayunar —le espetó de pronto, con los nervios de punta—. Pensé que estarías con Natalia, divirtiéndote a mi costa.

No contestó.

—Sería muy dificil ir a ver a Natalia —le dijo al fin, con los ojos

clavados en su cara—. Porque Natalia está muerta.

Casi se le cayó la taza. Con manos temblorosas, la puso de nuevo en el plato.

—¿Muerta? —indagó, con voz temblorosa—. ¿Quieres decir que tuvo un accidente? ¿Ayer?

—Desde luego no fui a verla al pueblo y la maté, si es lo que te estás imaginando. Murió hace siete años, India.

—Pero… —no pudo continuar la frase, se sintió completamente anonadada—. No entiendo…

—Claro que no —dijo él con tono burlón—. No entiendes porque no tienes datos para entender. Pero un ligero detalle como ese no te ha impedido sacar tus propias conclusiones, jugar a ser juez jurado y ejecutor al mismo tiempo.

Poco a poco, sintió que el color desaparecía de su cara, y una sensación fría se apoderaba de su cuerpo.

—No tengo los datos —le dijo muy bajo—, porque tú no has querido decírmelos.

—Si te hubieras quedado el día que nos casamos, a lo mejor habría estado más inclinado a contártelos.

—Y si tú me hubieras contado más cosas de tu pasado antes de casarnos, a lo mejor todo esto no hubiera pasado.

Estaba respirando deprisa. Hizo un gesto impaciente con la mano, buscando alguna expresión en su cara. Brad no dijo ni palabra. Se había quedado muy quieto.

—Yo creo que tengo derecho a saber lo que está sucediendo —le dijo con una voz temblorosa—. Ya que no sé a qué juego has estado jugando desde que yo recibí esa carta anónima.

—Yo no he estado jugando a nada.

—¿No? ¿Y por qué entonces me has estado ocultando que tu primera mujer está muerta?

—Yo no te he ocultado nada. Hace mucho tiempo que sucedió, India. Todo eso pertenece al pasado. Y allí es donde quiero que se quede. Te juro que nunca me imaginé que estuvieras pensando que me encontraba a escondidas con mi ex mujer.

—Supongo, entonces, que hace ya tiempo sabes quién ha mandado esa horrible carta.

—Lo descubrí anoche, cuando me encontré con Naomi en el pueblo.

—¿Naomí? —lo miró fijamente.

—Mi ex cuñada.

De pronto se acordó de que él le había dicho que Natalia tenía una hermana gemela.

—¿Así que fue Naomi la que estuvo en la subasta de París? —le preguntó lentamente—. ¿La hermana gemela de Natalia? ¿Fue ella la mujer que envió el retrato y escribió la nota?

—Fue Naomi —le confirmó.

—¿Y fue también la que me envió el anónimo? —cada vez le dolía más la cabeza, sacarle la información a Brad era como dar golpes contra un bloque de granito.

—¿Quieres parar de sacar conclusiones? —Brad se levantó, y se dirigió hacia la balaustrada, se apoyó en ella, con las manos en los bolsillos —. Ya te conté que Naomi y Natalia tenían una galería de arte en Los Ángeles. De hecho, todo el negocio lo llevaba Naomi, porque Natalia no daba ni golpe. Naomi ha tenido mucho éxito con la galería y durante todos estos años nos hemos mantenido en contacto, por razones profesionales y personales.

—¿Estás enamorado de ella? —la pregunta se le escapó sin darse cuenta. Pero sintió tantos celos que no pudo evitarla.

—¡Pero India, por favor! —Brad parecía estar casi perdiendo la paciencia—. Y ahora encima te imaginas que estoy enamorado de la hermana gemela de Natalia. ¿Es porque es igual que ella, quizá?

—¡No lo sé! —le gritó. Odiaba el tono burlón de su voz—. Soy tu esposa, ¿recuerdas? Y soy yo la que no sabe nada de nada.

El rostro de Brad se endureció. En su voz no había ninguna expresión cuando le dijo:

—Está bien, escucha. Naomi y yo somos amigos. Sólo amigos. Eso es todo. Nos hicimos amigos por que los dos intentamos que Natalia no arruinase su vida.

—¿Y cómo estaba arruinando su vida?

—Natalia estaba enganchada a la heroína.

—¿Era una adicta a las drogas? —le dijo totalmente sorprendida.

—Creo que esa es la descripción comúnmente aceptada —su voz tenía un tono distraído—. Natalia murió de sobredosis a los tres años de divorciarnos. Me enteré de que Naomi estaba en Europa comprando algo para su galería de arte y le pedí a Curtis que la localizara. Por eso fue ella el señuelo en la subasta.

—¿Y por qué tantos secretos? —India explotó. Estaba tan enfadada, que quiso que le explicase toda la verdad—. ¿Y por qué tuvo que ser precisamente Naomi la encargada de jugar ese papel en la subasta?

La miró sin inmutarse y le respondió:

—Dio la casualidad de que Naomi estaba en París, eso es todo. Yo no quería localizarla por lo de la subasta.

—¿Entonces para qué la querías localizar?

—Naomi es la persona que pensé que podía saber quién había enviado la carta. Se encargó de hacer unas cuantas llamadas a la familia y a algunos amigos en Los Angeles. Me llamó anoche para decirme que su padre lo había confesado todo.

—¿Su padre, tu suegro? —India se puso de pie. Se sintió tan agitada, que no podía permanecer en la silla por más tiempo—. ¿El padre de Natalia fue el que me envió todo eso?

—Ned Suzman lo envió, sí.

—¿Pero por qué?

—Tiene su propio concepto de la justicia, supongo —le contesto Brad en un tono bastante cínico—. Para intentar evitar que otra mujer cayera en las garras de una persona tan mala como yo. Yo nunca he probado ninguna droga, pero siempre me ha echado la culpa a mí de que Natalia se inyectara heroína. Ella ya consumía drogas antes de que yo la conociera. Yo no lo descubrí hasta después de casarnos. Pero a los ojos de su padre, ella era una princesa, incapaz de hacer nada malo. ¿Quién la había puesto en el mal camino entonces, sino yo?

—Oh, Brad.

—Naomi era el único miembro de la familia que conocía lo suficiente a su hermana como para saber lo que estaba ocurriendo. Natalia tenía engañados al resto.

—¿Entonces tus suegros creían que tú le habías metido en las drogas? —a pesar de todo, India se sentía indignada—. ¿Por eso te acusaron cuando atacaron a Natalia?

—Así es. Ned Suzman es un hombre muy autoritario que no puede pensar que exista algo imperfecto en su familia. Probablemente era el máximo responsable de que Natalia se rebelase de la forma en que lo hizo.

India guardó silencio. Las palabras de Brad daban vueltas en su cerebro, pero quedaban cosas aún sin explicar.

—La historia de Natalia es bastante sórdida —continuó él, con tono triste, al ver el asombro que había causado en ella—. No me hace sentirme a gusto conmigo mismo. Por eso no me gusta hablar de ello. Natalia fue la peor de las dos hermanas. Había tenido una historia con un traficante de drogas, de hecho fueron amantes antes de que nos casáramos. Pero tardé tiempo en enterarme de que seguía siendo su amante después de casarnos. Nunca rompieron.

—Oh, Brad, eso es terrible —aquella respuesta le salió del alma.

—Fue él, el que la golpeó, su amante. Nunca supe el motivo, pero fue algo relacionado con dinero que ella le debía. Por eso

Natalia no quiso desvelar la identidad del que la atacó durante un tiempo. Dejó que me metieran en la cárcel mientras ella decidía si decir la verdad o enfrentarse al mundo del hampa, y al hecho de que sus padres descubrieran que era una adicta a la heroína.

—¡Dios mío!

—No es precisamente una historia bonita.

—Es horrorosa.

—Sí —aquel murmullo irónico escondió sus sentimientos. La distancia que los separaba parecía aumentar por momentos.

—Pero todavía no entiendo por qué no me dijiste que ibas a ver a Naomi.

—Porque no quería empezar a especular hasta no averiguar quién había enviado la carta — Brad hizo una pausa, y entrecerró los ojos—. Y anoche me lo confirmaron. Vine a por ti, a llevarte a que conocieras a Naomi. Había quedado con ella en un restaurante del pueblo. Pensé que la única manera de que te creyeras que todas esas acusaciones eran falsas, de que te convencieras de que yo no tenía la culpa de nada, era que te corroborase la historia un tercero, y precisamente alguien que, por lógica, debería ponerse de la parte de Natalia.

Se le quedó mirando fijamente a los ojos, emocionada. ¿Había ido a buscarla? ¿A llevarla a conocer a la hermana de Natalia? ¿A que le convenciera de su inocencia? Y ella había tenido la poca delicadeza de lanzarle acusaciones a la cara.

—No sé qué decir —ella movió de lado a lado la cabeza, sintiéndose desesperadamente culpable—. Excepto que lo siento.

Hubo un silencio tenso. Y a continuación Brad murmuró:

—Y yo también.

—Creo… creo que lo mejor es que me vuelva a Londres —dijo ella con un nudo en la garganta.

—¿Y por qué vas a hacer eso? —le preguntó con mucha suavidad. Se quedaron mirándose el uno al otro, tratando de leer lo que el otro pensaba. Brad sonreía de una forma que la hacía perder el sentido.

—Debería haber confiado en ti —le dijo muy tensa—. Y en vez de eso, empecé a pensar si no serías culpable de maltratar a tu mujer. Pensé que podías dedicarte a buscar chicas con dinero para casarte con ellas, e incluso pensé que te seguías viendo con tu ex mujer. Eso puede querer decir que a lo mejor no te amo lo suficiente.

Cuando pronunció esa última frase, sintió como si alguien le clavara un puñal en el corazón. Y sintió que se moría, sangrando

lentamente por dentro.

—Puede que tengas razón —dijo él, sin ningún tono en especial, con una mirada fría.

El dolor de su corazón se intensificó. Quería llorar, pero sus ojos estaban secos.

—Entonces me iré.

—¿Vas a huir de nuevo? —se mofó él sin piedad—. Todavía tenemos que solucionar el problema del retrato de valor incalculable que posiblemente has estropeado de forma irremediable.

—Tú disfrutas con todo esto, ¿verdad? —le dijo muy tensa y furiosa.

—Y aparte de romper un cuadro valiosísimo, podría también acusarte de agresión fisica.

—¿Qué? —lo miró horrorizada, pero se dio cuenta del tono burlón en sus ojos. Se puso colorada—. Brad, no tiene gracia el hecho de que nuestro matrimonio esté en esta situación después de una horrible semana.

—Es importante mantener el sentido del humor —le dijo mientras se echaba el pelo para atrás, quedando al descubierto la marca de la herida que le hizo ella cuando le estampó el cuadro en la cabeza—. Y suerte de que esto no ha sido muy grave.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres que haga, arrastrarme pidiéndote el perdón durante el resto de nuestro matrimonio? —intentó irse, pero un brazo musculoso se lo impidió.

—Esta tarde es la ceremonia del perdón, ¿recuerdas? He quedado con Naomi para cenar en un restaurante del pueblo. Quiere disculparse personalmente contigo por lo de su padre. ¡Me prometes quedarte sólo hasta entonces? O tendré que encerrarte en la habitación de la torre?

Lo miró airadamente, sintiéndose frustrada.

—No será necesario —dijo, con la mayor dignidad que pudo.

Ya era medianoche cuando regresaban del pueblo. Ella le dirigió una mirada cargada de frustración a su marido. Habían estado con Naomi, habían cenado cosas deliciosas, marisco y filetes, fresas y café, habían visto al simbólico ángel encender la hoguera, absorbieron la atmósfera de humo y jolgorio, y observaron a los alegres y sonrientes habitantes de la localidad. ¿Y qué más esperaba de todo aquello?

En primer lugar, no había esperado que le fuera a gustar Naomi,

pero resultó que la hermana gemela de Natalia era una mujer muy amable y sincera. Llevaba un vestido amarillo y era morena y delgada. Le había pedido disculpas por la conducta de su padre, con un encanto irresistible. Se iba a París esa misma noche, y pareció aliviada al creer que Brad y ella habían superado su primera gran crisis.

Pero la actitud impasible de Brad no había cambiado. Después del enfrentamiento de aquella tarde, él había dejado que pasase sola el resto de la tarde. Había quedado con un experto en restauración de cuadros, le había dicho con cierta mordacidad, y había desaparecido con el cuadro debajo del brazo.

Pero durante toda la noche, cuando estuvieron con Naomi, él le había puesto en repetidas ocasiones la mano sobre el hombro, en plan posesivo, aparentemente para que Naomi viera que estaban muy unidos. Cuando sentía los dedos en su hombro desnudo, sentía arder su piel.

—Bueno, pues ahora ya podemos terminar todo este teatro —le dijo ella temblando.

Brad aparcó el coche en el patio del castillo y se volvió para mirarla. La luna iluminaba el coche. La parte de la cara de él más cerca de ella estaba a oscuras.

—¿A qué teatro te refieres?

—Pues al de aparentar ser una pareja feliz.

—Oh, ya entiendo.

—Me sorprendió mucho —continuó diciéndole muy acalorada— lo orgulloso que estabas demostrándole a tu ex cuñada que tu matrimonio era perfecto.

—No fue orgullo. No quise herir los sentimientos de Naomi —le dijo mientras paraba el motor—. Ya se sentía bastante mal por lo que había hecho su padre, como para encima mostrarle que había logrado su propósito. Naomi es una buena chica. No quería que se sintiese mal.

India se mordió el labio. Lo estaba haciendo otra vez. Estaba pensando en lo peor.

—A mí también me gustó —admitió, echando una mirada de reojo a Brad—. Algo que no me esperaba.

—No, ya lo sé.

Ella sintió como si hubiera un completo extraño a su lado.

—Pensé en lo peor cuando empezó a opinar de Philip. Naomi es una mujer típica de California, algunas veces puede ser un poco directa —añadió Brad.

India se empezó reír de forma un tanto nerviosa. Había dicho

que tenía que hablar con Philip y dis culparse por acusarle de haber sido él quien había enviado la carta y Naomi había querido saber quién era Philip. Cuando Brad le dijo que era el ex novio de India, Naomi pareció preocuparse bastante. Entonces le había dicho muy seria a India que lo mejor que podía hacer era olvidar completamente a Philip.

—No me sentí ofendida. Me pareció un detalle que se preocupase por mi felicidad —dijo ella—. Seguramente temía que la historia se repitiera de nuevo, que yo siguiera viendo a mi ex amante como Natalia había seguido viendo al suyo.

—Sí —dijo Brad con un tono de tristeza en los ojos, y con un tono que reflejaba que no le había hecho ni pizca de gracia aquel comentario—. Tampoco sabía que ibas a irte directamente a Londres a echarte en los brazos de tu ex novio.

India se sintió herida con aquel comentario tan cruel. Giró su cabeza y lo miró fijamente.

—Si de verdad crees eso, Ned Suzman se habrá salido con la suya.

Hubo un silencio tenso. Ella parecía estar pegada al asiento, con miedo a hacer cualquier movimiento.

—¿Has decidido entonces quedarte? —le preguntó con una voz ronca y profunda.

—¿Quieres que me quede?

—Yo pienso que podemos intentarlo.

—¿Y qué tengo que hacer para eso, tragarme mi humillación? ¿Sentirme culpable? —protestó, moviéndose de forma intranquila en el asiento—. ¿Y tú salir reforzado? ¿Eso es lo que quieres? A lo mejor lo que quieres es una mujer adorno, alguien a quien puedas controlar y manipular y sacar a pasear cuando te venga en gana.

—India, no… —alargó el brazo, y ella se lo retiró—. Cariño, no eres la única que se siente culpable.

—¿No? —su voz sonó ronca. El corazón comenzó a latirle aceleradamente. Cuando él se inclinó y la besó en la boca, ella sintió un temblor en todo el cuerpo. La besó con tanta intensidad, que ella perdió el control. Cuando al cabo del rato él se apartó, sus ojos estaban cargados de emoción.

—No. Reconozco que debía haberte contado todo sobre Natalia, todo sobre mi primer matrimonio.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—Porque no quería recordar el pasado —Brad la miró a la cara, con una expresión tensa—. ¿No lo entiendes? Era muy feliz contigo,

y todo eso había pasado hacía más de diez años. Sentía que aquello pertenecía ya a otra vida. Pensé que si lo ignoraba se desvanecería. Pero todavía existe gente que al parecer guarda rencor por lo que pasó. Me engañé a mí mismo al pensar que podía empezar una página nueva sin tener en cuenta el pasado.

—En otras palabras, no confiaste en mí.

—No quería perderte —le dijo con una voz cargada de emoción.

—No confiaste en mí.

—Es posible. Yo pensé que si te contaba la historia de mi primer matrimonio iba a perderte. Además, era algo muy doloroso que no quería volver a recordar.

—¿Amabas tanto a Natalia?

—No estoy seguro de si alguna vez la llegué a amar. Fue más un capricho visto en perspectiva. Me hizo añicos mi ego y mi orgullo, India. No afectó a mi corazón. Este estaba en un lugar seguro hasta que te conocí a ti.

—Oh, Brad —le dijo con una voz cargada de emoción—. ¡No podría culparte si me llegaras a odiar! Cada vez que he necesitado que alguien me rescatara, tú estabas allí. Salvándome del atracador, cuidándome cuando caí enferma.

—A lo mejor puedo solicitar que me canonicen.

—En serio —continuó ella—. Fuiste muy bueno conmigo cuando me emborraché aquella noche, por no hablar de que me salvaste la vida al evitar que me quemara en el accidente con el Renault.

—India, cariño.

—¿Y cómo te lo he pagado yo? —se lamentó, viendo claramente lo injusto de su comportamiento—. Casi te acusé de ser un criminal.

—Aparte de ser un coleccionista de mujeres adorno —le dijo Brad con cierto sentido del humor, pero ella siguió sin escucharle:

—¡Y además te estampé un cuadro valiosísimo en tu cabeza!

—Y dudaste de mi capacidad sexual.

India se sintió angustiada.

—Brad, ojalá pudiésemos borrar estos últimos días.

—A lo mejor después de todo eran necesarios —murmuró, acariciando con sus dedos su cara, viendo cómo se enrojecía—. ¿Un bautismo de fuego? ¿Quieres seguir casada conmigo, India?

—¿Que si quiero…? —le preguntó perdiendo casi el aliento en la pregunta. Buscó en su cabeza algo positivo, algo que expiara sus faltas; y se le ocurrió de repente—. ¡Espérame un minuto!

—India…

Salió del coche. Corrió hacia el castillo y subió las escaleras muy deprisa, llegó al descansillo y se dirigió a la habitación de la torre. Sacó el cajón de la mesilla de noche y buscó por todos los rincones sin éxito.

Se volvió aterrorizada, y vio que Brad estaba en la puerta. Tenía una expresión burlona en su cara.

—¿Buscas algo?

—¡Mis anillos!

—Aquí están —lentamente sacó una cajita negra pequeña del bolsillo y la abrió. Dentro había dos anillos colocados sobre terciopelo rojo oscuro.

—¿Pero cómo…? ¿Es decir, cuándo…?

—Quería que me los envolvieran para regalo otra vez, para pedirte las paces —le murmuró—. Me los llevé a Rennes junto con el cuadro. Supuse que tendría que suplicar también.

—¿Tú? ¿suplicar? —le provocó ella. El corazón le latía con fuerza.

—Si es lo que tengo que hacer para que mi mujer adorno vuelva conmigo.

—¿Realmente no me verás como una mujer adorno, verdad? —le preguntó ahogando una risotada.

—¿Y tú qué piensas? —se lo preguntó con una mirada tan asombrada, que sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Ha habido momentos durante estos últimos días que me he planteado muchas cosas.

—Lo siento. Estaba muy enfadado. Necesitaba vengarme.

—Ya me he dado cuenta. Pero en la iglesia, cuando… cuando te pregunté si me querías —le dijo ella—, tan sólo me besaste.

—Eso no es cierto —le señaló, poniendo un tono de voz más grave—. Te dije «bésame y lo verás».

Se quedó mirándolo fijamente, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Oh, Brad…

—India, te quiero. Y quiero que mi mujer sea mi igual, tanto en el negocio como en el matrimonio, especialmente en el matrimonio.

India alargó sus manos, recuperó los anillos y se los puso en uno de sus temblorosos dedos. Él la estrechó entre sus brazos, y el calor de su cuerpo y el cosquilleo de los anillos de boda en sus dedos la hizo sentirse como si volviera a un sitio conocido.

—Quédate conmigo. No te vayas nunca más de mi lado.

—Nunca más —le susurró ella con la voz temblorosa—. ¿Tú crees que podría estar en otro sitio sin ti? Te quiero. Lo sé. Y

siempre te amaré.

Brad alzó la cabeza. Ella comprobó la emoción reflejada en su cara y su garganta se tensó en respuesta. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Me he portado muy mal contigo —le confesó él—. Te he castigado por mi propia estupidez. Si yo te perdono, ¿crees que alguna vez podrás perdonarme, señora Carn? —le dijo mientras le pasaba las manos por sus brazos desnudos, acariciando sus sedosos hombros, mirándola con deseo.

—¿Nos absolvemos mutuamente? —murmuró ella, con los ojos empañados por las lágrimas—. ¿Es de lo que se ha ocupado ese pequeño ángel de madera?

—A lo mejor —los hoyuelos tan sensuales le aparecieron en la cara, y ella se sintió derretir.

—Lo que sea que tenga que perdonarte, te perdono —le dijo.

—¿Lo dices en serio? —la abrazó con tal fuerza que ella se quedó sin aliento.

—Bésame —le susurró sintiéndose totalmente dichosa, mientras acercaba su boca entreabierta hacia la de él, con una sonrisa cálida y cariñosa, entregándole totalmente el cuerpo—, y verás…

Fin